



UN
PACTO

POR
AMOR



Ashan Dewin

Un pacto por amor

Título: Un pacto por amor
© 2018 Ashan Dewin
Todos los derechos reservados

Es una obra de ficción, los nombres, personajes, y sucesos descritos son productos de la imaginación del autor. Cualquier parecido con la realidad, es pura coincidencia.
No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, sin el permiso del autor

Dejarte absorber por tu amor platónico no es lo imposible, es lo fácil.

Lo imposible no existe.

Lo difícil sí, y es amar a quién está frente a ti.

La transición de la escuela a la universidad afecta a la gran mayoría. Incluso los que en el High School, gobernaron dando órdenes desde esa mesa exclusiva de la cafetería, aquí lamen botas para pertenecer a un grupo en general. A mis amigos les pasó, se intimidaron al convertirse en solo unos cuantos peces en un océano, para ellos fue difícil aceptar que ya no serían los reyes del lugar, despedirse de sus novias y volver a la vulnerabilidad del primer día, del primer año. Yo no salí inmune del cambio, aunque fue más sencillo para mí pues no tenía una chica agarrándome las pelotas, ni un gen sadomasoquista o un séquito de fans, masculinos o femeninos, detrás. No necesito la atención de otros para sentirme especial.

Nunca he sido el chico más popular o codiciado. Tampoco soy un resentido social. He tenido algunas novias y actualmente me desenvuelvo bien en mi grupo, pero las diferencias entre mi época en la escuela y ahora, siguen siendo muy grandes. Mientras que antes no seguía un camino que me hiciera sentir a gusto, aquí me encuentro con miles. Son tantas las opciones, que los jóvenes solemos sentirnos abrumados, de ahí los trastornos de personalidad. Hay muchos tipos de personas, actividades, pasatiempos, estilos de vida, etc. Del instituto, por ejemplo, recuerdo tres tipos de chicas: las que no me prestaron atención, a las que yo no les presté atención, y las del montón. Aquí, sin embargo, hay tantas clases y subclases, que he perdido la cuenta. Mamá es feminista, me cortaría las bolas si supiera que estoy etiquetando a la raza suprema, pero no puedo evitarlo. Góticas, rubias, morenas, con tetas, sin tetas; solteras, casadas, viudas, divorciadas, intelectuales y prototipos de Kardashians. Hay una o dos para cada gusto. Las que llegan nuevas este año, salen de los tutoriales de maquillaje que Rosset ve en Youtube, parecen salidas de portadas de revistas.

Esto es el paraíso de la testosterona, la fantasía de cualquier artista hecha realidad. Es diversidad divina en toda su amplitud. Pero a mí solo me interesa una.

Romeo, palmea mi espalda

—Impresionante, ¿no?

Me encojo de hombros.

Sí. Si con impresionante quiere decir que es casi imposible elegir entre ellas a menos que sientas un flechazo por una en particular, sí, lo es. En mi primer semestre lo habría hecho, pero ya no me siento culpable por pensar así. Sasha, me ha dicho que lo mismo piensan ellas de nosotros, entre otras cosas que básicamente me hicieron darme cuenta de que el juguete sexual aquí y las verdaderas víctimas del sexismo, somos nosotros. Una chica de primer semestre le echa un vistazo a mi bulto después de mirarme a la cara dos segundos, está arrastrando sus maletas por el campus, lo confirman sus mejillas que se sonrojan cuando se da cuenta que ha sido atrapada. Le ofrezco una sonrisa amable. Me ha hecho sentir como un jamón en exhibición, un maldito consolador con pilas inagotables, pero no importa, tengo que ser amable o de lo contrario, estaré encabezando la lista de idiotas junto a Romeo. Es jodido, ¿no? Somos acosados y debemos dar las gracias, o literalmente seremos desagradecidos.

Si eres compatriota y crees que los sentimientos importan: citas, corazones, flores, teorías de Platón sobre las almas gemelas, estás mal. Muy mal. Tan mal, como Donald Trump ganando las elecciones.

Ellas solo ven un pene.

—Solo, no vayas regando tus chicos por ahí —digo con ácido recorriendo mi garganta.

Romeo, se tensa a mi lado. Su expresión se oscurece recordando el susto que pasó hace un par de meses. El hecho de que en estos momentos podría estar trabajando en una gasolinera para proveer a un bebé y a su loca madre, cae sobre él como un jarro de agua fría. Solo así el pánico tumba su libido. Niego con una sonrisa al recordar su llamada de treinta minutos descargándose con

insultos a su ex, una loca de los suburbios. Como amigo le habría dado una paliza por reaccionar así si el pasatiempo de la chica no hubiese sido perforar condones.

Pensar en que algo así podría pasarme, me da escalofríos. No estoy ni de cerca preparado para cambiar pañales. El sofisticado sistema de broches y amarrado me causan hiperventilación. No sé cómo sobreviven los chicos que se apuntan al reto demasiado pronto. No importa si lo quieren o no, voluntariamente escogieron someterse al riesgo de follar sin control. El resultado lo pienso como un asunto de vida o muerte, para el cual te entrenas desayunando y cenando peligro. El menú sería el kamasutra sin anticonceptivos. Recuerdo estar tan malditamente aterrado de meter la pata, que estuve en ayunas de sexo hasta el último año. Si no fuera por Katy, mi compañera de estudio de penúltimo, lo estaría todavía.

—Eres un maldito, Drew —gruñe— ¿Cuándo dejarás el asunto atrás?

«Solo cuando tomes consciencia de tus acciones», pienso como mi padre.

— ¿Cuándo me dices qué es la boda? Espera, no solo eso, ¿quién es la novia?

—Esa perra...

— ¡No hables así de la madre de tu hijo! —Le enseño mis dientes— ¿Cómo se llama?

— ¿Cuántos años faltan para que Rosset cumpla dieciocho?

Hundo mi codo en su estómago— ¡Idiota!

Pensar en un tipo como Romeo, con todo lo que sé de él, yendo tras ella, me causa vértigo.

—Rosset, jamás estaré con un tipo como tú, mientras yo viva.

Sonríe de una forma que me hace maldecir mentalmente por usar un término similar a *nunca*. Generalmente el karma es una zorra y aplica variantes improbables, manipula el destino a su antojo y sucede lo que menos crees que pasará, para decirte *nunca digas nunca* con un escupitajo a la cara. Pero me importa una mierda. El destino sabe que si un tipo como Romeo se acerca a Rosset, es hombre muerto.

Es un hecho escrito en piedra. Ninguna fuerza del universo puede contra eso.

—Entonces, solo habrá que matarte.

—Soy inmortal en lo que se refiere a ella—tomo mi maleta del suelo. Finalmente dejo de ser un holgazán y la llevo dentro de nuestra casa. Romeo, se queda atrás saludando a las piernas que pasan. Ellas, le devuelven el saludo siendo mortalmente coquetas

—Hola, Rafe —saludo a mi compañero de habitación. El año pasado fue Romeo, un error que no volveré a cometer. Nuestra amistad estuvo a varias oportunidades de acabarse por su desorden— ¿Cómo estuvieron tus vacaciones?

Rafe, asoma su cabeza por debajo de las sábanas. El movimiento que capto por debajo de ellas, hace que desee no haber entrado y golpearlo por no echar el seguro de la puerta. Soy un maniático de la masturbación. Si lo voy a hacer me aseguro de que no haya nadie en el pasillo, echo el pestillo de la habitación y me encierro en el baño, optando por cerrar también las puertas de la ducha, abro el grifo para mitigar los ruidos y bajo la persiana de la ventanilla por si acaso. Él, sin embargo, está haciéndose una paja en mi cama, inaugurando las sábanas nuevas, como si no pudiera contenerse y le fuese la vida en ello.

Aprieto mis puños. « ¡Sátiro de mierda! ».

—Bien. Un montón de traseros se montaron en mi nena —su *nena* es la Harley estacionada abajo. Él, es un motorista de California viniendo a la universidad a estudiar artes plásticas. Por más surrealista que suene, es bueno haciendo todo tipo de esculturas con material reciclable. Su recurso favorito y más accesible son las latas de cervezas que quedan de las fiestas que hacemos. La última vez fue una versión Heineken de La Estatua de la Libertad, que vendió en miles de dólares.

—Merezco estar en el libro. Estoy seguro de haber roto un record.

—En los Records Guinness —digo tomando asiento frente al escritorio.

Sobre él, está abierta una de mis dos maletas. Empiezo a sacar mis calcetines y a ordenarlos por colores. Debo clasificarlos para no sentirme perdido por las mañanas. Suficiente tengo con estar obligado a bajar las escaleras sonámbulo. Estrecho los ojos hacia Rafe. Ya no está masturbándose. En su lugar está riéndose con lo que sea que esté mirando en su ordenador. Seguramente lo hizo, joder mi cama con su semen, para quedarse con la puta litera de abajo. Si tienes cinco años y ves una es genial dormir arriba, pero si estás en la universidad es todo lo contrario. La parte de abajo goza de un montón de beneficios. No me imagino trayendo una chica aquí y empujando su trasero para que suba por la escalera para follar. No importa lo buena que sea la vista desde abajo, sé que me despacharían antes de que pasara.

Pero entre eso y dormir sobre su descendencia, prefiero eso.

—Hey, Drew, este semestre tomé administración como optativa.

Pone el vídeo en pausa. Se rasca la nuca y alza la vista para mirarme. Lo estoy observando en silencio. Espero que continúe. Está nervioso y no sabe cómo seguir ¿Cómo admitir en voz alta que me necesita? Ese punto retorcido y egocéntrico dentro de mí hace que mis labios se curven en una sonrisa arrogante. Quizás follan más que yo, no, quizás no, es un hecho que lo hacen. Pelean más que yo, se drogan más, cometen más estupideces, demuestran su *hombría* más que yo... Pero todos estos sacos de testosterona, cada miembro

de Sigma Phi, se mean encima al momento de pedir ayuda. Y, ¡ohh!, ninguno se salva. Al final del día, todos vienen a suplicar chuparme la polla y lamerme los huevos a cambio de unas cuantas clases de matemáticas. Sacudo la cabeza intentando deshacerme de la elevación momentánea de mi ego. No importa si Romeo, casi embaraza a una chica con sus súperespermatozoides con capas, si Jackson, tiene más compañeras de cama que dedos o si Rafe, rompe un puto record, al final del día, soy el puto amo.

No andar cantando *We want some pussy* por el campus tiene sus ventajas.

—Ajá... ¿Y, cómo te preparas para eso?

Imagino una solitaria lágrima escapar de su ojo.

—Mal, no sé una mierda. Es como si el período desde primaria hasta aquí no hubiese existido. Solo sé sumar y restar —se lleva las manos al cabello, y lo hala con desesperación—. Ni siquiera puedo recordar cuál es el cociente en una división. Estoy completa y absolutamente jodido. Papá me obligó a tomarla. Dice que si está gastando su dinero para que me convierta en un marica pobre, al menos seré un marica pobre que sepa administrar el bar.

Afirmo lentamente. Comprendo su situación.

— ¿Te gustaría qué trabajáramos en ello? Tengo los martes por la tarde libres.

Sus ojos verdes brillan con victoria. Ya no está en el pozo.

— ¡Me parece bien!

Vuelvo a asentir. « ¡Bien hecho, Drew! », pienso.

El idiota toma tu cama, se folla así mismo sobre ella y tú le solucionas la vida.

Le echo un vistazo a la escalera.

¡Maldita sea!, tendré que subir y bajar para echar una siesta. Adiós a la idea de usar la computadora o estudiar en la cama. El enchufe más cercano está al menos a cuatro metros de distancia y no hay ningún lugar cerca para mis libros. Decido que si no me voy a quedar con la parte de abajo, incluso después de haber llegado dos horas antes para hacer la cama, al menos me cobraré el favor obligándolo a que me ayude a instalar unas repisas. Lo haría solo, pero está malditamente alto. De ser Romeo, me liaría a golpes con Rafe para que se alejara de mi cama. Yo, en cambio, no quiero problemas. Llevo todo este tiempo siendo la paz en esta casa, el Jedi de la hermandad al que todos acuden por sabiduría y para resolver conflictos como si fuera una versión masculina de la Dra. Nancy de *Quién tiene la razón*, y espero que siga siendo así.

—A cambio...

—La cama de abajo es tuya, camarada —se levanta y quita las sábanas. La sensación de victoria corre por mis venas. Gracias a Dios, no tendré que hacerlo yo—. Te la mereces, Drew, deberías ser un santo. Mi culo está a salvo gracias a ti. Cuando vayas a California, te daré copas gratis. Todas las que tu hígado intelectual pueda soportar.

No me imagino en un bar de motociclistas bebiendo pero aún así, me limito a murmurar un, *gracias*, antes de volver a mi tarea. Por ahora no le pondré límites a mi futuro. Solo seguiré doblando mi ropa interior. Por el rabillo del ojo lo veo tomar una botella de detergente que traje de casa y salir con ella, las sábanas y el forro antiácaros del colchón hacia la lavandería que está en el sótano. Mi mente divaga después de qué se vaya. Me pregunto cómo Rafe es tan sensible, porque lo es, lo demuestra en cada cosa, cuando fue criado para ser un chico duro. Todos esos tatuajes. Su expresión sombría. Él, es el símbolo viviente del desafío a las probabilidades. *Nunca digas nunca* vuelve a ser susurrado dentro de mi cabeza. Quién sabe, tal vez un día termine despechado en su bar, aprendiendo a manejar una Harley, con botas, chaqueta de cuero y una chica pelirroja tatuada y sus muslos alrededor de mí cintura, sus manos rodeándome desde atrás mientras me susurra obscenidades en mí

oído, como, por ejemplo: *que le encanta mi polla.*

Me levanto de un salto y me asomo. El pasillo está vacío. Los chicos aún no han llegado. Echo el pestillo de la puerta tras cerrarla con cuidado. Camino hacia el baño de puntillas y repito la operación. Antes de bajar mis pantalones y mi bóxer, abro la ducha y bajo las persianas de la ventanilla. Mi cabeza cae hacia al frente, colgando, cuando envuelvo mi mano derecha alrededor de mi miembro. Hago movimientos lentos y largos de bombeo a lo largo de toda mi longitud. Jadeos escapan de mi boca. De nuevo imagino la sensación de un par de tetas presionándose contra mi espalda. Me estremezco cuando voy más allá y aprieto mis bolas con la otra mano. Fuerte. Castigándome por ponerle un rostro a la dueña de esas tetas. No son cualquier par. Las conozco, sé perfectamente cómo se sienten sus pezones fruncidos y endurecidos por el frío, porque fueron presionados contra mi pecho hace tan solo un par de meses.

No son pequeños como los de Emma. Son grandes, voluminosos y suaves. Gimo. Desearía tanto tener su cabello envuelto en mi mano, halando de él, bombeando en su pequeño y húmedo coño. Me vengo con un último movimiento en el que aplico presión sobre la punta. Los dedos de mis pies se curvan. Me inclino sobre el lavamanos y me miro en el espejo boqueando como un pez fuera del agua por la fuerza de mi corrida derramada en el suelo. Siempre que pienso en ella, en la chica que ni siquiera debí haber conocido, me sucede. Va más allá de lo que puedo entender. Ella es otra excepción, otro desafío a las probabilidades. Solo hay que verla cerca de Romeo, para saber por quién vive y muere. La forma en la que sus ojos dorados se enfocan en él, con posesión, como si ese saco de excremento viviente fuera su futuro seguro, su boleto de lotería garantizado, únicamente la he visto una vez más.

Es la misma forma en la que yo veo a Emma.

Emma es mi seguridad, la chica que sé que me entiende. Que no me va a traicionar. La que quiero que sea mi compañera para soportar este caos. Sé que con ella, será fácil, es tranquila, calmada y sencilla como yo. Mi otra mitad. Desde que la vi en el club de ajedrez al que mamá me llevaba por las tardes, a los doce años, lo supe. Ella es la indicada, nunca tendré que

preocuparme de ser demasiado tímido o demasiado introvertido, a su lado. De ser desplazado. Siempre tenemos temas en común, números de qué hablar, operaciones qué realizar, sugerencias y nuevos métodos para facilitar la resolución de un problema. No solo hablamos de matemáticas, que es lo que piensa la mayoría, también sobre su familia, mi familia y nuestros gustos similares. Su banda favorita, Bastille, es la misma que la mía, la pizza, las alitas de pollo y el ajedrez. Nuestra preferencia por pasar un día en casa viendo películas, no haciendo locuras. El color azul. Lo único que no tenemos en común, son los videojuegos y las salidas. Lo primero, no tiene discusión, no estoy listo para renunciar a las consolas, dudo que me pida que haga un sacrificio como ese. Lo segundo es que termino siempre arrastrado a una fiesta gracias a Romeo. Estoy listo para ser un animal doméstico al cien por cien. La cosa es que ella aún no sabe que la quiero.

Somos amigos. Nada más. Mi lengua se traba cada vez que intento decirle lo lindo que está su cabello ese día, o lo bien que huele y lo hermosa que es, como si el mismo destino del que hemos estado hablando estuviera en mi contra. Como si me prohibiera dar el paso y quisiera que fuese malditamente asexual toda mi vida. Al menos no fue tan maldito, no moriré virgen. Pero si así fuera... ¿Por qué lo permitió?

¿Por qué dejó que besar a Lydia, fuera mi nueva definición de fácil?

Por tercera vez en la mañana, *nunca digas nunca*, volvió al ataque. Le prometí a Romeo, así como él a mí, nunca traicionarlo jodiendo con una de sus chicas, como hizo uno de sus compañeros del equipo de fútbol en la secundaria. Esto no tiene nada que ver, Lydia no ha sido suya. Él me lo dijo a la semana de que todo pasó, cuando me cansé de la incomodidad y le pregunté, por lo que no puede tratarse de eso. Por lo tanto, deduzco que el destino solo está siendo un cabrón hasta que recuerdo haberle dicho a mamá, a la tierna edad de diez años, que nunca me enredaría con una serpiente. Sí, veía Animal Planet, pero no me extrañaría que mis palabras fueran tomadas literalmente.

No con mi suerte.

Es la primera noche del año, así que Signa Phi, debe hacer una fiesta de bienvenida. Por supuesto que sí. Si no la hace todos estarían corriendo el riesgo de perder sus bolas. Mi piel se eriza cuando el suelo y las paredes del baño empiezan a moverse con la vibración de la música. Un sonrojo cubre mi rostro cuando me concentro en las baldosas del suelo y recuerdo la razón por la cual tuve que bajar a la lavandería por mi desinfectante. Lo que me llevó a eso. Sacudo mi cabeza, alejando los pensamientos impuros, porque no puedo andar por la vida siendo un perverso que piensa en follar a una chica y ser novio de su mejor amiga. Ese no soy yo.

Termino de abotonar mi camisa y la arremango. Es azul con diminutos y absurdos botones marrones de madera. Mis vaqueros son negros. Estoy dentro las botas de combate que Rosset me regaló en navidad. No las uso solo porque con ellas me siento como un personaje de GTA, aunque mentiría si digo que no tiene que ver. Son cómodas. Desordeno mi cabello castaño antes de salir. Ruedo los ojos cuando veo a Rafe besando a Mar, la ex de Liam, contra la pared. Habrá problemas más tarde, lo sé, pero no quiero verme involucrado. Inclino la cabeza hacia mi cama y niego. Él asiente, entendiendo que no quiero que follen en ella, bajando su vestido frente a mí. Pongo los ojos en blanco y termino de salir. Él chico eligió bien su carrera, es buen artista, pero también pudo ser estrella porno.

The Weeknd se hace más y más estridente para mis oídos a medida que descendo por los escalones de la escalera de caracol situada en medio del salón principal de la planta baja. Hay algo en su voz que vuelve locas e inhibidas a las chicas que bailan descalzas sobre la encimera de la cocina. Ellas se mueven con extrema sensualidad, rozando lo obsceno, mientras sus labios se abren y cierran susurrando la letra de The Hills. Tomo una cerveza de la nevera que trajo Romeo de casa y me marcho en medio del espectáculo. Estoy tan acostumbrado al numerito lésbico de Tiffany, Mirian y Hannah que ya no tiene ese efecto calentapollas en mí.

Encuentro a los chicos, la triada de la fiesta, en el patio. Liam le está pasando la mitad de su porro a Josh cuando llego. La que estoy seguro de que es la

mejor amiga de su ex, besándose con Rafe en mi cuarto, está cómodamente sentada en sus piernas. Ahora entiendo la reacción de Margaret. Ella es una gran chica. No estaría besándose con un imbécil como Rafe por nada, excepto debido a otro imbécil. Aún no entiendo por qué las chicas como ella, tan lindas y con tantas virtudes, se enrollan con chicos como ellos. Vamos, no soy escritor de libros de autoayuda, pero sé un par de cosas evidentes. La primera y más importante de ellas es que lo esencial es quererte a ti mismo.

Josh le da una última calada antes de ofrecérmelo— ¿Quieres?

Rechazo el porro de lo que sea que estén fumando, no huele a marihuana, con una mueca. Soy más antidroga que el hijo que tendrían la INTERPOL y la DEA si llegaran a contraer nupcias. Después de lo que pasó el año pasado, cuando casi me arrojé del techo por unas cuantas caladas, me prometí no volver a caer. Mi organismo es susceptible a los efectos y no el control de mí mismo me mata, por lo que el hecho de que esté aquí inhalando el mismo aire que expulsan, es una violación a mis propias reglas. Me siento junto a ellos en silencio. Romeo lo toma por mí. Liam palmea mi espalda con tanta fuerza, que juro sentir mis pulmones chocar con mis costillas.

—Drew, ¿te gustaría compartir el postre conmigo esta noche? —La chica en su regazo ríe. La miro con atención. Es rubia. Muy rubia. Del tipo de rubia que parece albina—. Megan tiene ganas de probarlo con nosotros.

Su invitación a un trío me desconcierta, pero más desconcierta a Romeo.

— ¿Estás invitándolo? —Su frente se arruga— ¿No soy yo tu compañero para eso?

Liam levanta las manos.

—Lo lamento viejo, la chica lo escogió a él. Específicamente a él —dice haciéndola a un lado e inclinándose a nosotros y con voz baja, añade—: Dice que todas en su fraternidad lo quieren probar después de ese beso con Lydia. Cuando supieron que no están juntos y que no morirán si lo tienen,

decidieron que tenían que saber la razón por la que lo escogió a él. Eso más el rumor de... —Miró mi polla—. Es una bomba. Cada chica en el campus está queriendo follar con *Drewstuctor de vaginas*.

Mi atraganté con mi sorbo de cerveza. Josh me golpeó la espalda.

— ¿Drewstructor? —pregunto con voz ronca.

Asiente con seriedad, pero sus labios están curvados en una sonrisa.

—Fueron por Sasha durante las vacaciones para llegar a ti.

Sasha es una amiga. Ambos estudiamos Economía, solo que ella está un semestre por debajo de mí. Tiene una lengua tan afilada como la hoja del cuchillo que esconde en la cinturilla de su pantalón para defenderse de la sociedad.

—Les dijo que fueran al supermercado, buscaran el pepino más grande y se follaran con él. Entonces sabrían el motivo por el que Lydia te besó.

Me estremecí ante la idea de un montón de chicas hormonadas siendo la causa de la desaparición de los pepinos en Chapel Hill. O mi polla.

— Eres una leyenda.

—No —Romeo niega—. Su pene lo es.

Josh, soltó una carcajada.

—Por lo menos no están tan lejos de la verdad.

Se muerde el labio mientras me mira ¡Maldición! Liam y Romeo hablan tanto de coños y tetas, que suelo olvidar que Josh es gay. Se sonroja de la misma

forma que lo hizo la chica esta mañana, cuando por fin se enfoca en mi cara. No solo yo lo estoy mirando, Romeo y Liam, a pesar de que siempre comparten conquistas, también. No es por defender a Josh, pero el par ha compartido más de lo que cualquier par de amigos debería.

— ¿Qué? Es verdad. Nos bañamos en las mismas duchas en el gimnasio. Es imposible ignorar lo que tienes ahí.

Me levanto de una de las butacas que rodean la piscina de tres metros de profundidad. Estoy cansado de escuchar sobre cómo ahora me he convertido en Drewstuctor de vaginas, una especie de monstruo de Chapel Hill que va por ahí rompiendo hímenes y torturando clítoris. Mi piel se vuelve pálida al pensar en qué opinará Emma al respecto. Seguro creerá que soy un sádico. Christian Grey negro, sin ser negro. Perfecto para ser pasado por alto por mis víctimas. Quizás corra con suerte y no escuche los chismes, no es de ese tipo de chicas, pero... ¡Dios!, es imposible que no se entere, vive en la misma casa, Triangle, que domina Lydia. No solo son mejores amigas, también se rodean de las chicas que quieren violarme. He estado nervioso acerca de cómo se está tomando el que haya besado a su amiga. Esto, sin embargo, lo empeora.

Emma, huirá cuando me vea.

— ¡Drew! —Me detengo al oír la voz de Liam. Él, me alcanza corriendo— No sé cómo preguntarte sin que suene idiota, pero... ¿Has visto a Margaret? La he estado buscando toda la noche —su mandíbula se aprieta—. Necesito explicarle que no me acosté con su prima.

Mi expresión se pone en blanco

— ¿Megan, no es su mejor amiga?

Liam niega. Una porción de cabello negro cae sobre su frente. Lo aparta con rabia.

—No hablo de Megan. Solo estaba jugando con ella. Hablo de Sally. Ella nos vio.

— ¿Os vio?

—Sí, nos descubrió. No fue mi culpa. Regresó a nuestro piso más temprano de lo que se suponía. Hubiera sido más rápido de haberlo sabido. Jamás hubiera querido que nos viera. No quiero hacerla sentir mal. Creo que... que la amo.

« ¡Joder! ».

¿La ama y folla con su prima? Si ese es el tipo de amor que alguien me da, prefiero no ser amado. Es más, prefiero que me odien. Es más sano que ser amado así.

—Si ella os vio, ¿cómo le vas a decir qué no sucedió?

—Le diré que Sally tenía frío o una mierda por el estilo.

Resisto las ganas de pegarme un tiro. Ellos estuvieron de vacaciones en Los Ángeles.

¿Cómo tienes frío en L.A?

Debieron alquilar un congelador.

—Sí, sí la vi —digo—. Está en mi habitación.

— ¿Llorando?

La oscuridad vuelve a envolverme. Cómo disfruto esto.

«Lo haré por Margaret», me miento a mí mismo, porque la verdad es que quiero darle una lección al idiota. Él, intentó ir tras Emma el año pasado. Ella casi se dejó joder por él.

—Sí Liam, estaba tan jodidamente llorando por ti en el pasillo, que tuve que subirla a mi cuarto. Le prometí venir a buscarte, pero no te dije nada porque pensé que no estaba en el mejor estado. Suspiré con pesar.

—Ella, también te ama mucho.

La mirada de Liam resplandece. Parece contento con eso.

— ¡Iré a buscarla!

Esta vez soy yo quién lo golpea con fuerza. Me aseguro de ello.

— ¡Ve, vaquero!

Lo veo desaparecer en el interior de la casa medio poseído. Lo triste y patético del asunto es que, de no estar montando a Rafe, Margaret lo creería y volvería con él en un chasquear de dedos. Lo sigo con paso lento pero no subo al segundo piso, ni loco me involucraría más en el octágono amoroso, solo permanezco en el primero. Ahora suena Good for you, de Selena Gómez. Me apoyo sobre la pared y veo a la numerosa cantidad de parejas bailar como si estuvieran solos y desnudos. Me enderezo cuando a media canción una figura familiar se aleja de Aideen, el jefe de nuestra hermandad al que solo le queda un año para graduarse, y empieza a bailar solitariamente. Sus ojos dorados están sobre mí mientras se pasa sus manos por sí misma, desde sus pechos a sus anchas caderas, descendiendo y ascendiendo por su estrecha cintura. Lleva un vestido color carne de encaje, que debería ser quemado por provocar fantasías de esa manera. Tomo otro trago para resistir la tensión que de repente hay en el aire. Para no despegar mi mirada de la suya. Es jodidamente intensa. Pesada. Cargada de erotismo.

Ella me mira a mí, baila para mí. Sé que lo hace, está siendo demasiado obvia al respecto. Cualquier duda de ello es borrada cuando mueve su dedo índice en mi dirección. Está pidiendo que me acerque. ¡A la mierda la birra italiana que consiguió el padre de Romeo! Estoy tan embriagado de Lydia Fisher que lo hago. Doy un paso en su dirección y ella da dos lejos de mí. Nos mantenemos así hasta que terminamos descendiendo por la escalera del sótano. Para hacerlo tuvimos que pasar por encima de Aideen. El cabrón está molesto. ¿Saben qué? ¡Me importa una mierda! Esta noche voy a follar. Luego lo arreglaré con Em. De todas maneras ella ya debe pensar que Lydia y yo lo hicimos.

Bajo las escaleras con su mano sujetando la mía, guiándome. Las luces están apagadas. Me sorprende cuando abre y encuentra el interruptor como si hubiera estado aquí un millón de veces. Se sienta con facilidad sobre la tapa de una de las lavadoras que ocupan el pequeño espacio. Separo sus muslos y me posiciono entre ellos. Odio que lleve medias. Es excitante, pero preferiría sentir su piel. Seguramente es suave, dulce y adictiva como descubro que lo es la de su cuello al inclinar su cabeza suavemente y besarla. Debería saber a sudor y alcohol, pero por algún retorcido motivo sabe a sandía. Supongo que es la crema que usa. Eso me vuelve loco. Me impulsa a averiguar por mí mismo qué más zonas de su cuerpo tienen ese sabor. Juego con mi lengua en su escote. Muerdo suavemente su pezón derecho por encima de la delgada tela de su vestido. No está usando sujetador. Jadea cuando tomo sus tetas en mi mano. Las llenan. Son perfectas. Jodidamente perfectas.

—No sé qué es lo que hay en ti... —susurra contra mi oído con voz de seda, poniéndome los pelos de punta. Lo único que he escuchado salir de su linda boca desde que la conozco son chillidos y gritos— Pero le molestó.

¿A quién? ¿A Aideen? Asiento con la cabeza enterrada en su pecho.

—Sí —murmuro.

—Supongo que es porque son cercanos.

Me aparto como si me hubieran arrojado agua helada tras darme cuenta que no está hablando de Aideen, sino de Romeo. No soy íntimo de Aideen. Si me interesara gastar energía odiando a alguien, sería a él. Es una bola de mierda arrogante que cree estar comiéndose el mundo por estar a punto de graduarse como biólogo, ¡joder, como biólogo! ¿Qué será? ¿Un maestro de secundaria? Actúa como si fuera a descubrir un antídoto que resucite a todas las razas extintas. Lydia se echa hacia atrás en la bañera. Hay una sonrisa en su rostro de hoyuelos y pestañas largas que desaparece cuando baja la vista a su pecho. Puede que lo haya babeado un poco. Toma una caja de kleenex olvidada en una esquina y saca uno para pasarlo ansiosamente sobre las manchas que dejé sobre ella.

— ¿Lydia? —pregunto con cierto toque inestable que me hace querer desaparecer.

No sé por qué tengo que cagarme cada vez que estoy con una chica. No soy débil, en absoluto, pero en lo que respecta a estar a solas con una chica, no sé qué me sucede. Con Lydia es soportable. Con Em, es una tortura. Es como si ellas robaran todo el oxígeno de mi cuerpo. Supongo que es porque sé qué es lo que quiere Lydia, al menos creía que lo único que deseaba era una probada de Drewstuctor, por su personalidad guerrera. Las otras chicas son tan delicadas, tan sencillas, tan falsas, tan ambiciosas. No digo que Lydia no lo sea, pero no lo esconde como las demás. Es como estar con una versión retorcida de Em. Sé que no me va a mentir por miedo a hacerme sentir mal. Si mi polla es muy pequeña para ella, me lo dirá en mi cara antes de hacerlo viral.

Al menos eso me daría unos segundos para matarla antes de que actualice su estado.

Y es sencillo estar a su alrededor porque no me gusta.

—Quiero que me ayudes a darle celos a Romeo —dice con su labio está temblando como si estuviera a punto de llorar—. Tiene que parecer real, así que estoy dispuesta a hacer lo que quieras, siempre y cuando me ayudes. Solo

contigo he logrado llamar su atención.

Mis ojos casi salen de sus órbitas.

¿Soy yo, o me está pidiendo ser su rollo a cambio de follarla?

— ¿Perdón?

No sé qué sucede, pero de repente dos cables chocan en su cabeza y sus puños se cierran alrededor de mi camisa. Me hala hacia ella de nuevo. Sus párpados están entrecerrados y ya no me mira como si quisiera devorarme, sino como si tuviera un fetiche con los asesinatos y yo fuera el elegido para cumplir sus fantasías más oscuras. Jadeo cuando presiona su frente contra la mía. Sus labios están cerca. El golpe dolió. Es una salvaje. La última vez casi me arranca el cabello y me deja sus uñas en el culo, ahora creo que rompió mi nariz.

—No me hagas repetirlo de nuevo. Sé que me entendiste.

Muerdo mi labio para no hacerlo con el suyo. No sé cuáles serían las consecuencias de eso. Perder un brazo... ¿Tal vez? Sí. Entendí. Escuché cada palabra. Lo que sucede es que aún estoy atascado en la parte donde me quiere usar para darle celos a mi mejor amigo, quién quizás no siente nada por ella y le va a importar una mierda con quién esté. La manera en la que Romeo me evitó la semana siguiente del beso con Lydia, sin embargo, vuelve a mi mente. Tal vez tenga razón. Quizás el mujeriego de mi mejor amigo se sintió como la mierda cuando me vio besando a su chica. Quizás deseó no tocar cada coño que se le ponga en frente y dedicarse a uno solo, al suyo. Mi mente, por otro lado, empieza a elucubrar la idea de que quizás pueda sacarle provecho a la situación. No sé cómo sucedió, pero Lydia es amiga de Em. Ella puede ayudarme.

Controlándome a mí mismo, deslizo una mano por su cabello y lo tomo en una coleta. Alejo su cara de la mía con un tirón y me inclino para ser yo quién se acerque. Su perfume me llena. No sé qué está usando, pero debe ser

caro y exótico. Froto mi nariz contra el arco de su cuello. Me gusta estar ahí. No estoy listo para admitirlo en voz alta, pero parte de mí desearía que Lydia simplemente se hubiera acercado a mí por placer. Esa es la parte que se rindió con Emma. La que no tiene esperanza de que estemos juntos. La que siempre acallo con una patada que la envía al fondo de mi cabeza.

—Está bien, te ayudaré.

Una sonrisa victoriosa curva sus labios. Están pintados de púrpura. Son completamente besables. Mi polla se endurece más al pensar en ellos rodeándola.

—Pero no quiero follarte, Lydia. Eres hermosa, pero no quiero follarte.

Si lo que tengo en mente pedirle funciona, no quiero el antecedente de haber estado entre sus piernas siendo la tercera discordia entre Em y yo. Tampoco debo rechazarla rudamente. Si se niega no quiero que esté esparciendo este vergonzoso rumor por el campus.

—Quiero algo más...

Me mira por debajo de sus pestañas. Luce confundida.

A duras penas contengo el impulso de querer demostrarle cómo de mal estoy mintiendo sobre no querer nada con ella. «No me gusta», me repito, «solo me llama la atención su cuerpo. Solo me ocurre lo mismo que a cualquier tío con sentido de la visión que la ve>>».

— ¿Qué?

Trago.

—Quiero que me ayudes con Em.

Su ceño se frunce.

— ¿Qué? —repite.

Halo su sedosa melena con suavidad.

—Sé que entendiste —la imito.

Veo pasar una serie de emociones por sus ojos. Son tantas que debo darme prisa analizándolas para no perderme. Primero, la incredulidad y la indignación causada porque esté prefiriendo ayuda para conquistar a su amiga, a follarla. A Em, por encima de Lydia. Luego la ferocidad y la ira de la consternación. Por último, una cara fría y calculadora, probablemente midiendo el peso de mi solicitud. Las ventajas y desventajas de decirme, sí, seguida de una mortal aceptación. Sus dedos se arrastran desde mi espalda hasta mi cuello con suavidad. Me estremezco cuando juega con mi cabello. Ella aprieta sus uñas contra la piel de mi nuca, pero aún así, no la suelto. Esto es una lucha de poderes. Debo enseñarle lo capaz que soy de ser fuerte por mi propia cuenta o no tomará mi demanda en serio.

—Está bien... —dice.

— ¡Bien! —contesto con un gruñido.

Lydia disfruta manipulando a las personas. Lo sé. Yo también lo hago. Estoy en una posición que me permite hacerlo. Ser el bueno te da esa coartada de, «él, no pudo haberlo hecho». Sus dedos aflojan la presión que ejercieron sobre mí y me acerca. Sigo sus órdenes y uno mi boca con la suya. De nuevo su lengua juega con la mía. Saben cómo moverse la una con la otra. Lo hacen como si fuera algo de todos los días. Halo su cabello contra mí cuando ella hace lo mismo con el mío, solo que de nuevo con más suavidad. A ella le gusta tratarme mal. Es obvio. Lo jodido es que creo que la parte anti-Em de mí, ronronea cuando se impone y se enfurruña cuando ataco de regreso. En esta ocasión gime en agonía cuando nos separamos entre jadeos. Sé que ella me besó jugando su última carta sobre el tema de follar, es su método para

mantener a los tíos sumisos, pero no funcionó. Por más bueno que sea su beso, no funciona. Confirмо que esa fue su intención cuando veo la frustración en sus ojos.

Asintiendo a modo de despedida, tomo mi lata de cerveza del suelo y salgo dándole un largo trago para acabarla. No estoy borracho. Ni de cerca. Cuando veo a Romeo en el umbral, viéndome salir del sótano, y después a Lydia, deseo estarlo. El dolor de la traición está escrito en su rostro. Soy un pendejo. Estuve a dos pasos de acercarme a contarle lo sucedido cuando Megan salió detrás de él y lo abrazó, frotándose contra su costado, solo así su herida se cerró. Se concentra en Megan como si no fuera evidente que Lydia y yo estábamos haciendo más que lavar. Llevando mis pensamientos de vuelta escalera abajo, llevo una mano a mis labios hinchados y los froto.

Lo único para lo que ese beso sirvió fue para sellar el trato.

Mi pacto con el diablo.

DREW:

Las clases del lunes no son más que introducciones. A mediodía ya he terminado con ellas. Para el almuerzo me dirijo a una de las cafeterías de mi facultad, al mismo sitio al que siempre voy porque aún no quiero volver al desastre que es mi fraternidad después de la fiesta de ayer. Cuando salí había cuerpos borrachos desparramados sobre la alfombra. Desconozco el paradero

de Romeo y Josh. No sé si terminaron desmayados sobre el suelo de nuevo. A Liam lo vi acostado bajo Mirian y Hannah, en la entrada, todos ellos sobre Tiffany. Su ojo estaba morado e hinchado. En vez de darle una paliza a Rafe por acostarse con su ex, Rafe se la dio a él por interrumpirlo.

Mientras atravieso el patio me siento el blanco de un montón de miradas. Ni siquiera me pregunto la razón. Sé que es por haberme colado en el sótano con Lydia. No sería un escándalo si lo hubiera hecho con cualquier otra chica. Tocarla a ella, la infame hija del Senador Fisher que es famosa por sí sola, es otro asunto. Ser el único vínculo afectivo conocido de un político te pone en una situación dónde inevitablemente eres el centro de atención. Todos la ven esperando sacar provecho de sus acciones para hacer comentarios que eventualmente tratarán sobre su padre. No justifico su comportamiento con eso, es solo el inicio de la explicación que le doy a su manera de ser, pues no se sometió al escrutinio como sería usual montando un escándalo como cualquier hijo rebelde que intenta llamar la atención o actuando como un ángel. En su lugar, logró controlar lo que cada persona podría pensar o decir de ella transformando Chapel Hill en su pequeño imperio romano.

Este maldito trozo de universo gira alrededor de sus tetas.

No es broma.

Lydia fue la primera chica que se convirtió en presidenta de Triangle desde primero, formando un ejército de unas trescientas asociadas activas, con solo diecisiete años. Todo el mundo habla de ello. Estudia leyes y no solo se mantiene buen nivel, también es el mejor promedio. Ha sido nuestra campeona de arco en tres concursos consecutivos. Su cara siempre sale impresa en el maldito periódico de la universidad. La razón por la que no está en Harvard o en Columbia es un misterio. Suenan más Lydia y su padre que la UNC.

Pero su fama no viene únicamente de estatus o logros académicos. Es hermosa. Esos ojos entre marrón y verde. Tormentosos. Serios. Audaces. Ese cabello largo y negro, sus curvas, su estrecha cintura. Posee la clase de

belleza que puede ser considerada un arma. Sigo sin entender por qué Romeo la rechaza, cualquiera estaría matando por estar en su lugar. Yo no estoy en la lista por razones obvias, pero admito que es atractiva e interesante. Supongo que simplemente no está listo para atarse, o sabe algún sucio secreto sobre ella que los demás no conocemos. Quizás es la esposa de un jefe de la mafia, o tal vez tiene problemas mentales. Mal aliento no puede ser, yo lo sé, sus besos son todo, menos malos.

¿Y si su coño está enterrado por una selva?

O Lydia puede ser Lydio.

Me siento en una de las mesas de Michies, el paraíso de las hamburguesas, preguntándome qué es lo que lo mantiene lejos y si este loco plan dará frutos. Lo único que me importa es conseguir a Em. Sé que no es correcto, que estoy siendo un maldito egoísta al respecto al intuir que su plan no funcionará y no decírselo, pero hasta ahora, este es el único paso que he dado en su dirección en mucho tiempo. Su relación es estrecha. Sé que con su ayuda podré lograrlo. Lo difícil será saber si ella me estará usando sin dar nada a cambio. No es de las personas que ayudan porque sí.

¿Pero, no estaré yo haciendo lo mismo?

Decaigo...

¿Qué esperanza me da eso? Si yo, el jodido ángel Drew, estoy usándola... ¿Ella no lo estará haciendo también? ¿Qué si pasa completamente lo opuesto a lo que estoy pensando y Romeo termina derritiéndose en un charco de amor con sus iniciales? ¿Y si después de obtenerlo, Lydia no cumple su parte? Suspiro. No quiero tener que pasar por toda la mierda de ser su amante secreto-no tan secreto por nada. No he tratado con Rom desde ayer, pero por la mirada de cinco segundos que me dio antes de volverse hacia Megan, puedo adivinar que le molestó vernos salir del sótano. No entiendo sus sentimientos por ella. ¿Qué pasará si se jode nuestra amistad por eso?

¿No debería simplemente alejarme antes de que se ponga la cosa peor?

Mi amigo el destino me envía una señal cuando la campanilla del restaurante suena. Alzo la vista de mi triple carne con doble queso, y mis papilas gustativas en medio de un orgasmo arrasador, para encontrarme con una versión no pagada por lucir tan sexy de, Satánico Pandemónium. Lo que no logro determinar es si esa señal es un «sí, sigue adelante» o un «no, da media vuelta y acelera».

—Drew —susurra mi nombre envolviéndolo en su lengua.

—Hola.

Le señalo el asiento vacío frente a mí. Lydia lo llena con su precioso trasero después de eliminar las bacterias sobre él, con un vistazo. Deja su abrigo y bolso de diseñador colgando del respaldo. Sin él, puedo ver el jean de cintura alta y el top que deja parte de su abdomen a la vista. Es una pequeña franja de piel pálida. Realmente debería ser un detalle insignificante, pero es malditamente ardiente. Me tienta a subirlo más.

— ¿Cómo estuvieron las clases hoy? —Mi voz sale entrecortada. Rueda los ojos como si supiera lo que estoy pensando y le hace señas al chico que me atendió— ¿Cómo va todo?

En vez de contestar, sonrío al tipo. Él, babea sobre mi hamburguesa.

—Hola, ¿podrías traerme una taza de café amargo?

«*Como su alma*», añado para mis adentros.

Él, asiente con la boca abierta antes de ir a la barra y volver con la taza de porcelana sobre un plato. Sus manos tiemblan mientras lo deposita en nuestra mesa. Ni siquiera pregunta si quiere algo más. Huye tras echarle un rápido vistazo. Arrugo la frente, ¿me veré así a veces? ¿Tan desesperado por amor

qué soy capaz de ponerme cachondo viendo nada en particular?

Lydia me trae de vuelta de mis indagaciones moviendo sus labios.

¡Jodido Dios! Hoy son rojos y juro que se ven más llenos.

—Drew, tenemos que hablar.

No quiero hacer el ridículo siendo ignorado de nuevo. Borro la expresión amable de mi rostro y decido jugar el juego del desinterés. La vida no ha dejado de enseñarme que ser el bueno, solo trae ser tratado como una mierda a cambio. Si Lydia quiere al Drew malo, al Drewstuctor, lo tendrá. Quizás con él, se sienta más cómoda. Después de todo vienen del mismo lado de la luna.

— ¿Sobre qué?

Sus puños se cierran tan fuertes, que creo que va a explotar.

—Tú sabes sobre qué.

Le doy una mordida a mi hamburguesa.

—No. No lo sé.

Su mirada me hace saber que está a punto de saltar sobre mí. Espero su agresión con anticipación. Comúnmente nada la detiene de ser una gatita salvaje. Los rumores sobre sus ataques de ira van desde agredir a porristas por una mala mirada a lanzarse sobre tipos rudos, como el capitán del equipo de boxeo, por un mal coqueteo.

«*Pero yo no soy ellos. No soy jodidamente indispensable*», me recuerdo.

En el último minuto, parece acordarse también.

Fuerza su cuerpo a relajarse y se obliga a sonreír como la modelo de un comercial.

—Todos están interesados en nuestra relación. Haberte besado una vez...

Niega como si besarme hubiera sido el error más grande que ha cometido en su vida.

—Hacerlo dos veces...

Se sonroja. Si fuera cualquier chica sería tierno. Como es Lydia, no sé si es real o una buena actuación. Sé lo que quiere decir antes de que lo haga. Besarme una vez llamó la atención. Besarme dos veces los sacó de juego por lo cuidadosa que es acerca de su vida amorosa. Ha tenido aventuras y cortejos, como Aideen, pero de ninguna relación se ha sabido nada. Los chicos realmente nunca hablan, siquiera lo admiten en voz alta, y las muestras de afecto de ella hacia ellos en público son escasas. Ellos, por otro lado, siempre andan detrás declarándose y pintando corazones en las paredes con su nombre. Esa es la razón principal por la que hablan tanto de ello. En un par de días lo olvidarán, tampoco somos la pareja presidencial, pero el chisme aún está caliente.

Para los demás soy el primero que sale de su sucia mazmorra.

— ¿Debo decir qué solo follamos?

— ¡Oh, no! Nada de eso —bebe otro sorbo de su café. Ni siquiera le echó azúcar. Me estremezco—. Eres más que eso.

Su pie roza mi rodilla por debajo de la mesa. Lydia lo monta sobre mi muslo, su zapato aterriza en mi ingle, tiene una sonrisa maliciosa. Mi cerebro se bloquea tanto que no me doy cuenta de que se ha acercado, besado mi mejilla

y sacado su iPhone para fotografiarnos hasta que el flash me trae de regreso. Se aleja con indiferencia después. La veo teclear con sus pequeños pulgares.

—Somos novios, Drew. Eres mío ahora y todos lo saben.

Me enseña su página de Instagram. Jadeo al verme con expresión de idiota en su última publicación. ¡Mierda!, no estoy enamorado de Lydia, pero la foto grita que sí y la pasión con la que besa mi mejilla, no ayuda a pensar lo contrario. Parecemos enamorados. Leo la leyenda: « ¡Manténganse lejos de mi chico, putas!», con un emoji de dos corazones rosas. Esa punzada anti-Em, se deleita con su falsa posesividad. La empujo hacia el infinito y más allá, y saco mi propio celular para vernos. No me es difícil encontrarlo. La muy bruja, me etiquetó. Curioso... No pensé que me siguiera o que supiera mi nombre de usuario. La sigo de regreso.

Unos segundos después, los comentarios y favoritos han empezado a llover. Identifico a varias personas. Incluso el decano de la Facultad de Ciencias, envió una cara sorprendida. Leo lo que dicen por encima. Pero cuando me doy cuenta de que la mayoría de los comentarios tratan sobre lo golosa y selectiva que es. Creen que me escogió por el Drewstuctor entre mis piernas. No están lejos de la verdad. Ella me quiere para hacerle saber a alguien más que está por todo eso conmigo. Reviso las notificaciones de mis amigos para saber si Em, ya la vio. Me siento enfermo cuando veo que sí. También puso un «felicitaciones» con un emoji sonriendo. Mis manos tiemblan. Sé lo que significa ese emoji.

Em, no está contenta al respecto.

Cualquier duda que hubiera tenido sobre el plan se esfuma.

Selecciono la grabadora de la aplicación y enfoco a Lydia. Levanto una patata con mi otra mano.

—Lydi, nena, ¿quieres darle un mordisco? Están buenas.

Hace un puchero.

—Engordaré si lo hago.

Entiendo la indirecta —No, no lo harás. Eres perfecta.

—Drew...

—Lydia...

Sus labios tiemblan. Creerán que es porque se está conteniendo de reír. Solo yo sabré que es porque está tratando de retener un montón de palabrotas. Debo admitir que esto me gusta. Quiero jodidamente reír como un idiota. La chica más fría e inalcanzable de Chapel Hill, literalmente está a punto de comer de mi mano. ¿Cuándo llegué a esta posición? La sigo sosteniendo para ella, con la misma emoción llena de adrenalina brillando en las profundidades de sus ojos, la toma de mis dedos con su boca. Enfoco sus mejillas sonrojadas, la fotografío y la subo a las redes.

El primer jodido “*me gusta*” es de Em. Me siento asqueroso.

Me siento malditamente asqueroso.

Asqueroso, porque me gusta la idea de ella sufriendo por mí. Esto es una maldita demencia. Niego aceptando el montón de solicitudes que me han enviado desde que Lydia publicó su foto. Los comentarios en mi vídeo no son más que una segunda parte de reverencias hacia Drewstructor. A este paso el ego de mi pene crecerá tanto que desarrollará patas, brazos y se irá lejos de mí por no ser suficientemente bueno para él. Me inclino hacia ella colocando mis codos sobre la mesa.

— ¿Cómo todas estas personas están interesadas en lo qué haces?

Se encoge de hombros. Veo el fantasma de una sonrisa en su rostro.

—Sus vidas son así de miserables.

No puedo quitarle la razón. Termino con mi hamburguesa poco después del show mediático. He puesto mi teléfono en silencio. Intenté ponerlo en vibrador pero no paraba de sacudirse con notificaciones. Después de todo, le dejo diez dólares de propina al chico. Lydia le deja veinte. Es más de lo que habría gastado comprando ocho cafés. Tomo su mano cuando me la ofrece. Es mucho más pequeña en comparación con la mía. Al salir del restaurante vuelvo a sentirme observado desde todos los ángulos existentes. Lydia, aprovecha la atención para ponerse de puntillas, no es que fuese necesario, y limpia los restos de su carmín de mi rostro. Después de la demostración de afecto, una más para el historial, seguimos caminando.

Nos detenemos en el estacionamiento. Junto a la caseta de vigilancia me deshago de su agarre y meto las manos en los bolsillos de mi cazadora. No hay ninguna piedra cerca que pueda patear. Por lo tanto, ¿qué se supone que haga con este incómodo silencio? ¿Esperar qué me dé otra orden?

—Eh, supongo que nos veremos por ahí, ¿no?

Despega la vista de la pantalla de su celular. Sus cejas se alzan.

— ¿Te molesto?

Arrugo la frente — ¿No tienes qué ir a ningún sitio?

—Sí —dice—. Tengo que ir contigo, nene —canturrea—, a tu habitación.

Mi garganta se seca.

— ¿Por qué?

Su mandíbula se tensa. Me mira como si fuera un niño estúpido al que está cansada de tratar de enseñarle a leer.

—Ya te lo dije, Drew. Eres mío —se dirige hacia mi Range Rover. Está aparcado al fondo bajo la sombra de un árbol. Hace un gesto impaciente hacia la puerta del copiloto. Le quito el seguro con el control de la alarma y entra. Sigo soltando una sarta de maldiciones. Apropiarse de mi camioneta, de mi vida, no estaba en el contrato — ¿Qué haremos? Tengo que estar de vuelta en la facultad a las cinco. Podemos ver una película.

Estoy a dos segundos de preguntarle por qué mierda quiere ver una película conmigo cuando sé que seguramente planea hacer Snapchats. Espero que no me obligue a usar filtros.

Dejo caer mi frente contra el volante.

—Al menos no será una mierda romántica, ¿no?

— ¿Crepúsculo?

Vuelvo a maldecir.

Media hora más tarde estamos acostados en mi cama con un tazón de palomitas entre nosotros. De camino a la fraternidad me obligó a detenerme en una pastelería para conseguir chocolates, nutella y galletas. Era eso, o seguir soportando sus comentarios acerca de que a Em, no le gustan los tacaños. Estuve a punto de ser un mezquino y decirle que engordaría, recordando el episodio de la patata, pero gracias a Dios no fui tan lejos. No estoy seguro de cómo se habría comportado Lydia después de eso.

— ¿Por qué todos lucen con estreñimiento? —pregunto.

Los hermanos Cullen entrando en la nueva escuela de Bella, son tan expresivos como una zanahoria. Nunca vi que contrataran tantos actores con parálisis facial. Lo mismo se aplica a Bella. Ella y Edward, definitivamente

son el uno para el otro. Ambos podrían adoptar rocas y criarlas a su imagen y semejanza.

Lydia me sorprende riéndose —No sé. Se parecen a ti, eres muy serio.

Me enseña mi expresión plana una y otra vez en las fotos que ha tomado y subido a Snap. En todas está trepando sobre mí, abrazándome o dándome besos. Decido ser más expresivo en la siguiente. No vayan a pensar que ella es la que está loca por mí. No sé cómo le sentaría eso a su ego. Le quito el iPhone de su mano y en la siguiente que sube estoy acariciando la piel de su espalda baja. Es tan suave...

—Tú no te quedas atrás.

Hace una mueca —No, yo no soy tan seria como tú.

—Solo piensas que soy así porque siempre estoy rodeado de imbéciles —levanto y dejo caer mis hombros—. Es imposible no notar la diferencia entre ellos y yo. Si fueran personas normales no pensarías lo mismo.

Señala la biblioteca llena de consolas frente a nosotros — ¿Eso es normal?

—Romeo ayer hizo ballet, ¿eso es lo que quieres comparar con mis juguetes para establecer una definición de normalidad? —Meto mi dedo índice en el frasco de Nutella y lo llevo a mi boca. Sus grandes ojos siguen mi movimiento con... ¿Interés?—. Creo que sería un interesante debate.

—Mejor no.

— ¿No quieres discutir sobre tu novio falso y tu amor platónico?

Niega

—No, no quiero unirlos en una misma oración.

Alzo las cejas. ¿No todas las chicas tienen la fantasía de dos hombres tras ella?

—Bien —digo— ¿Qué opinan en tú fraternidad?

Su expresión se vuelve seria antes de que consiga sentarse a horcajadas sobre mí, su entrepierna cómodamente puesta sobre la mía, mirándome directamente a los ojos con una fina línea formándose en sus labios. Le doy la bienvenida al dolor cuando sus uñas raspan a través de mi cuero cabelludo. Me estoy acostumbrando a esto tan rápido que asusta.

No, lo que realmente asusta es que me guste.

— ¿Tienes interés en alguna de ellas aparte de Em?

¿Qué?

—No.

—Bien —responde secamente y, a continuación, se acerca tanto a mí que su perfume se convierte en lo único que huelo—, porque eres mío, Drew, te lo he dicho tantas veces hoy como he podido. Te tomaré a ti hasta que Romeo, me lleve con él o hasta que Em, ponga sus santurronas garras sobre ti —sonríe. Sus manos ya están acariciando mi cuello. Ella tiene un serio problema con la asfixia y sus bragas mojadas, lo sé —.Pero veo que no me has tomado en serio. No te culpo. Sé lo difícil que es para ti ser el centro de atención de un día para otro —su mirada se vuelve sombría—. Eres guapo. Tienes un buen cuerpo y un lindo cabello, ¡Dios!, incluso tus ojos azules son lindos. Lástima que seas tan tímido, bueno y noble. ¿Qué chica quiere eso? Las cosas han cambiado de un par de siglos para acá. Buscamos pasión. Aventuras, no malditos besos en la mejilla. Me sorprende que no me hayas pedido matrimonio antes de poder tocar mis tetas ayer —ladea su cabeza. Su cabello

sigue el movimiento como una cascada cambiando de dirección—. Han pasado dos meses desde que nos besamos. Fue un simple beso caliente frente a todos. Solo eso, pero... ¿Me puedes negar qué no te has vuelto a sentir invisible desde entonces? ¿Qué tu vida no ha dado un giro de ciento ochenta grados?

Tiene tanta jodida razón que no hago más que estremecerme con rabia. No entiendo la razón por la que al parecer puedo hablar normalmente con ella. Puedo decirle cualquier cosa. Mostrarme tal cual soy porque algo en sus ojos me dice que a estas alturas, conoce más de mis sucios secretos que yo mismo. Es como si ya me diera igual compartir cualquier cosa. También se trata de que, entre nosotros, es ella quién lleva las riendas, no yo, por lo que no tengo que preocuparme si la cago. La responsabilidad no será mía si esta farsa se va a la mierda. Ella, es la que está al mando.

Su maldito control me hace libre y saberlo me enoja. La observo con impotencia. Ella no puede estar obligándome a admitirlo en voz alta, pero lo hace.

—No, no puedo —suelto con voz rota cuando es obvio que no seguirá adelante sin una respuesta.

Suspira. No puedo descifrar la emoción en sus ojos pero sé que se debe tratar de algo similar a lástima. Sus manos están de vuelta en mi cabello y ya no son rudas o violentas. Me acarician. Me siento como un secuestrado con Síndrome de Estocolmo mientras disfruto de ellas en silencio. Estoy comportándome como un maldito masoquista, pero vale la pena. Ahora mismo necesito ser sostenido. No es fácil decirle a alguien, mucho menos a alguien en quién no confías y que solo conoces por boca de otros, que no eras nada antes de que se involucrara en tu vida. Algo que he estado guardando para mí mismo, es lo bien que me he sentido desde que volví y nadie me preguntó si soy malditamente gay o asexual solo porque soy un puto torpe y no estoy acostumbrado a hacer movimientos. Era el pan de todos los días.

Aideen, incluso me llamó retrasado una vez. Pero lo que me jode, es que

tenga razón. Ni siquiera puedo conseguir a Em por mí mismo, recurro a Lydia y sus juegos sucios para hacerlo. Incluso involucré el corazón de mi mejor amigo en esto. Sé que puede convertirse en un asunto que nunca me perdonará, pero, ¡joder!, estoy siendo egoísta por primera vez en mi vida.

—Ahora es diferente, Drew —dice contra mí—. Todas te desean a ti. No a ellos. Cuando cierran los ojos, te imaginan a ti sosteniéndolas. Ha llegado tu momento de brillar. Eres sorprendentemente dulce y eso juega a tu favor —hace una mueca—. Olvida lo que dije. Aún hay chicas inocentes y estúpidas caminando sobre la tierra. Por más que me cueste admitirlo, eres encantador y definitivamente ellas se mueren por ti. Eres del tipo de Em, ¿sabes? —Asiento. Ella merece ser tratada bien y aunque ahora esté actuando como un idiota, eso es todo lo que quiero para ella. Tratarla bien y cuidarla tanto como me lo permita. Me cuesta creer que Lydia esté siendo amable, es algo que me deja completamente fuera de juego —Solo necesitas aprender a confiar más en ti mismo. Espero que esta sobredosis de autoestima ayude a forjar tu frágil ego —sus ojos se oscurecen de nuevo—. Cumpliré mi parte del plan. Mi palabra es sagrada. Si lo que tengo que hacer para juntarte con Emma es hacerte un hombre, lo haré. Cueste lo que cueste. Lo único que te pido a cambio es que me ayudes con Romeo, y no me dejes en ridículo. A ojos ajenos, eres mío.

Sus labios viajan a mi cuello. Deposita un beso sobre una marca causada por sus uñas ayer y se aparta. Se levanta de mí y de mi cama de un salto. Cuando está de pie, se coloca su abrigo y empieza a abotonarlo. Ahora entiendo a qué se refiere cuando dice que le pertenezco. No quiere que sea visto con alguien más. Es algo que puedo evitar. No tengo una lista con números de amantes bajo mi almohada —Me iré ahora. Quiero pasar un rato en la biblioteca antes de ir a clase.

La imito. Las malditas llaves están en mi mano antes de que siquiera pueda pensar en tomarlas.

—Yo te llevo.

Una lenta sonrisa se extiende por su rostro

— ¡Por supuesto que sí!, ¿qué más podrías hacer?

Rindiéndome a la idea de ella siendo humana y linda, tomo una chaqueta de mi armario y caminamos hacia la salida de la casa. Afortunadamente no nos topamos con nadie de camino al garaje. Dentro del Range enciendo la radio. La emoción se desata dentro de mí, cuando escucho Purple Lamborghini de Skrillex y Rick Ro\$\$\$. Lydia está ocupada con su teléfono, probablemente respondiendo comentarios y mensajes sobre nuestra relación, por lo que no me abstengo de gesticular con la boca y mover los hombros al ritmo de la canción. También soy un chico malo acelerando unos kilómetros por encima del límite. Llegamos a su facultad antes de que la canción termine.

—Salgo a las ocho —dice con la respiración entrecortada.

Se ve azul.

Estoy a medio camino de preguntarle qué le sucede cuando la puerta del lado copiloto se cierra. Gruño. Decido no moverme del lugar hasta que la veo entrar en el edificio sin haberse desmayado en el camino. Antes de volver a casa saco mi celular y busco el número de Em. Le escribo un mensaje:

[3:15:24 p.m.] Drew: Tengo un nuevo libro. Es genial. ¿Paso por ti?

Su respuesta llega en cuestión de segundos.

[3:15:54 p.m.] Em: Ven. Ya estoy deseando echarle un vistazo :)

Mis labios se curvan en una sonrisa. Arranco y me dirijo a su fraternidad. Estoy tan absorto en la idea de verla después de tanto tiempo, que no pienso en las consecuencias de lo que estoy a punto de hacer hasta que es demasiado tarde. Lo único que quiero es ver su precioso rostro ardiendo en celos.

Jodida carita psicópata.

Emma no está en lo absoluto celosa.

O, si lo está, lo disimula muy bien.

Estoy en la cocina de Triangle. Es blanca, limpia y mucho más grande que la de nuestra casa. Mis dedos viajan por el borde de la mesa mientras la veo repasar las páginas del nuevo manual de fórmulas que compré antes de las vacaciones navideñas. Su cabello rubio y corto está suelto en un montón de rizos que enmarcan su rostro. Sus pómulos son marcados. Tiene nariz de botón y un montón de pecas esparcidas por sus mejillas. Siempre me gustaron sus labios. Le dan una forma abstracta de corazón a su boca. El inferior es más gordo y pequeño en longitud que el superior. Es lindo. El rasgo se vería gracioso en otra persona que no fuera Em. Mide poco más de metro y medio y todo en ella se ve tierno.

—Es muy bueno. Me gustaría sacar algunas copias. ¿Podrías dejármelo? Iría a llevártelo mañana a primera hora —guarda sus manos en las mangas de su suéter demasiado ancho. Eso solo me hace querer abrazarla más—. Lo prometo.

—Sé que lo harás —sonríó—. Pero preferiría pasar por ti y llevarte, ¿a qué hora tienes clases?

—A las ocho.

—Bien. Tengo mi primera hora a las nueve. Puedo pasar por ti sin problema.

Sus labios se aprietan.

—Pero...

— ¡Nada de peros...!

— ¿Lydia, no se molestará?

La mención de su nombre hace que primero me tense y luego busque en su cara cualquier signo que me indique que está molesta. Es la primera vez que hace mención a nuestra relación. El resto de la tarde el tema ha estado ahí, como un enorme elefante en la habitación, pero ninguno se atrevió a dar el paso. Lo único que veo en sus ojos negros, sin embargo, es genuina preocupación por herir los sentimientos de su mejor amiga.

Es tan dulce...

¿Cómo terminó Em tan unida a ese trozo de infierno qué es Lydia?

—No. No creo que lo haga —digo.

— ¿No? —Bufa Patience, otra amiga de Em, que suponía estaba leyendo su novela sentada junto a nosotros, y no malditamente metiéndose en mi vida. Empuja sus gafas a la cima de su nariz— Lydi nos matará a todos si descubre que estás saliendo con su mejor amiga. No la culpo —echa un rápido vistazo a nuestras manos casi rozándose. Las echo hacia atrás y Em, hace lo mismo. Mis mejillas se están ruborizando. Las tuyas también—. Os pasáis juntos todo el tiempo. Emma, obviamente Lydia, tendría razones para sospechar.

Estrecho los ojos en su dirección.

— ¿Por qué tendría qué tenerlas? Somos amigos —intento tranquilizar a Emma.

Estoy haciendo esto con Lydia, para acercarme a Em, no para alejarla más.

Patience, sonrío. Su sonrisa es un eco de la de Lydia. No tan mala y cruel, pero similar.

—Yo, las tendría.

Dejando caer el peso de la culpa sobre nosotros, se levanta y se marcha en silencio. No me cae bien. Parece estar más del lado de Lydia, que de Em. Necesito todo mi autocontrol para no lanzarme sobre ella y tranquilizarla. No es justo que esté en esta posición por mi culpa. No hay nada que pueda decir sin sonar hipócrita. Permanezco en silencio y la veo calmarse a sí misma de lejos.

Cuando vuelve a hablar, suena verdaderamente herida— ¿Por qué no me dijiste que salías con mi mejor amiga? Creí que confiabas en mí —sus ojos se llenan de lágrimas—. Te habría apoyado, Drew. Los habría apoyado a ambos —hipa—. Lydia tampoco me dijo nada. Tuve que enterarme por otros. No sabes lo mal que me siento ahora.

Intento alcanzar su mano. La aleja.

Esa acción es una daga clavándose en mi corazón.

—Em...

—No, Drew, no está bien lo que hicieron.

—Lo sé.

— ¡No había ninguna razón para ocultarlo!

—Lo siento...

—No quiero perderte como amigo —susurra en medio de su llanto—. Tengo el presentimiento de que esto terminará separándonos. Te quiero mucho, Drew. No podría soportar perderte.

«Te quiero mucho, Drew», guardo esas palabras en mi mente para más tarde.

—No me perderás por esto —le prometo.

«Nos unirá más», me abstengo de decir.

— ¿Cómo puedes saberlo?

—Hablaré con Lydia. Si nos quiere tanto como dice, deberá confiar en nosotros. Ella no se molestará porque pasemos tiempo juntos.

Hago una mueca. No estoy seguro de eso. Por suerte Em, no la ve y me deja sujetar su mano. Sus dedos tiemblan.

— Lo arreglaré.

Sorbe por la nariz. Ahora se ve avergonzada

—Siento el drama.

Dejo de contenerme y la halo en un abrazo. Huele a dulce de leche. Es un aroma que recuerdo perfectamente. Me he estado embriagando de él desde que tengo memoria. Mis manos tiemblan. Mis piernas también lo hacen. Estoy siendo malditamente débil otra vez. Lo único que quiero es fundir sus labios con los míos. Besarla intensamente. Follarla, no reconfortarla.

¡Joder!

En su lugar la abrazo más fuerte, y beso su frente. Teddy, tiene más acción que yo.

—Me alegra saber que Em y tú, ya han tenido su reencuentro —dice una voz femenina a nuestras espaldas.

Em, se aleja antes de que me dé cuenta de lo que está sucediendo. Entra en pánico mientras su mirada va de Lydia hacia mí. Quiero protegerla de las dagas que lanzan los ojos de Lydia hacia nosotros. La expresión de su rostro es escalofriante. Imagino qué es el motivo por lo que es tan temida.

Súmale un temperamento de mierda, un padre rico, y este es el resultado.

—Hola Lydia, Drew y yo...

—Emma, ¿puedes dejarme a solas con Drew? —Se cruza de brazos dando un par de pasos hacia nosotros—. A menos, claro, que sea un inconveniente para ti. Veo que estabas muy entretenida en sus brazos.

Si Em, no captó la señal, yo sí.

Mejor amiga o no, Lydia no toleraría una traición. Emma no sabe que esto es una broma de mal gusto. Cualquier movimiento mío a sus espaldas sería considerado como tal.

—Em, nos vemos mañana —vuelvo a posar mis labios en su frente—. Te llamaré.

—Está bien... —Cierra los ojos antes de dirigirlos a su amiga— Lydia...

—Hablabamos más tarde.

Traga —De acuerdo, te espero en tu cuarto.

Lydia asiente y Emma se va con el rabo entre las piernas. Cuando nos quedamos a solas, ella se dirige a mí atacándome con todo lo que tiene. Empieza haciéndome sentir culpable por abrazar a la chica con la que se supone me comprometeré un día.

—Te dije que la conseguiría para ti, Drew —tiene el lindo gesto de sonar molesta y herida—. Lo único que te pedí a cambio fue no avergonzarme.

Me cruzo de brazos.

—También pediste que te entregara a mi mejor amigo en bandeja de plata.

—Estoy intentando ser buena contigo —susurra como si yo no hubiera dicho nada— ¡Demonios!, de verdad que lo estoy haciendo —sujeta mi camisa en sus puños—. Esta es la última vez que lo digo: ¡Eres mío!, ¿lo entiendes? Mientras dure esto... —Junta su frente con la mía— ¡Eres mío y de nadie más! ¡Ninguna zorra te va a tocar o estará muerta, ni siquiera Em!

— ¡No soy un juguete! —protesto sin saber si realmente quiero hacerlo.

Algo en mí hace cortocircuito cuando dice esas dos palabras.

—Debiste haberlo pensado mejor antes de involucrarte conmigo. Sabías en lo que te metías cuando aceptaste el reto de Liam, ¿no? —Me congeló. No tenía idea que supiera sobre eso. Sonríe como si eso no fuera otra prueba más de quién está al mando de la situación —Conocías mi reputación. Sabías quién soy. Manipulo. Uso. Juego sucio. Nunca lo he negado, no soy hipócrita.

Aprieto la mandíbula.

—Nunca pensé que llegaríamos a este punto.

—Pero aquí estamos —se encoje de hombros—. Estamos juntos en esto, enloqueciendo a dos personas que no dan una mierda por nosotros, porque estamos cansados de esperar por ellos. Relame sus labios. Parte de su labial ha desaparecido. Puedo apreciar que su color original es un rosa suave—. No solo mi reputación está en juego. Sé que lo sabes. Mi vida no me pertenece, pero he trabajado mucho para tener el poco de control sobre ella. No arruinaré eso por nadie, ni siquiera por Romeo —le creo cada puta palabra—.

Si vas a ser una maldita amenaza sobre eso, poniendo tus manos sobre cada puta que se acerque a ti porque no puedes controlarte a ti mismo en esta nueva situación, será mejor que me lo digas y terminaremos con esto.

Inhalo y exhalo. De nuevo tiene razón.

—Perdóname, Lydia. No volverá a suceder.

Cierra sus párpados. Pasa un rato antes de que los vuelva a abrir.

—Incluso Emma, es una amenaza para mí. No quiero comentarios acerca de mi novio engañándome. No lo toleraré. Si estás con ella... —De nuevo veo el miedo a ser traicionada. Eso me hace comprender por qué tardó tanto en aceptar cuando le vendí a Romeo a cambio de Em—. Sé tan discreto, que ni siquiera yo me entere.

Bien. Al menos no me está alejando de ella.

—Lo tendré en cuenta.

Todo su cuerpo se relaja contra mí—. Nos vemos mañana.

¿Qué?

— ¿Mañana?

—Sí, tengo clase a las siete. Ya que no pude llamarte cuando salí más temprano y no fuiste a buscarme, me tienes que compensar haciéndolo mañana temprano o haré un berrinche sobre el mal novio que eres, frente a Em —aprieto mis labios entre sí. Jodidamente no puedo creer que me esté obligando a levantarme temprano para ir a buscarla. Muevo lentamente la cabeza de arriba abajo —. Buen chico —susurra contra mi mejilla antes dar media vuelta hacia la salida de la cocina — ¡Ah! —Se detiene y su sonrisa maliciosa me hace temblar —Le diré personalmente a Emma, que no podrás ir

con ella.

—Lydia...

Ríe

—Tranquilo, nene, seré buena.

Son las once de la noche cuando Rafe, baja de su cama de un salto. El idiota se cree Spiderman. En vez de bajar usando las escaleras opta por romperse un par de huesos.

—Joder, Drew, eres viral.

No entiendo que está queriendo decir, hasta que distingo lo que hay en su móvil que sujeta frente a mí. Mi furia contra Lydia crece cuando me veo a mí mismo, cantando y bailando como un poseso mientras conduzco. Lentamente mi mirada baja hasta el comentario que hay. Usó un emoji tapándose los ojos y un montón de corazones. Los comentarios son un poco de todo. Empujo a Rafe fuera de mi cama, cuando comienza a reír como si no hubiera mañana. Temo que se orine en ella.

Agarro mí teléfono, lo desbloqueo y abro mi directo en Instagram.

Lydia me mandó un mensaje con el vídeo adjunto.

«Eres mío».

Me dejo caer sobre el colchón con mi antebrazo tapando mis ojos.

Este, sin duda, es mi castigo.

LYDIA:

El tiro con arco es uno de los deportes más viejos del que se tiene registro. Todo empezó cuando el hombre de la antigüedad dejó de verlo como un instrumento musical y lo transformó en un arma mortal para dar caza a sus presas, otra evidencia de la capacidad del ser humano de explotar un objeto precioso hasta sacar a la luz su potencial destructor. Esta actitud al parecer, vino sin fecha de caducidad. Solo tenemos que echar un vistazo a nuestra historia, para tener la potestad de decir que hemos afectado irreversiblemente la gracia de la naturaleza, y nuestra propia evolución. Desde que existimos hemos estado destruyendo lo que nos rodea, a las personas que están a nuestro alcance, a nosotros mismos. Destruyendo las razones para no destruir. Destruyendo lo bueno y obviando su significado, suplantándolo con lo malo.

Todos me dirán que sueno exagerada si digo mis pensamientos en voz alta, por eso guardo esta parte de mi personalidad para mí, de lo contrario no estaríamos condenados a esta realidad. Vivimos en el siglo XXI, una especie de secuela de la Revolución Industrial y segunda oportunidad para evitar un apocalipsis inminente, ¿y qué tenemos? Estamos a tan solo un paso de desarrollar la misma tecnología que el cine nos ha vendido de los alienígenas, a no ser que ya estemos ahí, pero en lugar de todos estar aportando nuestro grano de arena desarrollando la cura contra el VIH o el cáncer, del que todos tenemos una cicatriz, estamos gastando nuestro tiempo con memes. No hay forma de determinar el nivel de inteligencia de una persona. Existen médicos racistas, abogados sin una pizca de tolerancia a la comunidad hispanohablante y políticos machistas. Mujeres que tienen más dinero en su pequeño cofre de joyas del que podría necesitar una aldea para no morir de hambre en una década. Los hombres aún gobiernan sobre otros a base de corrupción. Todavía no tenemos una buena definición de gobierno o política.

Nos robamos mutuamente. Deshonramos nuestra tierra. El arte sigue a los consumidores, no al revés como debería ser. La religión ha pasado a ser sinónimo de conflicto en vez de fe.

Eso es lo que tenemos. Tenemos tanto, y a la vez, nada.

—Buen tiro —silba Finn.

—Sí —digo retirando un molesto mechón de cabello de mi rostro.

Por su culpa la punta terminó incrustándose a tan solo un par de centímetros del blanco. Recorro corriendo los noventa metros para buscarla. No es necesario que lo haga. Hay muchas otras dianas en el campo, pero tengo una fijación por esta en particular. Su posición me permite entrenar mi ojo débil. Al regresar él, ya está sacando otra pieza de carbono y aluminio de mi funda. Las intercambio y apunto de nuevo con mi bebé.

Mi mano y brazo derecho sostienen el arco. Las falanges de mis dedos estabilizan la cuerda y la flecha y mi cuerpo está perpendicular a la línea de tiro.

Me relajo.

Uso mi ojo débil, el izquierdo, para enfocarme.

Entonces lo levanto y abro, tendiéndolo en un movimiento fluido, desplazando la mano de la cuerda a mi cara para apoyarla ligeramente sobre mi barbilla. Mis omoplatos casi chocan entre sí y mi espalda se tensa, cuando tiro más de mis brazos para ganar distancia. El clicker suena cuando obtengo la apertura correcta y, finalmente, relajo los dedos.

Noventa metros después, la observamos perforar el centro de la diana.

Eso fue con mi bonito ojo sumiso.

— ¡Dios! —Los rizos pelirrojos de Finn se mueven de un lado a otro mientras niega. Sus labios están a punto de agrietarse por la amplitud de su sonrisa. Él, no solo está aquí por ocio. Es lo más cercano a un asistente deportivo que tengo — ¡Estamos jodidamente dentro de las Olimpiadas! —Coge mi muñequera cuando se la lanzo. Compré esta dactilera en mi último viaje a Londres, fue un pequeño costoso capricho que me concedí, así que la guardo en el bolsillo de mis pantalones Nike, en lugar de dársela. Siempre las pierde. Le paso el resto de mi equipo de la misma forma—. Hoy has trabajado muy duro, Lydia, estoy orgulloso de ti.

Hago una mueca.

—Gracias, papá —murmuro llevando la botella de agua a mis labios.

Odio cuando me habla como si no fuera solo dos años mayor que yo.

— ¡Maldición! —Rueda los ojos con placer. Parece un zombie excitado—Sabes lo caliente que me pone que me digas así, nena.

Ni me estremezco, ni salto sobre su garganta como haría con cualquier chico de la UNC por un comentario como ese. Finn no es el típico pervertido. En realidad es un pan de Dios, cristiano hasta la empuñadura, pero ni siquiera la Biblia ha podido combatir el hecho de que es hombre y peca. Entre sus indiscreciones está molestarme a mí y a quien sea, de cualquier forma posible. No hay que dejarse engañar por sus lindos suéteres combinados con pantalones perfectamente planchados. Su lengua es viperina. Obtiene placer incomodando a los demás. Me gusta tenerlo a mi lado porque no duda en decirme exactamente lo que piensa.

Él, es esa joya exenta de hipocresía que todos debemos tener esta temporada.

— ¿Qué crees que diría el Senador Fisher si supiera que su papel de padre está siendo erotizado por ti?

—Probablemente me enviaría a la cárcel y te enviaría a una universidad de monjas, donde nadie pudiera tocarse pensando en ocupar su lugar, si es que existen —se encoje de hombros. Una débil risa escapa de mí. Sí, probablemente él, haría eso—. O no haría nada en absoluto.

— ¿No?

—No. En ese caso tendría que enviar a toda la UNC a prisión. Ni siquiera el gobierno podría encubrir la desaparición espontánea de toda una población masculina estudiantil —lame el contorno que crean sus finos labios—. Todos aquí sueñan con ser tu papi.

No estoy tan segura de eso, pero no lo discutiré con él.

Cada vez que hablo de política o similar termino discutiendo. Soy diplomática. Mi carrera lo exige, pero fuera de un juzgado y del ambiente laboral o universitario, defiendo mis ideales con uñas y dientes. Uno de ellos es la sobrecarga de poder que hay sobre ciertos hombros. ¿Cómo es posible que una sola voz represente a millones? Aún siendo escogido por la mayoría, siempre será injusto para la minoría, que a veces roza la mayoría y que no lo quiso así. Hasta ahora es necesario, teniendo en cuenta que los modelos más cercanos a la igualdad, como el comunismo y socialismo, donde el poder reside en los ciudadanos él dicho, “debo tener lo mismo que tú seas quién seas”, no han terminado demasiado bien.

Tampoco es que esté de acuerdo con ellos. No veo futuro en una sociedad sin estratos. Debes trabajar para ascender. Estoy a favor de la inclusión social y la ayuda a los más necesitados, pero eso no significa que no puedas luchar para hacerte de un puesto en lo más alto. No tienes culpa de haber nacido con poco, tienes culpa de morir así. Oprah Winfrey y Bezos, y muchos más, son el ejemplo viviente de ello. Y aunque suene triste, no estamos listos para ser libres. Eso nos deja con un modelo gobernante. Con gobernantes. Gobernándonos.

Sin su corrupción, esto sería un caos.

Y la mayoría del tiempo estoy segura de que sus manos están limpias, pero mi padre amenazó con cerrar mi escuela porque un niño me mordió. La UNC sería un reto, pero nada que no se pueda arreglar con sus abogados y el cobro de unos cuantos favores. Afectaría su recorrido con destino a la Casa Blanca, esas protestas no se podrían tapar, pero eventualmente su buena gestión opacaría el desastre y terminaría con el triple de votos que perdió.

—Una universidad menos, una universidad más...

—Él, no tiene tanto poder —tampoco discutiré eso. No es necesario que él sepa que lo tiene. Finn se apoya en las gradas—. Hablando del Senador Fisher... ¿Qué opina sobre su nuevo yerno? —Se cruza de brazos. Mi carcaj está en su hombro.

—Me muero por saber. No lo imagino recibéndolo en la mansión Fisher con una lasaña.

Mi cuerpo se tensa ante la mención de Drew.

—No existe la mansión Fisher.

— ¿No?

—No. Se llama Dolce Lydi.

Alza sus cejas pobladas.

—Por más interesante que eso suene, en cualquier otro momento te jodería por ello, pero no te dejaré omitir mi pregunta —la sonrisa ancha vuelve — ¿Qué opina tu papi de que andes besuqueándote con Drew? Estoy muy seguro de que está perdiendo el tinte de su pelo.

— ¡No tiene canas!

—Espero una respuesta, Lydia.

Suspiro

— Nada. No opina nada.

—Él, habló con mi familia cuando le llegaron fotos de nosotros dos juntos, ¿sabes? —Asiento. Por supuesto que lo sé. El hecho de que Finn no se hubiera alejado de mí a pesar de sus amenazas, fue lo que me empujó a confiar en él.

—No puedes insultar mi inteligencia diciéndome que no opina nada sobre tu relación con Drewstructor.

Un tic se apodera de mi ojo al escuchar su apodo.

He intentado que no se lo digan, no es apropiado, pero siguen tan fascinados con esa parte de su anatomía por la que, no me voy a mentir a mí misma, he llegado a sentir curiosidad. Cuando me doy la vuelta las chicas que fingen lealtad hacia mí, comienzan a cotillear acerca de su pene. Del pene de mi novio. Al parecer todas lo han probado, o mienten sobre haberlo hecho.

Las mejillas sonrojadas por todo de Drew, me dicen que han mentido.

—En serio, Finn, no me ha dicho nada.

Es verdad. Hemos hablado unas seis veces desde que empecé mi plan con Drew, y no ha hecho comentarios al respecto. Sé que lo sabe. Ha estado siendo un acosador demente sin vergüenza, dejando todo tipo de evidencias: favoritos en Twitter y corazones en Instagram. Hasta respondió con un signo de interrogación a varias de mis historias en Snapchat. Al parecer no le importa su papel como Senador de los Estados Unidos, cuando se trata de la vida amorosa de su hija. Supongo que espera que saque a colación el tema y ruegue por su perdón ya que no pedí permiso antes de salir públicamente con Drew, pero ambos sabemos que eso no va a suceder. No he hecho nada malo.

Aún...

Él, es el tipo de chico que quiere para mí.

Es inteligente, atractivo y tiene el suficiente dinero. Drew no alardea de ello, supongo que quiere que las personas se acerquen a él por lo que es, pero lo tiene. Sus padres son parte de la maldita mafia legal de Wall Street. Él, va por el mismo camino. Su timidez es un obstáculo que eventualmente superará cuando el mercado de acciones lo convierta en un monstruo come millones de dólares. Veo su futuro lleno de éxito. Su mirada es tan parecida a la de mi abuelo, el Sargento Fisher, que asusta. Hay un montón de determinación en esos ojos verdes con motitas grises. Ese cabello cobrizo es un buen gen para la siguiente generación. Es grande, uno de los mejores jugadores de nuestro equipo de baloncesto, por lo que podría protegerme. Eso es importante para él, en caso de que algún devoto republicano se abalance sobre mí.

Decir que es la antítesis de Romeo, es un eufemismo. Por eso lo escogí. Por eso y por lo fácil que será trabajar con él, sin que se enamore de mí.

—Bien, creeré eso —la voz de Finn ahora es seria— ¿Y Romeo?

Me tenso más. Él sabe. Es el único aparte de Drew y Em.

Le doy una respuesta que lo hace enojar.

—Nada —repito alejando mi mirada de la suya.

Él, cree que le miento, pero de nuevo, es cierto.

El jardín de Triangle está lleno de rosas blancas. El blanco es nuestro color. En el interior los suelos son blancos. Las paredes y los muebles en su mayoría, son blancos. Incluso las puertas y las cortinas lo son desde mucho

antes de que llegara aquí. El blanco se supone que grita riqueza. Quien lo pensó tenía razón. Este emblema nos cuesta una fortuna en pintura y quitamanchas al mes, pero sí, vale la pena pues luce hermoso. Nuestra casa es surrealista al lado de las demás. Además de la bonita arquitectura romana con pisos de mármol y columnas, Triangle está completamente equipada de acuerdo a los tiempos modernos. Estoy feliz de estar de regreso. Por las tardes es el sitio más perfecto y para estudiar o relajarse.

A veces...

Cualquier relajación que espero, se esfuma cuando entro. Mi frente instantáneamente se arruga ante el alboroto que hay en el salón principal. Al menos una docena de mis chicas están rodeando el sillón de terciopelo del centro, en el que habitualmente me acurruco cuando es noche de películas, como pandilleras animando una pelea. Son tantas voces mezclándose que no logro descifrar lo que sucede hasta que es demasiado tarde. Una de las nuevas viene directamente hacia mí llorando lágrimas de sangre. Su cabello está rosa.

No rosa palo o lluvioso. Rosa chillón. Rosa Barbie.

— ¡Mira lo qué me hicieron! — dice hipando.

—Es imposible no verlo.

— ¡Haz algo!

— ¿Castigarlas?

—Sí, ¡eres la jefa!

Normalmente me mantendría al margen, solo son rituales de bienvenida, pero su respuesta me hace querer ayudarla.

— ¿Sabes quién fue?

Su rostro cae.

—No, yo no vi, yo... yo estaba durmiendo.

Suspiro

—Lo siento, Talía, no puedo hacer nada por ti si no sabes quién ha sido.

Sus lágrimas me hacen sentir irritada. Pasé por cosas peores antes de ocupar este puesto sin quebrarme: encierros, daños a mi propiedad, insultos. Ella es muy delicada. Tal vez suene cruel pero seguramente le hicieron un favor enseñándole la regla por la que ahora se rige el mundo, *“el pez más grande se come al pequeño. Y tú, pez pequeño, disfrutas de tu última cena en la que, ¿adivina qué?, eres el plato principal”*.

Como ninguna ha dicho una palabra desde que llegué, y Talía se limita a llorar en el suelo y no suelta nada más, me dirijo a la escalera para continuar con mis planes de darme una ducha, y empezar a estudiar para las pruebas que ya tenemos establecidas para la siguiente semana. Ella, solo necesita tinte para arreglarlo. Yo necesito horas y horas de lectura para mantener mi promedio. Estoy a dos pasos del primer escalón cuando escucho sus inconfundibles zapatillas, asquerosas Converse que manchan mi suelo, acercándose.

Em, la aleja de mí antes de que sujete mi camisa con sus manos llenas de tinte.

— ¡Mi cabello está arruinado y tú, maldita zorra, harás algo para solucionarlo! ¡Para algo eres nuestra líder! —grita—. ¡O solo cuenta para apropiarte de grandes pollas!

Y aquí se acaba mi paciencia. Miro a Em.

—Suéltala —ella lo hace. No me recrimina como otras veces por qué intenté ser amable. La repentina fuerza de Talía flaquea cuando le presto mi atención única y exclusivamente a ella. Es tan estúpida e inexperta que no se rinde —Pide disculpas.

Su sonrisa es inestable — ¿Por decir la verdad?

Y ahí va su oportunidad de salvarse.

—No —mi sonrisa es un reflejo de la suya—. Por haber estado ocupando una habitación que no mereces —sus cejas se juntan y se elevan cuando comprende lo que estoy a punto de hacer. Sus manos tiemblan. Triangle, no es solo vivir en un bonito y sofisticado lugar. Es un montón de oportunidades y beneficios durante y después de la universidad —Da igual, de todas maneras te irás.

—Lydia, yo...

—No —la detengo—. Tienes media hora para embalar tu basura e irte. Echaré una siesta mientras tanto. Si cuando despierte sigues aquí, atenderé personalmente el asunto de tu cambio de look. Empiezo a subir. A mitad de camino me giro para dedicarle una última mirada. Ahora sí está llorando. Las chicas que se reían de ella la miran con lástima —.Te daré el número de una casera. Dudo que alguna residencia te acepte luciendo así.

«Como un desastroso algodón de azúcar», me abstengo de decir.

Unos minutos más tarde, ya duchada, me recuesto sobre mi cama con dosel. Mis párpados se sienten sumamente pesados. Quiero hacerme una bola y dormir más que nada, pero hay tantas cosas por hacer, que solo pensar en dejarme llevar por ese deseo me hace sentir culpabilidad. No tengo ánimos para nada que tenga que ver con el deber, así que termino con Arthur en mi cama. Juega conmigo hasta que decide que ha gastado suficiente energía y regresa a su propio espacio. Sus grandes ojos negros son lo último que observo antes de dejarme ir.

Es viernes por la noche. No he visto a Drew desde que me dejó en la facultad el martes por la mañana. ¿La razón? Debemos hacer que parezca real. Por nada del mundo sería el tipo de chica que vive pegada a su culo. No se trata de estar enamorada o no, he estado atraída por Romeo desde siempre, va más allá. Mi personalidad no me permite ser tan dependiente o... ¿patética? También pensé que unos días a solas no le vendrían mal. Su cabeza tiene mucho que procesar. Si vamos a hacer esto, debemos pensar con la cabeza fría para que todo salga bien, de otra manera no será así. Su mano no puede temblar mientras sostiene la sartén por el mango, sí no, ni la ingenua de Em, lo creerá. Y supongo que el martes estaba siendo irracional por su pequeño minuto de fama como artista, por lo que lo más inteligente es dejar que se enfríe antes de calentarlo de nuevo. Incluso los chicos como él, tienen sus límites.

Pero hoy, estoy lista para actuar.

He escogido una falda de cuero negra. Es corta, pero no tanto como para no dejarme caminar cómodamente. Mi camisa es de color verde con tirantes, y mangas negras de encaje. Ambas a juego con el adorno de mi escote y el dobladillo. Marco su número cuando termino de arreglar mi cabello sujetándolo en una estilizada cola de caballo y aplico rímel a mis pestañas mientras tanto.

Contesta al tercer tono.

— ¡Sí!

Uno las cejas — ¿Qué clase de contestación es esa?

Gruñe con el sonido de movimientos de fondo.

— ¿Cómo quieres que responda si me llamas a las once de la noche?

¿Qué? No puede estar hablando en serio ¿Dormía? ¿Hoy viernes?

— ¿Cómo duermes con la música alta?

—Taponos.

—¿Y el teléfono?

—Modo vibración.

Parece que estoy hablando con la voz del Traductor de Google.

Hago una mueca cuando la música se cuelga en la llamada. Seguramente fue al baño para contestar.

—Bien, tienes quince minutos. Ya estoy lista. Hazme esperar un solo segundo más y pagarás.

—¿Lista para qué?

—Para salir —cuelgo antes de obtener una respuesta.

Deados, la hermandad junto a Signa Phi, tiene una fiesta hoy. Como presidenta de Triangle no tengo más remedio que asistir. Es así como funciona con cada evento en el campus. Lydia Fisher, debe estar allí para hacer vida social por toda la hermandad. Bajo al salón tras coger mi bolso del perchero junto al porta-animales de Arthur. Decido esperarle en el jardín porque quiero tomar aire fresco y la casa estando vacía, es escalofriante.

El hermoso edificio que es nuestro hogar luce desierto desde afuera. Todas sus luces están apagadas. Será así hasta mañana por la mañana cuando las chicas comiencen a aparecer contando historias acerca de sus locas noches. Ellas no lo saben, solo Em, pero los domingos hago un recuento de sus

traseros. La mayoría de ellas son responsables estudiantes que están partiéndose la cabeza. Si alguna no está tenemos un problema. Llámenme paranoica, pero esa paranoia ha salvado a muchas de situaciones e idiotas desagradables. No solo he tenido que pagar a matones para golpear a alguien en mi nombre. Lo he hecho en al menos diez ocasiones para salvar sus lindos tipos. Sin tocar los fondos de la hermandad, por supuesto. Aún no sé cómo justificar ese gasto en los libros.

— ¡Por fin! —digo entrando en su camioneta veinte minutos después. Tras abrocharme el cinturón me giro hacia él. Mis cejas se alzan. Su atuendo es una mierda. Pantalón y camisa Adidas. No. Esto no va a funcionar — ¿Puedo saber qué te ocupó tanto tiempo?

Se encoge de hombros poniendo el Range en marca.

—No encontraba las llaves.

—¿Media hora buscándolas?

Le sube volumen a la radio.

—No me te transporte, Lydia.

La apago.

—¿No me has visto?

Despega su mirada de la calle para enfocarla en mí.

—¿A qué te refieres?

—Deberías decirme algo bonito, ¿no crees?

Ríe.

—Creo que te lo dices tú misma. No necesitas mi opinión. Tu autoestima está lo suficientemente alta.

Es cierto.

—Sí —saco mi teléfono — ¿Pero qué hacemos contigo?

—¿Sobre qué?

—No me gusta cómo vas.

Sus dedos aprietan el volante — ¿Por qué tendría que verme bien?

—Porque irás conmigo a Deados.

Se estremece — ¡Ni de coña! Tengo examen el lunes.

—Em, estará allí.

Se fue con las chicas más temprano. Probablemente ya está de vuelta.

Él no necesita saber eso.

Su expresión cambia —Está bien... Pasaremos por mi habitación antes.

Young God de Halsey suena mientras hacemos nuestra entrada triunfal. Los chicos de Deados, lograron convertir su habitual porqueriza, en un intento de pub con pista de baile, luces y barra. Nada cubre la parte superior de sus

cuerpos. De ningún chico aquí. Ese es el tema de la noche, “pectorales”. Llevo mis manos al dobladillo de la camiseta de Drew. Sus músculos se tensan, estremeciéndose con el roce de mis dedos contra su piel, pero me deja ayudarlo a retirarla de su cuerpo. Soy consciente del montón de ojos mirándonos. Cuando termino de sacarla la lanzo a una esquina y me inclino sobre él. Mis labios van a su oído.

—Salgamos.

Gesticula un “sí” y obedientemente toma mi mano cuando se la ofrezco.

Está tan agobiado con el volumen de la música como yo.

La multitud besuqueándose y bailando se aparta, formando una especie de camino cuando me ven. Saludo a algunos con una leve inclinación y a otros con un par de besos en la mejilla. Drew se mantiene al margen, sus ojos observan cada movimiento que hago o que alguien hace en mi dirección. Estoy segura de que nota cuando una persona no es de mi agrado porque me salva fingiendo insistencia por salir depositando tímidos besos en mi cuello, halándome. Bastante cursi. A parte de eso, solo sonrío más a modo de burla que otra cosa, cuando le preguntan cómo se siente ser el novio de Lydia Fisher. Por primera vez me siento entendida. Es ridículo todo este interés por mi vida.

Ya he tenido suficiente de eso cuando llegamos al patio. En vez de sentarme con él en una de las tumbonas como tenía planeado, nos dirijo a la casa de la piscina. Solo es una cabaña con baños.

Subo mi falda.

—¿Qué haces? —Su voz es ronca. Está pálido— Baja tu falda —grazna sin detenerse a pensar que el problema se acabaría si fuera capaz de darse la vuelta. Su expresión está luchando por mantenerse seria. Soy la mayor tentación a la que su corazón enamorado ha tenido que enfrentarse. Lo sabe. Lo sé. Lo sabemos. Da dos grandes zancadas hacia mí.

—Lydia, hazlo o lo haré yo.

Una risita escapa de mis labios —Tranquilo, Drew. No te traje aquí para violarte.

En lugar de saltar sobre su pene saco el paquete de cigarrillos enganchado a mi ligero. No cumplo sus deseos hasta obtener el encendedor. Sus ojos como platos siguen el movimiento de mis dedos a mis labios y la suave inhalación que hago, seguida de una exhalación que forma nubes de humo en el aire. Le tiendo la cajetilla, cuando pasan los segundos sin que alguno de los dos diga algo.

Niega.

—No —es rotundo—. No puedo creer que fumes.

¿Es decepción lo que escucho en su voz?

— ¿Tan raro es?

—Se supone que eres inteligente.

—Es por lo inteligente que dices que soy que lo necesito —doy otra calada. Generalmente no fumo con público. No me gusta que sepan mis debilidades. En cada fiesta tengo una caja conmigo y un montón de escondites en mente, por si tengo que ver a Romeo, irse con otro de sus estúpidos coños. Cuando llegamos, él estaba desapareciendo con Zara en la planta alta.

Duele...

—Mis pensamientos nunca se callan, Drew.

Su ceño fruncido se deshace. La dureza de su mirada hacia mí desaparece.

—¿Estás bien?

Le doy un seco asentimiento.

—Sí.

Miento, nunca se está bien cuando ves al amor de tu vida con otra. Solo le toma unos segundos deducir que se trata de Romeo. Sus ojos brillan con comprensión cuando lo capta. Él, también los vio. Fingió que no lo hizo para que no dirigiera mi atención hacia ellos, pero no funcionó. También los vi.

—Lydia... —Se acerca— ¿Por qué te gusta tanto?

—No puedes elegir de quién te enamoras.

—Es un idiota.

—Es tu amigo —lo defiendo.

No me agrada que lo insulte a sus espaldas. Por más razón que tenga, que la tiene, no me gusta.

—Sí, pero es un idiota —su mandíbula cuadrada se endurece—. No sería el hombre que escogería para mi hermana. No es bueno comprometiéndose.

—Es el único que no espera algo de mí.

Ahí está. Esa es la razón principal por la que lo amo. Mientras mi padre espera que sea la esposa del próximo Seth Fisher en el partido cuando llegue a la presidencia, y hay todo un ejército de chicas y periodistas siguiendo mi éxito y opinando sobre cualquier detalle de mi vida, Romeo solo bromea y pasa el rato conmigo, con una chica agradable y no la hija de un senador.

—No es de tu incumbencia, de todos modos.

—Lo es —se mueve más hacia mí y lo alejo con el humo. Hace una mueca, retrocediendo—. Estamos en esto juntos, ¿no? Déjame entender por qué eres capaz de hacer algo que no quieres para llamar su atención.

Lanzo la colilla al suelo y la apago con la suela de mi zapato. Saco otro. Esta charla requiere de otro cigarrillo. Levanto una ceja mientras me inclino para encenderlo — ¿No es igual para ti?

—Sabes que no. Em, me quiere en el fondo —sus labios sonríen al pensar en su princesa de cuento de hadas. Le devuelvo la sonrisa con cierta amargura. Odio lo enamorado que está de ella —.No me usa, pero sé que él, te usa a ti —me estremezco. Nuestro arreglo de amigos con derechos es una mierda, lo sé, pero escucharlo de alguien más es una puñalada —.Tampoco me lastima como él te lastima a ti. Ella no anda con todos los chicos del campus.

— ¿Qué hay de las veces que te ha dicho lo buen amigo que eres?

—No es...

—¿Eso no te lastima?

— ¡No es lo mismo, Lydia!

Ladeo la cabeza.

—Pero te lastima.

Sus puños se aprietan.

— ¡Sí!

Un complejo de culpabilidad me embarga. No hago nada por solucionarlo porque esto lo ayudará a entender que no debe juzgar mis motivos o sentimientos, mucho menos intentar entenderlos. Ni siquiera yo lo hago.

—¿La viste? —pregunto.

—No.

Eso supuse...

— ¿Quieres volver dentro?

—No.

Suspiro.

También lo suponía...

—¿Por qué no bailamos?

Alza sus cejas. Son gruesas pero tan bien alineadas que me cuesta creer que no las haya depilado alguna vez. Ese detalle hace que repare en el resto de él, evaluando cada detalle por primera vez en la noche. Mis ojos hacen énfasis en su cabello desordenado, brazos bien definidos y la V de su abdomen. Su piel resplandece bajo el efecto de la luz que se cuela por las ventanillas de los probadores en los que estamos. Las facciones de su rostro están completamente pétreas e inmóviles, silenciosas pero expectantes, como es habitual. La razón por la que Em, no ha dado un solo paso en su dirección es un misterio. Es muy guapo, aparte del hecho de que es del agrado de papá y de mi séquito.

Drew, es el chico en el que estaría interesada si Romeo no existiera.

— ¿Para bailar no tendríamos qué entrar?

—Podemos hacerlo donde quieras.

Dejo que mi voz sea una invitación abierta a algo más. El hecho de que esté colada por otro no significa que no tenga amor propio o necesidades que satisfacer. No soy una monja. Me gusta el sexo. He querido experimentar con el dulce Drew, desde que lo vi acercarse a mí para cumplir su estúpido reto. Él, ignora mi propuesta fingiendo no haberla captado. Es amable, pero de nuevo, un extraño picor se arrastra a lo largo de mi columna. No me termino de acostumbrar a esto de ser rechazada por preferir a Emma. No me veo haciéndolo en un futuro cercano.

—La fiesta terminará trasladándose a dónde yo esté.

Sus labios gruesos y sensuales se curvan en una pequeña sonrisa.

—Estás volviendo a ser un saco de ego.

—Probablemente.

Apago el cigarro y lo lanzo lejos. La cajetilla y el encendedor lo siguen. Tengo más en casa.

—Ven, nos están mirando.

Se acerca con pasos lentos y flaqueantes. Coloco sus manos sobre mí. Son grandes y mi cintura es estrecha. La agito. Se desliza en su fuerte agarre como la mantequilla sobre una pieza de pan recién horneado. Su cabeza se esconde en mi cuello. Puedo sentir su respiración irregular contra mi sensible piel. A pesar de su ataque de adrenalina no me suelta, todo lo contrario, me acerca más mientras poco a poco, encuentra el ritmo al que se tiene que mecer contra mí. Es perfecto. Me siento cómoda moviendo mis curvas contra su cuerpo. Drew es fuerte dónde yo, soy suave.

Una risa escapa de mis labios cuando un flash indiscreto lo hace estremecer. El sonido de la música sube, probablemente destruyendo cualquier pieza de cristal dentro de la casa, cuando la gente sale para unirse a nosotros. One Dance de Drake, hace que la fiesta suba a otro nivel. Intencionadamente me encargo de rozar mi pecho contra el suyo, sus muslos contra los míos, nuestros labios, muchas veces. Más de las que su autocontrol puede soportar. Para cuando me doy la vuelta para frotar mi trasero contra su entrepierna, ya está duro. Apoyo mi cabeza en su pecho y lo observo por debajo de mis pestañas. Sus mejillas están todo lo sonrojadas, como es fisiológicamente posible.

—¿Volvemos a la fraternidad?

Su nuez se mueve arriba y abajo antes de hablar.

—Sí.

Esta vez es él quién toma mi mano. Estamos atravesando la casa para ir hacia el Range cuando veo a Romeo, abrocharse los pantalones en el pasillo del segundo piso. Zara está besando sus labios... Mis labios. Drew, siguiendo mi mirada, le da un suave apretón a mí mano. Aparto mis ojos de él y me esfuerzo en sentir la calidez que ejerce su mano al agarrarme. Es eso, o dejarme llevar por los sentimientos que mi roto corazón desencadena.

Otra vez...

Me despierto la mañana del sábado inmovilizada. Estoy atrapada. No consigo moverme de ninguna manera. Un par de piernas están enredadas en las mías y su brazo me rodea, apretando mi espalda contra su torso y mi culo contra su pelvis, apretadamente. Esto es incómodo para mí. No estoy acostumbrada a despertar con alguien, y sentirlo contra mi cuerpo no ayuda a disminuir las ganas que tengo de apoderarme de él. También estamos cubiertos por su gruesa manta de algodón antiácaros que no hace más que concentrar el calor

entre nuestros cuerpos desnudos. Estoy en bragas. Está en bóxers.

Su erección matutina me da los buenos días.

—Drew —susurro su nombre cuando debería estar gritando.

Supongo que me ablandé con él cuando pasó la noche sosteniéndome mientras lloraba, tendiéndome kleenex en silencio, por su mejor amigo. Recordarlo me hace sentir incómoda. Sé que monté todo un espectáculo de lágrimas e hipidos preguntándole una y otra vez por qué no me quería. Su respuesta a todas ellas siempre fue la misma: <<es un idiota, Lydia>>.

—¿Lydia? —pregunta con voz rasposa.

—¿Sí? —Mi voz es un maullido estúpido —Dime.

—Deja de moverte —gruñe y, sacándome de juego, se frota contra mí.

—No hagas eso —me quejo con el estúpido tono de gato de nuevo.

Cuando salga de aquí iré a un médico.

— ¿Qué? —Sigue con los movimientos — ¿Esto?

—Sí —no sé qué les sucede a mis cuerdas vocales. Solo estoy maullando —.No empieces lo que no vas a terminar. Ambos sabemos que apenas estés completamente despierto, te retractarás.

—¿Por qué haría eso?

—¿Emma?

Su erección no desaparece como pensé que haría.

— ¿Y ella, qué tiene que ver?

—Estás enamorado de ella desde que tenías doce años. Ajedrez juntos, ¿recuerdas? —Él, también me contó su historia. Fue un patético intento de hacerme sentir mejor. Eso y el pastel que pidió a domicilio a las dos de la mañana —.Campamentos, sesiones de estudio, bebés con su cabello y tus ojos, jersey del mismo color, paseos en la playa...

Sus labios siendo presionados contra los míos me callan.

No es una sensación especialmente intensa. Es suave. Liviano. Como plumas cayendo desde lo alto de un acantilado. No mete su lengua en mi boca, solo presiona nuestros labios dulcemente antes de retirarse frotando nuestras narices. Mi cuerpo se estremece levemente. Eso no fue nada como los que habíamos compartido antes. Incluso cuando Drew es un aficionado de los besos, él los hizo fuertes. Esto es delicado.

Como si le importara.

— ¿Qué quieres desayunar? —pregunta mientras va por sus pantalones.

Tardo un instante en recomponerme. Entonces lo miro.

Dudo enormemente que sepa cocinar algo.

— ¿Cereales?

Echa su cabeza hacia atrás y ríe.

— ¡Gracias a Dios! Estaba preocupado por tener que solicitar un bufet para la hija del senador —me lanza su camiseta—. Ven conmigo. No te preocupes

porque alguien esté en casa. Esto está desierto los sábados. Vuelven los domingos.

—No me he cepillado —protesto.

—Yo tampoco.

—Y me besaste —le recrimino sintiendo sobre todo frustración. Frustración por no poder molestarme como debería. No después de anoche.

—Y te besé.

— ¡Asco! —gruño sentándome en la cama de espaldas a él, para no enseñarle mis tetas. Seguramente tuvo suficiente de ellas sintiéndolas toda la noche. Entro en su camisa alzando los brazos y dejándola caer. Cuando me levanto confirmo que me queda como un vestido.

—¿Vamos?

Su falta de respuesta hace que me dé la vuelta. Ya no está.

Mis labios se curvan en una sonrisa maliciosa al intuir la razón de su huída. Tomo mi teléfono de la mesita de noche que está junto a su litera y lo sigo escaleras abajo. Estoy de humor para unos Snapchats, aunque dudo que él lo esté. Tampoco es que me importe mucho.

Alguien por fin despertó y se siente culpable.

DREW:

Me siento dividido.

Mi cuerpo está en la cocina, preparando dos cuencos de cereales para Lydia y para mí, pero mi polla y razonamiento se quedaron en mi habitación. En su suave y cremoso pecho deslizándose dentro de una de mis camisas, su perfume mezclándose con mi aroma y la tela haciendo nada por ocultar la forma de sus pequeños pezones fruncidos por el frío. En la visión de sus muslos tersos, delgados y blancos. Perfectos para ser besados. En su trasero redondo y tan jodidamente apretado. En sus piernas largas, tonificadas e ideales para tenerlas alrededor de mi cintura. Mi mano se mueve con espasmos involuntarios mientras me estiro para alcanzar la caja de cereales dentro de uno de los muebles altos. Esto es peor que ser un maldito adicto sufriendo los efectos de la rehabilitación. Apenas me puedo controlar.

Cansado de limpiar el mismo desastre una y otra vez, desisto de mis intentos de servir los cereales sin derramarlos y me apoyo contra la superficie de granito. Tiemblo. Esto es tan parecido a un ataque de pánico que opto por inhalar y exhalar como enseñaban en las clases de yoga de mi madre. Cuando no funciona lo de respirar como un pez, guió mi mano hacia mi bulto. Estoy avergonzado por estar tocándome íntimamente en la cocina, pero ni eso es suficiente para apagar el fuego que está consumiéndome. Volvería corriendo a encerrarme en el baño si cierta persona no estuviera en el camino. Dejé de usar mi inhalador a los quince, pero no sé si fue un error. Lo necesito. Necesito el alivio de poder respirar y un inhalador es lo único que se me ocurre que podría proporcionármelo sin tener que sucumbir a las invitaciones tácitas de Lydia.

¡Ella es la mejor amiga de Em, por Dios! Mi Emma. La chica de la que he estado enamorado toda mi vida. ¿Cómo es posible que quiera follarla? ¿Cómo puedo ser tan cabrón? Incluso siendo una zorra a la que no le importa follarse al futuro novio de su amiga, ¿cómo pudo tentarme la idea de aprovecharme de su vulnerabilidad? Ella ama a Romeo, yo amo a Emma, pero anoche estuve a punto de follarla mientras lloraba por él, y yo pensaba

en Em.

¡Qué retorcido es todo esto!

«No debo desearla», me repito a mí mismo hasta que no solo mis bolas duelen, también tengo migraña.

—¿Drew?

Su voz hace que me tense. No estoy listo para enfrentar esto. Mis intentos de hablar son patéticos. No es hasta que mis ojos están lagrimeando por la falta de aire que lo logro.

— ¿Sí?

Romeo está a mi lado con una mano en mi hombro y su frente arrugada de preocupación.

— ¡Drew!, ¿qué tienes? —Su cuerpo se relaja cuando empiezo a boquear. Cualquier bronca que me pudiera montar por ser un mal amigo y hacer movimientos a sus espaldas, ya no es prioridad —Espera aquí. Buscaré algo que te haga sentir mejor — e deja apoyado en la pared mientras se aleja. Estoy asustado pensando que traerá a Lydia. Mis rodillas flaquean y voy resbalando hasta acabar en el suelo. Romeo vuelve cuando ya estoy tumbado sobre el suelo de madera. ¡Maldición! —Se sienta junto a mí. No sé lo que me está dando hasta que siento el filo de plástico sobre mis labios. Presiona el botón e inhalo —Eso es, Drew, respira con calma —su mandíbula está tensa—. No habías tenido uno de estos desde hace años. Hice bien trayéndolo conmigo.

No sé que me está dando. No tiene el mismo sabor químico de mis medicamentos para el asma, pero lo tomo porque lo que sea que hay ahí funciona y comienzo a respirar. Entre confiar en él y morir, prefiero arriesgarme a ponerme en sus manos a morir. Hago una pausa cuando siento que mi garganta ya no está cerrada. Creo que ya no es necesario que siga

inhalando, pero doy unas cuantas aspiraciones más por si acaso. El sabor a pasto y ceniza vuelve impregnar mis papilas gustativas. Mi cuerpo se relaja. Estoy flotando. Romeo me sonrío cuando lo miro y le devuelvo la sonrisa. Al parecer no le importa que esté follando con su chica. Podemos compartir y ser amigos. Podemos tener a Lydia. Puedo casarme con Emma e ir a un club swinger con ellos.

Esposo devoto por el día, Drewstructor por la noche.

Jodidamente, haré que funcione.

— ¡Maldición! —sonríe negando— Liam debería estar aquí.

—¿Quién es Liam?

Él y yo somos íntimos ahora. Ya no necesita los tríos de Liam. Me tiene a mí. Todas me desean. Sacaremos provecho de mi reputación. Follaremos hasta que ya no podamos mantenernos de pie.

— ¡Joder! —Deja escapar una sucesión de carcajadas— Estás peor que Josh en la boda de su hermana —recuerdo esa boda. Josh se comió el pastel y se besó con el novio—. Tendré que atarte a la cama.

Sin saber la razón por la haría algo como eso, empiezo a moverme para quitármelo de encima y en proceso ruedo debajo de él varias veces. Apoyo mis brazos contra el suelo y sobre él, intentando alejarlo. Romeo ríe sin dejarme escapar, pero su risa se corta cuando una presencia de pie frente a nosotros lo sorprende. Su ceja está arqueada y sus brazos cruzados. Quiero que los mueva. No me dejan ver sus tetas, sus lindas tetas. Es Lydia, mi novia, la chica a la que no puedo, pero quiero follar. La incógnita es, por qué no lo hago si se supone que es mi novia. No tiene sentido...

¿Acaso tenemos un voto de celibato?

La respuesta viene a mí cuando observo a Romeo. Entonces recuerdo el acuerdo de que la compartiremos, que nos follaremos a su esposa los dos, y viviré con Emma. Es la única solución que veo.

Y mis sueños se hacen realidad con sus palabras.

— ¿Llegué en buen momento para un trío?

“Trío” ella ha dicho, trío.

Su mente es abierta, me desea y lo ama. En resumen, seremos tres.

<< ¡Mi primer trío!>>

Empiezo a celebrarlo rodando por el suelo. Romeo se retira, por lo tanto, consigo levantarme y hacer el baile de la victoria. Michael Jackson, moriría de envidia si estuviese vivo.

—¿Drew? ¿Qué haces? —El rostro de Lydia se vuelve furioso cuando olfatea el sitio. La imito. Los preliminares seremos nosotros actuando como perros en celo. Lo he pillado— Jesús... —Cierra los puños a cada lado de su cuerpo. Sus tetas están visibles de nuevo. Babeo — ¿Qué le diste? —Está hablando con Romeo— ¡Dime que no lo drogaste!

—Me hiere que tu primer pensamiento sea que yo lo hice.

— ¡Drew no lo haría! —Gruñe.

—Cierto, él no lo haría —una sonrisa cínica aparece en su cara. Nunca la había visto en él. Me cuesta concentrarme pero eso, lo sé. Romeo siempre sonrío o ríe genuinamente porque así es él, un feliz bastardo —.Drew es tu pequeño príncipe azul. Jamás metería la pata drogándose o haciendo algo que pudiera hacerte quedar mal ¿no? —Su rostro adquiere una expresión amarga que no va con mis recuerdos de él— Él, sí merece ser mostrado en público.

Lydia no se queda atrás. Su mirada es de dolor, pero no se calla. Ella nunca se calla. Habla y ordena. Tendré que enseñarle quién es el hombre.

—Que seas un cobarde y no luches por mí, no tiene nada que ver con Drew —se acerca. Su mano sostiene la mía. No sé qué me ocurre. La llevo a mis labios y acurruco mi mejilla contra su palma. Romeo parece que quisiera vomitar. Odio que hablen de mí como si no estuviera —. Quiero saber por qué razón lo has drogado. Estoy segura de que no fue voluntario —sus párpados se estrechan —. Si lo obligaste podría...

—¿Qué? ¿Meterme a la cárcel? —Bufa— Los Fisher pueden lamerme la polla— la sonrisa cruel vuelve. No me gusta. Doy un paso adelante para protegerla de ella. Romeo, mira mi movimiento con disgusto. No me muevo—. Pueden llenar su garganta con ella —a pesar de que he declarado de qué parte estoy, se acerca y casi toma un mechón de su cabello. Se lo impido acercándose más. No sé qué me pasa. Es mi instinto que me dice que lo haga, y como al parecer no hay una voz en mi mente oponiéndose, lo hago—. Sé que lo sabes hacer bien y que tu papi es un viejo prejuicioso, así que te dejaré su turno —se relame los labios y me mira antes de inclinarse sobre su oído. Baja su voz, pero estoy cerca y puedo oírlo. Sé que él sabe que puedo. De nuevo estoy odiando que actúe como si no estuviera allí—. Él nunca te hará sentir bien, Lydia. No como yo.

—Te equivocas —responde ella con el mismo tono mordaz—. Drew es suficiente para mí —su mano va a mis abdominales. Me acaricia mientras lo mira. Puedo ver llamas ardiendo en sus ojos azules. En realidad, puedo ver llamas en todas partes. Estamos en el infierno—. Me llena como tú no lo haces.

Eso parece afectarle. Romeo se echa hacia atrás como si lo hubieran golpeado. Arrugo la frente. ¿Hay un problema de tamaño aquí? ¿O de pequeño?

Contengo las ganas de apoyarlo enviándolo a un cirujano. Eso es algo que podemos resolver. Ahora no solo las mujeres pueden agrandar sus cosas. Nosotros también. Alguien pensó que no era justo que solo ellas tuvieran ese beneficio e inventó el agrandamiento de pene. No tiene que avergonzarse. Lo apoyaré.

—Por supuesto que sí —Rom, le lanza el inhalador y ella lo agarra—. Respondiendo a tu pregunta, sí. Lo drogué contra su voluntad porque estaba teniendo un ataque de asma y solo tengo marihuana —se encoje de hombros—. Quizás él cumple con sus deberes, pero tú no, lo que lo deja débil —señala mi entrepierna. Esta vez soy yo el que se esconde tras Lydia. Ya no quiero un trío—. Trata de hacerlo llegar la próxima vez, cariño. Sé cuánto te gusta calentar pollas, pero estoy seguro de que Drew, se merece un premio por soportarte. Sé lo que es estar en sus zapatos. Lo estuve por mucho tiempo.

—Porque tú quisiste —sisea de regreso.

Romeo afirma y empieza a caminar con sus pies descalzos hacia la salida. Me alegra. Mi cabeza duele. No quiero más diálogos de telenovela. Lydia toma mi mano después de que él se va. Está temblando. Le está sucediendo lo mismo que a mí. Una pequeña bomba de felicidad estalla en mi interior.

Mis ganas de follar son correspondidas.

—Ven. Vamos a tu cuarto. Debes pasar los efectos ahí —sus labios se curvan de forma inestable—. Sé que luego me agradecerás que nadie te haya visto. Es lo que hubieses querido.

—No hables así —susurro.

—¿Cómo?

—Como si estuviese muerto. Estoy aquí.

—Estás aquí —repite mirándome y ayudándome a subir las escaleras. Es más difícil de lo que recuerdo—. También estoy aquí para ti. Te cuidaré.

Estoy confundido... ¿Cuidarme? ¿Cuidarme de qué?

Ella es la que necesita ser protegida del lado oscuro de Rom, no yo. No pregunto. No quiero hacerla sentir mal. Cada vez que hablamos de él, llora o pone esa expresión de dolor en su rostro. En lugar de seguir con el interrogatorio me dejo arrastrar dócilmente a mi cama. Lydia me arropa si no tengo sueño no entiendo por qué lo hace. Las sábanas se deslizan sobre mi piel como plumas. Creo que han cobrado vida. Me da miedo. Quiero protestar y voy a hacerlo.

Lydia me detiene.

—Iré a buscar comida. Necesitas más que esa porquería en tu organismo para recuperarte —se va. Veo el reloj en mi mesa de noche, contando los minutos, hasta que vuelve con una bandeja con dos tazones, botellas de agua y fruta—. Los cereales están abajo —dice dejando el suyo a un lado y apropiándose del mío cuando no soy capaz de comer solo. Tiene trocitos de melocotón, fresa y chocolate que me ahogan—. Habría hecho sopa, pero mi teléfono no tiene mucha batería y los tutoriales eran muy largos.

—Sabe a sopa —le digo masticando las laminas de pollo.

Suelta una risita de niña que deshace el nudo en mi estómago. Ella está feliz de nuevo.

—Es chocolate.

—Supongo que era una granja de pollo y cacao.

—Puede ser —ríe limpiando la comisura de mis labios con un trozo de papel.

Tomo su mano antes de que esté demasiado lejos. Su muñeca es delicada.

—¿Por qué?

Su frente se arruga

— ¿Por qué, qué?

—¿Por qué me cuidas? Tú no me quieres. No quieres a nadie, solo quieres a Rom.

Lydia me sonrío dulcemente.

Nunca me han sonreído dulcemente. Creo que nadie lo ha hecho aparte de mi hermana y mi madre, en realidad. Es la clase de sonrisa que les das a los bebés cuando vas a darles un baño.

—Tú hiciste lo mismo conmigo anoche. Solo estoy devolviéndote el favor.

—¿Lo hice?

—Sí.

Deja el tazón en el piso. No tengo una idea de lo que quiere hacer hasta que siento su cuerpo presionándose contra el mío. Todas sus suaves curvas están a mi alcance. Me estremezco cuando coge mis muñecas y las sostiene por encima de mi cabeza. Cuando se da cuenta de que no pretendo luchar, de que soy suyo para hacer lo que quiera, las sujeta con una de las suyas y dirige la otra a la cinturilla de mis pantalones. Levanto mis caderas. Deseaba esto con tantas ganas, que es malditamente doloroso. El cielo se abre para mí cuando comienza a jugar con el cinturón de los jeans que me puse para salir de la habitación.

—Lydia... —Jadeo al sentir el cuero cerrándose alrededor de mis muñecas.

Estoy atado.

—¿Mm?

—¿Por qué me ataste?

—Para poder dormir sin miedo a que cometas una locura —su pierna se presiona contra la mía. Se acerca para apagar la luz de la mesita de noche—. No dormimos mucho y aun es temprano. Estoy cansada. Eres un loco madrugador.

—¿Solo dormir?

Mi voz debe sonar patética. Lydia ríe.

—Sí, Drew, solo dormir —sus labios juegan con la piel de mi cuello. Maldita mujer, debe ser una descendiente del diablo. La exorcizaré apenas esté libre. Hay una Iglesia cerca, traeré mucha agua bendita, llenaré el jacuzzi con ella y la follaré dentro—. Quiero esto tanto como tú, pequeño —sus manos van a mi polla. La toca por encima de mis pantalones sin miedo—. Pero quiero escuchar mi nombre salir de tus labios cuando te tenga. No el de Em. No mientras estás en un estado en el que no eres tú. Te deseo, Drew. Deseo al hombre tímido, recatado, al niño bueno. Deseo que cada uno de tus cinco sentidos me elija —susurra—. Quiero ver nítido placer en tus ojos cuando caigas. Sin brumas, sin barreras, sin ningún tipo de excusa más que las ganas que tienes de mí. Sin ellos entre nosotros. Solo tú y yo.

—Lydi...

—No me llames así —muerde mi mandíbula—. Duerme.

—Acabas decir que me quieres follar de una forma tan caliente, que ahora no puedo.

Aprieta más su mano y jadeo.

—Eres un sucio perverso.

—Por favor...

—No.

—¿Ni siquiera una mamada?

—Ni en tus sueños. No soy tu perra. Tú eres mi perro. Tú lames. No yo.

Mi mente se colapsa ante la imagen de sus muslos abiertos para mí. Su centro húmedo, cálido y delicioso.

¡Dios! La quiero probar.

— ¿Me dejas lamerte?

Me contesta con un mordisco en mi pectoral.

—¡Lydia!

—¡Drew! —Grita Rafe desde arriba—. Deja a la chica en paz, hombre. Eres un maldito culo asqueroso. Estoy indignado. Nunca pensé que ser tu compañero fuera tan incómodo, me siento sucio solo con oírte hablar —lo oigo dar vueltas en la planta alta de nuestra habitación—. Duérmanse.

—Ya lo oíste —dice Lydia volviendo a acurrucarse contra mí atado al cabecero—. Descansa. Espero que cuando despiertes, esto haya pasado.

— ¡No me quiero dormir! —protesto.

¡A la mierda Rafe!

—Yo tampoco —confiesa—. Pero tampoco confío en mí misma cuidando de ti.

—¿Quieres abusar de mí?

— ¡Drew! —Grita Rafe.

— ¡Te masturbaste en mi cama! —grito de vuelta luchando contra las ataduras. Lydia se estremece— ¡Duerme si no eres capaz de soportarlo! ¡No voy a abstenerme de decirle lo que quiera a mi chica solo porque de repente eres candidato a ser papá!

Lydia ríe suavemente —Drew...

—¡Está bien! Follen lo que quieran —de nuevo sonidos de él, sobre nosotros. Lo escuchamos caer al suelo con un golpe seco. Camina hacia la puerta arrastrando las sábanas alrededor de su cintura por el suelo. Quiero cubrir los ojos de Lydia, pero no puedo—. Me iré, sois unos sucios.

— ¡Adiós! —espeto,

— ¡Jódete!

Su portazo no me intimida. Si pudiera lo golpearía.

Me despierto sin saber dónde estoy y que día es. Lo único que sé es que estoy solo, mis manos están atadas, solo hay oscuridad y mi cuerpo está extrañamente entumecido. Me retuerzo intentando escapar de lo que sea que aprisiona mis manos, se siente como el cuero, hasta que un ruido proveniente de detrás de la puerta del baño, capta mi atención. Me relajo, no estoy en una mazmorra. Este es mi cuarto y ella está en mi baño, cepillándose los dientes o algo, lo cual tiene sentido. Pasamos la noche juntos, pero no en el mal sentido que los pervertidos estarían pensando. Solo hablamos y comimos pastel, ¿no? Eso fue lo que hicimos.

No recuerdo nada más aparte de eso, anoche no bebí, así que eso fue lo que pasó. No me volví loco haciendo cosas indebidas con la amiga de Emma, por más que lo deseé. Arrugo la frente. Pero si es así, que tiene que serlo o de lo contrario me ahorcaré, ¿por qué siento que eso no es lo único? Sé que falta algo, pero no puedo descifrar qué es. Hay un bloqueo en mi mente que me lo impide. Es como si mi cerebro hubiese sido manipulado. A menos que sea una broma de Lydia, de los chicos, o un complot de ambas partes, no entiendo por qué estoy atado y tengo esta sensación de pánico.

La única persona que puede contestar mis preguntas, sale del baño unos minutos después. Está usando su falda y una de mis camisas por dentro de ésta, no sé si es la misma que utilicé ayer. Tampoco sé cómo puede lucir tan sexy con mi ropa. Supongo que los tacones tienen que ver. Resaltan sus piernas. La cascada de cabello negro cae húmeda contra su espalda. Mi cuerpo se tensa al pensar en ella usando mi champú. Quiero levantarme y olerla para saber si huele a mí, pero no puedo.

¡Putas ataduras!

Sus labios se curvan en una sonrisa cuando me pilla observándola.

—Despertaste.

—Eso creo...

Lydia enciende la luz y me permite verla mejor. Ya no luce vulnerable. Ha reconstruido, me atrevería a decir que rediseñado, su máscara de indiferencia y superioridad. Mis ojos no la pierden de vista mientras camina hacia mí y se acuesta a mi lado apoyándose en un codo, con sus piernas cruzadas.

Solo llevamos una semana siendo novios falsos, y mi cama ya es suya.

—¿Qué recuerdas?

—Estábamos aquí, comiendo pastel, me contabas sobre Romeo —mis cejas se juntan—. Yo te hablé de Em. Sé que pasamos la noche juntos. Lloraste encima de mí hasta que te quedaste dormida —cerré mis párpados con fuerza, intentando recordar, abriéndolos cuando por fin vino algo—. Me desperté a la mañana siguiente. Tú también. Bajé para darte privacidad y...

—Tuviste un ataque de asma o pánico, no lo sé.

Niego.

—Eso es imposible. No he tenido uno desde los quince.

Se encoje de hombros.

—Eso es lo que me dijeron.

—¿Quién?

—Piensa. No creo que hayas perdido la memoria.

Lo hago. De pronto recuerdo una voz.

—Romeo estaba allí.

Lydia asiente.

—Sí, te dio su inhalador.

—¿Tiene un inhalador? —Me estremezco sin necesidad de una respuesta. Sí, los tiene. Ahora que lo pienso vi unos cuantos cuando fui su compañero de cuarto — ¿Con qué?

Alza una ceja — ¿Tú qué crees?

—¿Esencias?

—Sí. Sus píldoras también son para el dolor de cabeza, idiota.

¡Joder, no puede ser!

Me tenso— ¿Drogas?

—Marihuana mezclada con fármacos que seguramente son ilegales aquí.

Reanudo mi lucha contra las ataduras — ¡Lo voy a matar!

¡Nadie me droga, nadie!

Él más que ninguno, sabe cómo odio esa mierda.

Lydia, en vez de dejarme ir, sonrío.

—Por supuesto que no.

—¡¿No?! ¿Cómo que no? —siseo— ¡Él, me drogó!

—Él es mi chico, si lo matas, mataré a Em.

—Es tu mejor amiga. No lo harías.

Desliza su dedo índice sobre el colchón fingiendo desinterés.

—Romeo, también es tu mejor amigo y quieres hacerlo. ¿Por qué no me podría ser igual con respecto a Em si su loco enamorado va tras mi chico?

«Porque él, no merece que lo quieras», pienso.

—Está bien... —Me relajo— No lo mataré, pero lo golpearé.

—Él, salvó tu vida.

— ¡Mi vida no necesitaba ser salvada! —gruño.

—Si tú lo dices... —dice— Pero independientemente de lo que creas o no, la cuestión es que Rom te salvó con sus propios métodos. Deberías darle las gracias en lugar de molestarlo.

— ¡No lo defiendas!

—No lo hago. Solo te hago entender la situación.

— ¡No! Estás manipulándome —dejo caer mi cabeza hacia atrás, ¡Dios!, mis dos brazos están tan dormidos que ni siquiera sé qué parte de ellos podré mover cuando esté libre—. Desátame, Lydia. No mataré a Romeo, lo prometo.

Se levanta y va hacia su bolso.

—Bien. Nos vemos mañana.

Vuelvo a halar de mis ataduras — ¿No me vas a desatar?

—Ya le pagué a alguien para que lo hiciera. Así me aseguro de que cumplas tu palabra. Si eres buen chico te compensaré. Inventaré algo que te de unos minutos a solas con Em. Te prometo que lo pasaréis bien. Te devolveré el avance que me diste con Rom esta mañana —se dirige a la puerta. Antes de irse me sonrío—. Adiós, Drew.

— ¡Lydia! —espeto haciendo más fuerza, pero es inútil.

Estoy atrapado, y por su mirada, estaré así un buen rato.

Mientras espero a quién sea que se haya dejado sobornar por ella, solo puedo preguntarme de qué avance está hablando y de cómo de rápido podría caer Romeo por Lydia después.

Podría ser tan rápido que no tendría tiempo para conquistar a Em.

5

DREW:

No sé nada de Lydia, Em, Rom o el mundo en general hasta el lunes. Me paso el resto del fin de semana estudiando y jugando a la play. Sobrevivo de Doritos y Coca-cola. Veo el rostro resentido de Rafe, unas cuantas veces. Intento hablarle y solo recibo respuestas monosílabas cuando me contesta. No sé qué mierda le sucede, actúa como si estuviera molesto conmigo, pero no sé por qué. No recuerdo que hayamos peleado. En realidad nuestra convivencia ha sido inusualmente pacífica, he estado a punto de preguntarle si tiene la regla. Con todo el rollo de enseñarle matemáticas y su invitación a California, creí que nos llevábamos bien. Tal vez estaba equivocado.

«Bien, sea como sea, él se lo pierde», me digo cuando se cambia y sale sin por la mañana sin saludar.

No tengo clase hasta las nueve. Me tomo el proceso de levantarme con calma. También tardo más que de costumbre arreglándome. Seleccione mi mejor polo y pantalón del armario. Elijo un buen par de mocasines. Incluso me paro frente al espejo para peinarme y estreno la colonia LACOSTE, que mamá me regaló para navidad. No sé si Lydia o Em, alguna de las dos o ambas, tienen algo que ver, pero solo siento el impulso de hacerlo, y es lo que hago. Así de

simple soy.

Si un día me despierto con ganas de vestirme de banana, lo haré.

La primera persona en aparecer para mi sorpresa y deleite, es Em, que me envía un mensaje a primera hora invitándome a tomar un helado después de clase. Estoy escribiéndole a Lydia para preguntarle si está de acuerdo, cuando recibo otro mensaje de ella diciéndome que habló con Lydia y "mi novia" está conforme con que salgamos. No me voy a engañar a mí mismo. Soy su perro. Si buscas «SOMETIDO» en el diccionario, te saldrá una foto de mi cara, pero se entendería jodidamente si tu hipotética dueña es, Lydia Fisher. Ir contra sus reglas es un tipo de problema que no necesito justo ahora. Tampoco quiero humillarla o manchar su reputación de alguna forma. Se supone que es mi aliada. Yo solo quiero a Em.

La llamo en lugar de responder por mensaje. Contesta al tercer timbre.

— ¡Hey! —digo todavía dentro del Range.

—Drew, hola —su voz suena ronca. Seguramente despertó hace poco —
¿Cómo estás, osito?

Mis mejillas se sonrojan.

Así me dice mamá. Em, la oyó una vez y me fastidia diciéndome eso desde entonces.

De bebé solía ser gordo. No gordo como un bebé saludable. Fui el tipo de bebé gordo que necesitaba usar faja para aprender a gatear sin rodar como una pelota por el suelo.

—Bien, ¿y tú? —gruño.

—Me alegro —ríe—. Bien, también.

—Supongo que también me alegro —hay un momento de silencio después de eso—. Con respecto a los planes de más tarde...

— ¿Llamaste para decirme qué no podremos salir?

La desilusión en su voz arruga mi estúpido corazón. Debemos pasar más tiempo de calidad juntos. No es que hayamos iniciado la universidad hace mucho, pero en comparación a cómo acostumbábamos a salir el semestre anterior... es mucha la diferencia. Solíamos vernos cada día.

—No, te llamo para saber a qué hora paso a buscarte.

— ¡Sí! —Suelta un gritito emocionado— Te espero a las... ¿cuatro?

—Bien. A esa hora ya he terminado mis prácticas.

—¿Ya empezaste?

—Sí —contesto—. Ampliaron las vacaciones una semana, pero el entrenador ya está listo para patearnos nuestros flojos traseros.

— ¡Eso es genial! Sé que te gusta jugar. Me encantaría ir a verte, pero...

La desilusión se apodera de mí.

Quiero verla en las gradas, es una de mis fantasías. Alzar la vista en medio de un partido para encontrarme con sus ojos en mí. Quizás con mi camisa y con sexys pantalones cortos. Quizás con sus pequeñas tetas rebotando mientras salta animándome junto a las novias de los otros jugadores. Casi me corro con la imagen mental de eso.

—¿Pero...?

—Tengo clase. Me quedo libre media hora antes. Lo justo para cambiarme.

—Oh, vale... —Maldición— En otra ocasión será.

—Sí. Más tarde miramos si mi horario de clases no coincide con alguna de tus prácticas— bostezo— ¿Tienes clase ahora?

—Sí. Tengo cinco minutos para llegar al salón.

—Me sorprende que estés llegando tarde. Siempre eres puntual.

No puedo contradecir eso.

—A mí también.

—Supongo que Lydia te está cambiando.

Está riendo cuando lo dice, pero la conozco lo suficiente como para saber que ese comentario es de reproche, y en parte, sentirse apuñalada.

Nuevamente me siento como un dios.

—Eso parece...

Su suspiro me hace sonreír más.

—Puedo imaginarme que estés loco por ella Drew, pero no te pierdas.

—No. No puedes imaginarlo.

Realmente no. Lydia me vuelve loco de una forma asexual que no tiene nada que ver con la erección en los pantalones de medio campus, aunque no niego ser víctima de ese tipo de locura.

—Sí, sí puedo —contesta secamente antes de colgar.

Me quedo observando la pantalla de mi móvil por un momento.

¿Ese tono que noté en su voz, fue ira?

¿Ira producida por su amor secreto por mí, el cual no es supuestamente correspondido? ¿Acaso ella experimenta esa clase de locura por alguien, que la hace cambiar deliberadamente a favor, de la cual habla? ¿A eso se refería? Sea cual sea la respuesta a eso, una que seguramente me tendrá pensando todo el día, tengo una oportunidad para descubrirlo más tarde. Eso es más de lo que he tenido todos estos años.

Salgo del Range, guardo el iPhone en el bolsillo trasero de mi pantalón, me cuelgo la mochila de cuero sobre mi hombro e inicio el día con una sonrisa. Esto no ha hecho más que mejorar desde me levanté. Estoy tan jodidamente feliz, que incluso saludo a cada maldito rostro que mira al novio de Lydia, no a Drew, ya que es lo que soy desde que subimos nuestra primera foto juntos a Instagram. Esta es la versión Lydia Fisher, de estudiar medicina y que tus padres te presenten como, *mi hijo, el que estudia medicina*, en vez de por tu nombre. Así es como papá sueña con presentar a Rosset.

Entro a mi clase cuando ya ha empezado. El profesor a cargo de la asignatura me dedica una mirada fría cuando traspaso el marco de la puerta, pero me deja entrar porque es fan de los Tar Heels. Lo veo en primera fila en cada puto partido. Según el entrenador, formó parte del equipo en su época. No me sorprende ser llamado al final de la clase para un rapapolvo, pues es lo que hace con cada estudiante que no cumple con el horario. Le hace sentir importante tratarnos como niños de guardería.

— ¡Drew! —grita una voz cuando voy por los pasillos en dirección a mi

siguiente clase, antes del entrenamiento — ¡Dios, cuánto tiempo sin verte!
¡Desde que fue revelado lo de tu P.G, se te subió la fama a la cabeza!

—¿P.G? —pregunto encogiéndome ante su golpe en mi hombro.

No me sorprende ser golpeado en vez de abrazado o besado en la mejilla, así es Sasha, y a pesar de medir y pesar casi lo mismo que Em, jodidamente golpea fuerte, no como una niña. Me costó aprender a guardar el dolor para mí mismo delante de ella, pero después de un tiempo le cogí ritmo y, sin mentir, esto me ayudó a sobrevivir en la cancha y en casa

— ¡Polla gigante!

Me atraganto cuando lo oigo.

— ¡Sasha! —espeto. Gracias a Dios consigo apartarme antes de que esas palmadas en la espalda lleguen— ¿Puedes dejar de hablar de mi pene?

Entrecierra sus párpados, sus mejillas tiñéndose.

—¿De qué hablas? Solamente lo he hecho ahora.

— ¿Entonces, no la comparaste con el pepino más grande del supermercado?

— ¡No! —Miente enlazando su brazo con el mío. La exagerada ranura de su vestido se mueve, revelando piel morena y voluptuosa, a medida que caminamos. Hago mi papel de amigo protegiéndola de malas y hambrientas miradas. La mayoría de los que están aquí no la merecen, pero no es por eso por lo que los bloqueo. Sasha, no tiene buena mano para los hombres —Y si lo hubiese hecho, ¿qué importancia tiene? Si eres el novio de esa zorra, es porque algo tienes.

—¿No podría ser por mi personalidad?

—No —ríe—. Chicas como nosotras no están con alguien por su personalidad.

— ¿Chicas cómo ustedes?

—Sí. Por muy mal que me caiga, ambas somos independientes y sabemos cuidar de nosotras mismas.

Nunca encerraría a Lydia y a Sasha en un mismo círculo, pero los temperamentos de una y el cuchillo escondido bajo la falda de la otra, me impedían quitarle la razón. Ninguna de las dos era como Em, quién despertaba en mí el derecho de hacerme cargo de ella y cuidarla hasta que nuestros cuerpos se arrugaran y la memoria nos fallara, e incluso después de eso.

—Y si no lo están por eso... —me sorprendí a mí mismo preguntando — ¿Por qué una chica como Lydia, iba a estar con un chico como yo?

—Le causas algún tipo de sensación que no encuentra en nadie más, o que no se siente segura recibiendo de alguien más —se detiene para mirarme—. O por interés. Su padre es un buen político. Seguro la ha entrenado bien en el arte de conseguir lo que quiere y tú, no eres más que un movimiento.

Lo último me hace tragar. Esto suena a algo como eso para conseguir a Rom.

—¿Económico? —Intento desviar su atención.

Lo último que necesito es a alguien sabiendo la verdad aquí.

—No. Estoy segura que puede financiar su anoréxico trasero sin problemas —Sasha sonrío. Opto por quedarme callado. Ella rompe el silencio de nuevo — ¡Dios, Drew, soy tu amiga! Hace unos meses no la soportabas. De un día para el otro salen besándose y lanzando corazones en una red social. Quizás los demás no lo vean —susurra—, pero yo te conozco. Sé que amas a Em, desde que los cromosomas de tus padres se unieron. Mirarla como si fuese el

sol de tus días, y la luna de tus noches, el jamón de tu sándwich o el queso de tu arepa está en tu código genético.

—¿Qué mierda es una arepa? —Intento cambiar de tema por segunda vez.

Ella y sus gustos excéntricos en la comida son una buena opción.

—Es una mezcla de maíz que se hace a la plancha. Sí, lo sé, suena raro, pero es lo más rico que tus papilas gustativas puedan probar y... ¡Maldición! No vas a desviar mi atención —recibo un pellizco— ¡Idiota!, has hecho que pierda el hilo de la conversación... ¿dónde estábamos? Ah, sí, en que es obvio que esto, es un montaje.

Palidezco. Pienso en mil y unas formas de negarlo por diversas razones. Uno: nuestro plan me hace ver como un tío incapaz de solucionarlo por sí mismo. Dos: Lydia me mataría si alguien más se enterase. Tres: ¿Cómo reaccionaría Em ante eso? Y cuatro: ¿Cómo de rápido esparciría Sasha la verdad por el campus, algo que ninguno de los dos podría negar a menos que tuviéramos un título en mentiras? El aire vuelve a mis pulmones cuando habla de nuevo.

Afortunadamente ese no es el final de su declaración.

— ¡Hey, compañero!, puedes estar tranquilo —palmea mi antebrazo suavemente. Ese fue el gesto de afecto y preocupación más grande que he recibido de su parte —.No estás violando el acuerdo de confidencialidad que firmaste con el partido para salir con Lydia, a cambio de no sé qué aún, si lo descubrí por mis propios medios. Puedes calmarte. Tu secreto está a salvo conmigo, pero si necesitas hablar con alguien o una aliada que te ayude a salir de esto...

Niego.

—Solo, no se lo digas a nadie.

Asiente. Veo duda en sus ojos marrones.

—Tienes mi palabra.

Después de hacer creer a Sasha que formo parte de una especie de misión secreta para mejorar la imagen del Senador Fisher, siendo el novio de su hija y aceptar probar sus arepas, voy a mi última clase y me dirijo al gimnasio después de ella. Ya todos han llegado cuando meto mi culo dentro. Es la segunda vez que llego tarde en un día, pero no podría importarme menos. De pronto, mis prioridades han pasado de ser el sujeto con el record de puntualidad perfecta, a aprender a nadar entre mentiras. Espero no ahogarme en ellas para cuando terminemos, pero el pronóstico no es bueno. En menos de dos semanas les he mentado a Rom, Em, Sasha y a una universidad entera.

Temo estar convirtiéndome en un experto.

— ¡Hey, Drew! —Me saluda Rom, cuando dejo mis cosas en la banca.

— ¡Hey! —saludo de vuelta sin realmente saber cómo proceder.

Después del sábado la idea de estar a su alrededor se ve incómoda. Antes tenía dudas, pero ahora sé con seguridad que él y Lydia tuvieron un pasado, conocimiento que no hace más que ponerme en la posición del amigo de mierda. Pero, por otro lado, todo esto lo estoy haciendo por ellos. Bueno, por ellos y por Em, que es lo que no sabe. En realidad, si se mira esto como un sacrificio, si se toma en cuenta la tortura que es resistirme a la tentación cada vez que está cerca, que no es lo que he hecho, he corrido en su dirección cada vez que ella da dos pasos hacia mí. Pero de nuevo Rom no lo sabe, cuando esto termine tendrá mucho que reconocer y agradecerme. Incluso creo que merezco el puto honor de ser el padrino de su boda.

—¿Cómo van las cosas en el paraíso? —pregunta apoyándose en las gradas

con el uniforme de los Tar Heels. Yo uso el mío. He cambiado mis mocasines por unas Puma, de color negras. Su tono de voz es desinteresado, pero sus ojos brillan con interés—. Lydia no te está dando muchos problemas, ¿o sí? Sé que puede ser una novia insoportable.

« ¡Joder!» Directos al grano...

—Bastante bien, la verdad —paso una mano por mi cabello para retirar los mechones que me molestan cuando entro en acción. Había decidido que lo mejor era hacerle creer que no recordaba nada de lo que dijo mientras estaba drogado. Es lo mejor—. No me arrepiento en absoluto. Lydia es dulce y... —Fuerzo una sonrisa en mi rostro. No me gusta ser el imbécil que habla de su chica con sus amigos, incluso si es una farsa, pero creo que esto es lo que ella querría— Muy complaciente.

Romeo, cierra sus manos en puños y las mete en sus bolsillos para que no pueda verlas. No puede hacer nada con la forma en la que su mandíbula se tensa, ni con el odio de su mirada.

—¿Ah, sí?

—Es una mezcla de Mia Khalifa, La Mujer Maravilla y la florecita que llevarías a conocer a tus padres —Exageraré. Lo sé, pero también sé que La Mujer Maravilla es su amor platónico, revisé el historial, solo para saber qué materia había captado su interés, cuando le presté mi computadora para una investigación una vez que la suya se dañó—. Estoy pensando seriamente en llevar esta relación al siguiente nivel.

Alza sus cejas negras y se acerca. Ya no oculta su interés.

«Bien».

—¿Compromiso?

—Algo parecido.

Sus ojos se abren como platos.

—Drew, ¿estás loco? Solo lleváis... ¿Cuánto? ¿Dos semanas?

—Desde antes de vacaciones —corrijo.

Se aleja. Sé ve herido.

—¿Casi dos jodidos meses?

—Un mes, quince días y dos horas y... —Observo mi reloj— Veinte segundos.

Veo cómo su cabeza echa humo haciendo cálculos, pero falla miserablemente en conseguir una fecha. Eso es jodidamente triste en alguien que se supone está estudiando para ser ingeniero.

Tomo nota mental de no entrar en ninguno de sus futuros edificios.

— ¿Por qué no me lo dijiste en todo este tiempo?

—Lydia me contó que tuvisteis un pasado turbulento —sus músculos se tensan. De nuevo estoy dándole a entender que no recuerdo nada del sábado por la mañana. Mi cabeza jodidamente duele. Estoy siendo más que un mal amigo admitiendo que estoy con su ex—. Me resistí al principio, Rom, se supone que no debía traicionarte, pero...

—Es preciosa —murmura y la opresión en mi pecho crece.

Él, realmente está tocado.

—Sí, también inteligente y cariñosa.

—Y sexy.

—Muy sexy...

—Jodidamente ardiente —el entrenador Michael, toca su silbato y nos dirigimos al centro de la cancha con los demás—. ¿De qué compromiso hablas? ¿En serio estás pensando pedirle matrimonio? ¿Y qué coño pasó con Em? ¿No estabas loco por ella? Nunca estuve en contra de que te follaras un par de coños, pero... ¿No era ella el amor de tu vida? ¿Cómo estás ahora pensando en casarte con otra?

Me encojo de hombros regocijándome por dentro.

«Tantas preguntas...».

—Decidí que llegó el momento de superarlo.

Romeo me detiene con una mano.

— ¿Entonces, no te gusta Lydia?

Arrugo la frente.

— ¡Claro que me gusta!

—Por supuesto... —Lo dice como si fuera idiota. Es cierto, ¿a quién no le gustaría?— Pero lo acabas de decir como si estuvieras con ella por despecho o resentimiento. Es decir, ¿has dejado de pensar en Em, o no? —Ni niego, ni afirmo nada. Sería ilógico que de un día para otro dejara de amarla. Decir lo contrario solo le quitaría veracidad a nuestra mentira — ¡Dios, Drew!, ¿estás seguro de querer entrar en la familia del senador? Si no amas a su hija...

Esta vez soy yo el que lo detiene.

— ¿De verdad crees que me casaré con ella?

Parece confundido.

—Bueno, conociéndote...

—Soy muy joven para pensar en eso. Hablaba de sexo, Rom. No hemos follado. No hemos pasado de los preliminares. Sé lo que hay bajo su ropa —quise desaparecer. Por la mirada que me dio Rom, mitad feliz, mitad asesino en serie, supe que él también. Si él la quería esto debía ser una buena noticia y, si mis planes resultaban, intentaría quitármela antes de que llegara a pasar nada. Este lenguaje sucio y rastrero es necesario para conseguirlo —. Pero no sé cómo se siente estar plenamente con ella.

—Yo creo que lo mejor es que te lo tomes con calma.

Alzo las cejas, sin creerlo, porque es tan malditamente gracioso pues él, fue quien me empujó a perder mi virginidad con mi compañera de estudio. Solo le faltó introducirle a Drewstructor él mismo.

Me emparejé con mi vecina, con su prima. Me animó a hacer favores, sucios favores, a un grupo de chicas necesitadas cuando me emborraché por primera vez el primer semestre.

Este, no es el Rom que conozco...

—Davis, ¿me estás diciendo que lo tome con calma? ¿En serio?

Ahora es él, quien se encoje de hombros.

— ¡Estoy siendo un buen amigo, hombre! No debes dar tu posesión más

preciada a una chica que no es la correcta —palmea mi hombro—. Y no hablo de tu polla, Drew. Tu corazón es algo que le ha pertenecido a alguien más por mucho tiempo. No cometas una locura dándolo a la primera que consigas.

—Lydia, no es lo primero que he conseguido.

Asiente.

—Seguramente no, pero es lo primero que hallaste y que podría lastimar a Em. Dicho esto, corrió lejos de mí.

Con una amiga pensando que estaba a un paso de meterme en la familia de un miembro del gobierno y otro creyendo que era un imbécil con sed de venganza, lo seguí y me uní al calentamiento. Cuando terminamos cogí un chaleco. Rom y Aideen no lo hicieron. Maldije.

Hoy estaría yendo contra dos ex furiosos.

A las tres y cuarenta y cinco, quince minutos antes, estoy estacionado frente a Triangle. Mis labios se extienden en una sonrisa mientras la veo salir de la casa. La conozco. Sabía que estaría lista antes. Lleva un vestido naranja con estampado floral, un suéter con botones perlados y botas de montaña. Su cabello lo lleva en una trenza descuidada. Mientras viene hacia mí, un par de chicas en shorts me saludan a través del cristal ahumado de mi camioneta. Es oscuro. No sé cómo demonios saben que soy yo, quizás son otras stalkers shipers, pero les devuelvo el saludo aunque no puedan verme. Es eso, o le dicen hola al Range.

—¿Te has acostumbrado a eso? —pregunta cuando me bajo para abrir su puerta. No debería exponer a Lydia así, pero tampoco me detengo cuando mis labios van directamente a su mejilla pecosa —Hola, Drew.

—No —respondo antes de cerrar para volver a mi sitio. Esta mierda de ser deseado por todas, no es lo que todos los hombres quieren. Yo seré feliz solo cuando una chica pose sus ojos en mí así. Hablando de ella, la observo unos segundos más. Allí, sentada en el asiento del Range que es para una persona dos veces mayor de su tamaño, se ve perfecta. Juego con un mechón de su cabello dorado, solo es un toque, pero me hace flotar de vuelta al otro lado. Una vez estoy tras el volante, me giro hacia ella —. Hola, Emma.

Ríe.

— ¡Drew, basta!, ¿por qué me miras así?, ¿tengo un moco en la nariz? —Se mira en el retrovisor. Niego soltando una carcajada. Es tan tierna... ¿Cómo puede no darse cuenta de lo hermosa que es? ¿De que mis ojos sencillamente, no se cansan de observarla? —No, nada— La atención siempre la ha hecho sentir incómoda. Me importa poco. La sigo mirando como un enfermo. Sus manos se retuercen en su regazo.

— ¿Cómo estás?

—Bien —digo.

—Mmm...

— ¿Y tú?

Sonríe juguetonamente.

—Estaría mejor si llegamos a la heladería antes de que el helado se derrita.

—Tienen un sistema de refrigeración para eso, ¿sabes? —Recuerdo que no puedo ser demasiado obvio, Lydia sigue siendo mi novia a sus ojos y estoy seguro de que un movimiento brusco solo la alejará, me pongo en marcha. Escuchamos Mercy, de Shawn Méndes por el camino. Está cerca, por lo que la canción no ha terminado cuando llegamos, gracias a Dios. La única razón

por la que no la quité es porque hizo a Em, tatarear. Son las estrofas más deprimentes que he oído y... era oficialmente mi canción — ¿Vas a querer lo mismo de siempre? —pregunto cuando entramos a Señor Helado, la heladería que está más cerca fuera de los límites del campus, pero a la que todos en la Universidad van por la calidad de sus helados al mármol.

Encontrarla casi vacía, ha sido solo un golpe de suerte.

—Espérame ahí —le señalo una mesa junto al ventanal de cristal que da a la calle. Emma asiente y voy hacia la cola. En ella veo un rostro conocido — ¿Maggie?

La chica que solía vestir como Emma, y que ahora usa una chaqueta de cuero de un club motociclista, se da la vuelta. Sus labios rojos, antes de color pastel, se mueven bruscamente mientras muerde un chicle, ¡joder! Incluso ha teñido su cabello en un violeta oscuro.

Se ve bien.

—Hola, putito.

Retengo mi mandíbula en su lugar.

¿Putito?

— ¡Hey! —Le sigo la corriente —¿Cómo estás?

— ¡De lujo! —Sube y baja sus hombros— ¿Cómo estás tú?

—Pues... —Froto mi nuca— Bien, bien, pendiente de las clases y demás...

—Ajá —se acerca. Mis ojos casi se salen de sus orbitas, por la impresión, cuando siento su mano apretando mis bolas por encima de mi pantalón.

Rápidamente mis ojos van a Em. Por suerte, le está echando un vistazo a su móvil — ¿Por qué obvias la parte donde follas día y noche con la putita? Sois unas sanguijuelas del sexo.

—¿Perdón?

Una sonrisa siniestra cruza su rostro.

—Los escuché ese día.

— ¿Tú estabas allí? ¿En la litera?

Afirma con entusiasmo mientras suelta mis bolas.

Mis pulmones vuelven a llenarse de aire cuando lo hace. Estaba ahogándome.

—Sí. Oí cada sucia cosa que decías.

Mis mejillas se sonrojan, y ella ríe, ¡maldición!

—Por favor, te agradecería que no comentaras nada al respecto.

—No lo haré —pasa su lengua con el contorno de su boca de una manera obscena—. A cambio de que...

—No me vendo tan fácil, señorita, y, además, eras la novia de Liam —tomar a la ex de uno de mis amigos es demasiado para mí. Además, ella sale con Rafe también. Probablemente él, es el responsable de todo su cambio, lo que solo significa que lo está intentando con ella. Hasta este momento no la había visto ponerse toda Fashion Police con nadie más. Tener problemas con el heredero de un sub-imperio de Harley Davidson, sería un suicidio—. No quiero problemas.

Su frente se arruga. Su voz suena de nuevo como la vieja Maggie.

—No te iba a pedir sexo, Drewstructor, me asustas. Las cosas que dicen que les haces a las chicas, cómo las dejas en sillas de ruedas o las llevas directo al quirófano para una reconstrucción... —Se estremece. Yo también lo hago, pero una parte de mí se siente agradecida de la reputación de mi pene por sacarme de esta — Solo quiero que me des clases.

—Ahh... —Con eso puedo lidiar— ¿Sobre qué tema?

—Finanzas.

Pongo los ojos en blanco. Oí que estudia administración.

Toda su carrera está basada en las finanzas.

—Está bien. Nos podemos ver mañana. Estaré con Rafe también.

—Bien —ajusta su chaqueta—. Allí estaré.

Sin decir más, se da la vuelta y pide un cucurucho de menta. Después de ella voy yo. Compró uno de fresa con chipas y otro de vainilla con chocolate amargo. Cuando vuelvo a la mesa, me encuentro con la sonrisa amable de Emma. Le paso el rosa y me quedo con el de dos pisos. Le ofrezco mi mano también.

—¿Damos un paseo?

— ¡Claro! —La toma y se levanta de un salto. Nuestros dedos están entrelazados mientras caminamos por un pequeño parque que está a la vuelta de la esquina. En un principio hablamos de la familia y amigos en común. Bueno, ella habla mientras yo asiento y murmuro. Mi atención está centrada en la manera en que su pequeña y rosada lengua lame la bola de helado —Y bien... aparte de hacerte famoso y tener un montón de chicas detrás de ti,

¿qué has hecho últimamente?

—No mucho, en realidad, he asistido a las mismas fiestas que tú y estudiado como loco. Este fin de semana probé un nuevo juego que... —Me detengo ante la arruga de su frente. Ella odia que juegue —Supongo que hemos hecho lo mismo. Solo retomar las clases.

—No creo...

— ¿Por qué no?

—He participado en actividades que no están en mi rutina —eso hace que me detenga. ¿Quién es el idiota que va tras ella? Lo mataré sin tener piedad — ¿¡Qué!?! —ríe— ¿Eres el único que puede darle un giro de ciento ochenta grados a su vida sin avisar?

— ¿¡De quién se trata!?! —Fallo miserablemente en ocultar mi mal humor.

—¿De qué hablas?

— ¿¡Con quién sales!?! ¿De quién es el historial qué tengo que averiguar?

Su nariz se frunce.

— ¡Drew, cálmate, no estoy saliendo con nadie! —Le da otro lametón a su helado. Mis hombros se relajan. He perdido la cuenta de las veces que me han dicho que me lo tome con calma en un día —Conseguí un empleo.

—¿Buscabas empleo?

Asiente.

—Sí. Desde que iniciamos el curso, he estado buscando algo.

—No me habías dicho que tenías problemas económicos.

La habría ayudado sin dudar.

—No nos hemos visto mucho.

Le ofrezco una sonrisa triste.

—Soy un amigo de mierda, ¿no?

—¡No! —Me abraza. Su olor me embriaga y la calidez de su cuerpo presionado contra el mío me derrite —Has estado ocupado con tus cosas, tontito, y no se trata de eso. Mamá y papá cubren mis gastos, solo quiero un dinero extra y, la oportunidad de conocer otro tipo de gente.

«Amigos que no la traicionen», pensé.

— ¿Dónde es el trabajo?

—En el café ecológico que abrirá la próxima semana.

— ¿Quieres conocer hipsters?

Arroja a la basura el cucurucho. Nunca se lo come. El que lo tire solo es otra muestra de lo distanciados que estamos, ella solía dármelo. A mí no me gusta demasiado, solo es una galleta, pero me encantaba porque venía de ella. Siento que mientras la relación nos va genial a Lydia y a mí, Emma y yo, lo tenemos más difícil.

—Quiero disfrutar al máximo, mi tiempo en la universidad.

—¿Ya no lo haces?

Niega.

—No Drew, antes pensaba que sí, pero últimamente...

—¿Últimamente?

—Siento que he estado perdiendo mí tiempo, rodeada de las personas equivocadas —mi corazón se encoje, ¿habla de mí? La pregunta debe estar escrita en mi rostro, pues se acerca y me da un empujón suave—. No hablo de ti, hablo de los demás. Me he dado cuenta de que estoy donde estoy, por una persona, y quizás a esa persona no le importo tanto como me importa a mí. Tanto como me gustaría importarle...

« ¿Seguro de que no se trata de mí?», me contengo de preguntarle.

—Estoy aquí para ti —digo—. Siempre.

—Lo sé.

Paso un brazo por la delicada línea de sus hombros y la estrecho contra mi costado. No quiero que crea que no significa nada para mí. Todo lo contrario, la amo, quiero que se dé cuenta y me ame también. Cumplir todos sus sueños, los grandes y los pequeños, solo para verla feliz.

—Ni Lydia, ni nadie, se podrá interponer en lo nuestro.

Su cuerpo tiembla.

—Tengo miedo de que eventualmente me dejes por ella.

Me detengo a mitad del camino de tierra. Sostengo su rostro entre mis manos.

—La quiero pero tú, eres mi media naranja —eso ha sido lo más cercano a una

declaración que le he dicho —.Si tuviera que decidir...

—La escogerías a ella.

—No. Te elegiría a ti. Mil veces a ti.

—Eso lo dices porque estás frente a mí. Solos —se aparta—. Pero he visto y sentido como una chica como yo, deja de existir para los demás cuando una chica como ella, entra en la misma habitación. Lo he notado una y otra vez a lo largo de mi vida. Lo bonita que es, lo especial, exótica... Eso opaca a cualquier mujer que sea sencilla como yo —deja caer sus brazos con derrota. Sus ojos marrones, grandes y vibrantes, están llenos de lágrimas y apagados. Me quiero morir por ser el responsable de esto —Pronto serás incapaz de verme, Drew. No sé si podré soportar eso. No de ti.

Aunque ella no lo quiera, aunque claramente esté herida conmigo, la alcanzo y la obligo a apoyarse en mí. A rodearla con mis brazos. Emma, deja de resistirse cuando acepta que mi fuerza es mayor que la suya. Bien. Se supone que ella no debería luchar. Este es su lugar. Lo ha sido desde que se convirtió en la primera en llevarme a Jaque.

—Estás jodidamente demente si crees que solo eres una chica sencilla, Emma. Tienes más cualidades de las que podría contar con mis dedos. Eres tierna, buena, eres tan linda y agradable que es imposible que alguien, chico u hombre, no se fije en ti. Lo que sucede es que estás tan ocupada siendo modesta, que no te das cuenta de la atención que atraes —esa es la historia de mi vida—. Nunca dejaré de mirarte, usaré gafas si es necesario, pero no dejaré de ver cada una de las razones por las que te elegí para formar parte de mi vida, Emma. No podría dejar de hacerlo aunque quisiera. Eres mi compañera de tablero —seco las lágrimas de su rostro—. Para un juego se necesitan dos, no uno.

—Entonces... ¿Lydia no ha hecho qué te pierdas?

—Quizás un poco —admito. He hecho y dicho cosas que nunca habrían

pasado por mi cabeza desde que Liam me retó—. Pero nunca dejaré de estar cerca de ti por eso.

Emma se relaja entre mis brazos.

—Eso me hace sentir mejor. Es lo que no me dejaba dormir por las noches —muerde su labio—. Crecí con Ly. Nadie la conoce mejor, y a pesar de ello, la ha seguido amando aparte de mí y... ahora supongo que de ti —hay una pausa en la que supongo que debería mencionar algo que tenga que ver con la excéntrica personalidad de su mejor amiga, pero no la conozco tan bien. Sin embargo, tengo curiosidad por saber qué la hizo ser así—. Cuando digo que te entiendo, te entiendo. Es difícil no caer y disfrutar de la caída.

Acaricio su cabello. No entiendo una mierda qué significa eso, imagino que será cosas de chicas y la amistad que hay entre ellas, algo como la amistad entre Rom y yo, en la que evidentemente salgo perjudicado la mayor parte del tiempo, pero me niego a romper nuestra amistad porque, aun siendo un coñazo, quiero a ese idiota. Es toxica, sí. Mis padres estarían felices si supieran que ya no somos amigos, pero mi vida sería un infierno aburrido sin él y, más importante, me convertiría en el maldito robot de números y dinero que mi padre quiere.

—¿Sientes que has caído por ella?

Emma me abraza más fuerte.

—Cada día de mi vida.

DREW:

El jueves por la mañana estoy practicando tiros libres con el equipo. El entrenador se enfoca en los que se supone que tendrán la posibilidad de hacer el lanzamiento durante un partido y entre ellos estamos Romeo, Aideen y, por supuesto, yo. Y, ¡joder! Los últimos días, entrenar ha sido una mierda. Estando el inicio de la liga cerca y nuestras posiciones trabajando juntas, mucho más que con las otras, el hecho de que esté saliendo con su chica no ayuda.

Hay un montón de balones desviados hacia mí, *Accidentalmente*.

—Hey, Drew, marica, ¡páralos! —grita Aideen lanzándome un balón sin motivo alguno, desde el final de la fila para volver a tirar. Mis reflejos no dan abasto y el maldito se estrella contra mi mandíbula. Caigo al suelo — ¡Joder! —exclama con muy poca culpa.

—¡Maldición! —Escucho a Rom, gritar y aproximarse.

Mi cabeza da vueltas. No consigo entender por qué mierda termino en las peores situaciones. Siento cómo me levantan antes de notar el sabor de la sangre saliendo de mi boca. Intento hablar, abrirla, pero duele tanto que me mantengo callado mientras un par de jugadores y Romeo, me acompañan a la enfermería. De camino no puedo hacer más que maldecir a Lydia, por dejarme con sus malditos problemas.

«Maldita Lydia, maldita y sexy Lydia».

Y es así como descubro cómo invocarla.

—¿Qué está pasando? —La oigo decir mientras la enfermera me aplica una especie de pomada sobre el golpe.

Mi cuerpo se tensa. Siento inflamarse el golpe, no Drewstructor.

Probablemente pareceré un monstruo durante días, haciendo honor a mi reputación. Eso me mata y probablemente está volviendo loca a Lydia, que no para de mirarme con la mandíbula apretada, pero no es tan impresionante como ver a la culpable de todo esto dignarse a aparecer como si nada, después de una semana de vacaciones dentro de un hoyo negro. Al menos espero que me haya traído una camiseta, de lo contrario tendremos problemas. Graves problemas.

—Se cayó jugando —responde Rom, rascándose la nuca.

—No creo... —sisea mirándolo acusadoramente.

Está hermosa.

Usa jeans ajustados y una chaqueta de cuero negra que resalta el ahumado aplicado alrededor de sus ojos. Sí. Gracias a Roset sé cómo les dicen a varios tipos de maquillaje, pero qué se le va a hacer... Lo importante es que a Lydia le queda muy bien, al igual que esas botas hasta las rodillas, que nos tiene a los cuatro chicos en la enfermería jadeando. Bueno, a mí hasta que la enfermera me obliga a acostarme en la camilla y a abrir la boca de golpe, por lo que me ahogo y escupo en la papelera. Mis párpados se abren de par en par al ver lo que acaba de suceder.

—Estoy soñando —dice— ¡Drew, no puedes haber perdido un diente!

—¡No fue mi culpa! —grito hipnotizado con la pieza de calcio rodeada de sangre—. ¡Me dieron un balón!

—¡Lo sabía! —grita de volviendo la cara para enfocarse en Rom de nuevo.

—¡No fui yo!

—¡Siempre eres tú! —Lo empuja—. Estás tan jodido de la cabeza, que no puedes aceptar que Drew, me hace más feliz que tú, y golpeas a mi bebé

—corre hacia mí y me abraza. Jodidamente me asfixia mientras hace pucheros con la misma cara de psicópata con la que Darla agita la bolsa con sus peces. Intento escapar, pero aprieta más fuerte y entierra sus uñas en mi piel. La enfermera se aparta entre asustada y molesta—. Eres un monstruo, Romeo.

Pongo los ojos en blanco en medio de mi asfixia al verlo golpear la pared. Esos dos son tan iguales, que deben estar yendo en contra de la ley.

—¡Fue Aideen! ¡El puto Aideen, con quién follas, golpeó a tu novio! ¡Yo no!
—Se acerca señalándola con el dedo— ¡Si crees que eres más importante que mi amistad con Drew, estás equivocada, zorra! —La mira con el mismo resentimiento que recuerdo ver en mis flashbacks de la mañana del domingo antes de que Lydia, desapareciera de la faz de la tierra—. No eres tan importante.

Dicho esto, se da la vuelta y desaparece como drama queen.

—Yo... esto... —murmura uno de los dos jugadores

—Tenemos que seguir practicando —dice Marcus, el otro, antes de desaparecer con el otro tras Romeo.

Suspiro en alivio cuando Lydia por fin me suelta.

La enfermera me mira— ¿Liarte con la ex de tu amigo? —Lydia se tensa. No lo niego—. Creo que el golpe es tu menor problema. Lamentablemente no te puedo recetar ningún medicamento para eso.

Le pongo mi mejor sonrisa derrite corazones.

—No te preocupes —le digo a pesar del dolor que me produce hacerlo. Es la primera mujer en todo el campus que no me mira como si fuera un perverso a punto de saltar sobre ella. O como si quisiera que lo fuera. Miro a Lydia—. No las arreglaremos, ¿no, nena?

Su rostro se agría.

—Drew, por favor, no hagas eso de nuevo.

—¿Qué? —pregunto.

—Hablar, sonreír, cualquier cosa que me obligue a ver el hueco en tu dentadura —se gira hacia la enfermera—. ¿Cuándo puede ir al dentista a ponerse un implante?

—Cuando baje la hinchazón —dice tras evaluar el golpe una vez más.

—¿Y eso es? —Insiste.

—Horas. Quizás un par de días.

—Genial... —Lydia rueda los ojos en mi dirección—. Apenas vuelvo hoy y ya haces que tenga que irme de nuevo —teclea su teléfono—. Veamos donde podemos esconderte mientras tanto.

—¿Esconderme? —Asiente— ¿Qué? ¿Por qué?

Me hace una foto y me la enseña después.

Asiento. Con o sin Lydia, me iría al infierno hasta que lo hubiese solucionado. El que Aideen partió es uno de los frontales. No hay manera de que pueda hablar sin que se note.

—No puedes ser mi novio y verte así.

—Pero las clases...

—Puedo conseguirles un permiso a ambos —interviene la enfermera.

Lydia le sonríe.

—El decano oir  lo buena que ha sido en la enfermería cuando cene en casa otra vez.

La mujer le devuelve el gesto.

—Lo agradecería mucho. Han estado recortando el personal.

—No tienes que preocuparte por eso... —Lee su placa—. Louise.

Sus ojos se iluminan. Una vez Lydia se ha ido a hacer una reserva para dos en no s e dónde, la enfermera acerca la pomada de nuevo a mi cara. Me dejo hacer como si fuese una puta marioneta. Debería estar feliz por aparentemente haber ganado un par de días de vacaciones pagadas pero,  joder!

Mi macho Alfa no lo está pasando nada bien.

—Eres muy afortunado de tenerla, chico.

— Usted cree? —siseo.

—S . Aquí entre los dos... —susurra con las mejillas sonrosadas—. Estar con ustedes dos en la misma habitación ha hecho que mi corazón lata más rápido.

—Lydia me vuelve loco...

—Se nota.

—La quiero follar —suelto mi más oscuro secreto producto del efecto del analgésico.

Quiero follar a la mejor amiga de la chica de la que he estado enamorado por años, y admitirlo en voz alta a una completa desconocida, solo es otra prueba más del por qué no consumo drogas. Fin.

Ríe.

—Y ella a ti.

—Pero ya has visto cómo me trata. Mi ego...

Me da una palmadita en el hombro.

—Tienes tres días para enseñarle que también tienes pantalones.

Medité las palabras de la enfermera Louise, de camino a la hermandad tras dejar a Lydia en Triangle, para que hiciera su maleta y le pidiera a Emma quedarse a cargo unos días más. De alguna manera terminé contándole nuestra historia, lo que sé de la suya con Romeo y la mía con Emma, así como confesándole nuestro plan al asegurarme que no se trataba de algún agente infiltrado de una revista de farándula, y al saber que tenía un título en psicología. Ella me aconsejó no tomármelo demasiado en serio a esta edad. Disfrutar. Me dijo que mi problema era analizar demasiado, pensar mucho, con lo que estuve de acuerdo, por lo que de ahora en adelante, me dejaría llevar, sobre todo, este fin de semana.

—¿Dónde mierda vas?

—Pasaré el fin de semana con Lydia.

Miro a Rafe en ropa interior, manchado de pintura y sentado en el suelo rodeado de montones de spinners, trabajando en su nueva escultura con pegamento industrial en la esquina de nuestra habitación. Solía ser el único lugar vacío y sin decoración, ahora es su estudio en dos metros cuadrados.

Alza las cejas.

—¿Faltarás a clase? Eso no es propio de ti.

Levanto mi labio para que pueda ver el jodido agujero.

Frunce el ceño.

—¿Cómo te caíste?

Me cruzo de brazos.

— ¿Por qué supones que me caí?

— ¿Mm?

—¿Por qué no piensas que luché contra alguien?

—Porque eres de ese cinco por ciento de la población masculina que usa el verbo *luchar* en vez de pelear, joder, sacar la mierda o machacar, que está mal, pero no tan mal como un snob *luchando* contra el piso.

Irritación corre por mis venas.

—No me caí.

—Y si no fue otra batalla contra tu enemigo jurado, ¿entonces qué? No eres

de los que se meten en problemas —en eso tenía razón—. Pero tampoco eres inmune. Si algo sucedió de verdad, Drew, dime y los mataré —su expresión de motociclista me hizo estremecer—. Nadie se mete con mi mitad. Eres la puta razón por la que no me he ahogado en administración. No permitiré que un grupo de idiotas, te anden acosando o molestando.

Me doy la vuelta y sigo sacando ropa del armario para meterla en una mochila que luego cuelgo de mi hombro. La vibración de mi teléfono me indica que Lydia, ya está lista. Sé que es ella porque he silenciado las notificaciones de Instagram, Twitter y Snapchat después de que mi perfil se convirtiera en un asunto público.

—Tampoco soy un niño. No te voy a decir nada.

—Como quieras... —Lo veo encogerse de hombros antes de irme— Diviértete cubriendo tus heridas y revolcándote en la vergüenza como una mujer maltratada, Drew. Cuando decidas hablar y pedir ayuda, aquí estaré para escucharte.

¡Maldición!

— ¡No eres la puta ley!

Su expresión de motociclista vuelve.

—Puedo serlo.

Cuando llego a Triangle, no estaciono en el mismo sitio de siempre, en frente, porque no tengo ganas de que Em, me vea sin un diente, como un jodido perdedor que no le puede decir que el otro quedó peor porque se desmayó, así que aparco a tres casas de distancia. Lydia sale quince minutos después arrastrando una maleta pequeña de cuadros y sosteniendo una caja

azul bebé. Se cambió igual que yo, y se puso ropa cómoda. Ahora usa un sencillo conjunto Adidas negro y zapatillas. Su frente se arruga cuando por fin me divisa a la lejanía. Toco el claxon para confirmar que soy yo, lo que la molesta más mientras camina hacia mí. Pulso el botón del maletero. Ya está abierto cuando llega.

— ¡Un poco de ayuda no me vendría mal! —gruñe desde atrás.

—No se ve tan pesado —respondo sin poder evitar sonreír ante sus mejillas sonrosadas por los malabares que hace entre la maleta, su teléfono y el objeto no identificado. Aclaro mi garganta a sabiendas mientras la miro a través del retrovisor — ¿Lista?

— ¡Jódete! —La escucho decir antes de que cierre el maletero con un golpe que va directo a mis huevos. Cuando por fin se sienta junto a mí, está sonriendo. Ahora que veo de qué va la caja. — ¿Nos vamos?

—No quiero *eso* aquí.

—¿A qué te refieres con *eso*?

Señalo el hámster con sobrepeso que huele a mierda.

—Eso.

—Se llama Arthur —ajusta su mini suéter Adidas azul metiendo los dedos a través de los barrotes — No lo dejaré solo. Se deprime.

— ¡Me importa una mierda! —siseo—. Huele mal.

—Huele a hámster.

—No me gusta.

—Bien —se inclina. Pienso que se está arreglando para bajarse y deshacerse de él hasta que la veo sacar un espray de Victoria's Secret de su bolso. Me ahoga con el olor a vainilla. Estoy casi seguro de que vi a ese Arthur de mierda toser también—. Esto te debería gustar más. Es el perfume de Emma.

—No me importa si es el jodido perfume de la Reina Isabel, ¡ahora huele peor! —Echo la cabeza hacia atrás — ¡Es mezclar mierda con flores!

—Pobrecito Arthur —rasca su panza—. Papi no te quiere.

¿Su padre? Ni de coña. Seré la antítesis de Darth Vader.

—No soy su padre.

—Sí.

—No lo soy —lo miro—. Él es rubio y yo soy castaño, tú eres morena, somos biológicamente incompatibles.

—Eres su padre adoptivo.

Aprieto el volante. Tratar con esta puta versión de niña malcriada de Lydia, me pone de los nervios. Prefiero la zorra que es capaz de pasearme por un parque tomándose de los huevos, pero racional. Ni siquiera sé cómo alguien cómo ella puede amar a los animales. Supongo que su odio va netamente dirigido a los humanos.

Eso explica por qué le gusta Rom.

—Lo eres —se endereza—. Estás saliendo con su madre, así que lo tienes que aceptar.

—Pero no estoy follándomela —recalco.

Se encoge de hombros.

—No lo harás si no aceptas a Arthur Spencer.

— ¡Joder! Tiene nombre de Príncipe de la Mierda.

—¡Basta! —gruñe—. Lo estás haciendo sentir mal —le echo un vistazo a la jaula. Arthur ha dejado de comer y se está refugiando en su casa. No entra fácilmente, así que Lydia lo empuja dentro—. Estás actuando como un idiota. No sé qué demonios te sucede.

—¿Yo?

— ¡Sí, tú!

— ¡Yo no soy el que se está comportando como si tuviera seis putos años! —Mis labios se tuercen. Dándome por vencido con el tema del hámster, giro el volante y empiezo a conducir hacia quién coño sabe dónde. Supongo que daré vueltas en círculos hasta que Lydia me diga a dónde vamos — ¿Dónde coño te metiste estos días? ¿Dando un paseo a través del tiempo del que no saliste gloriosa? ¿Recordaste dónde dejaste tu corazón y ahora tengo qué tratar contigo en versión Hello Kitty? Todos esos malditos años siendo una perra, ese amor acumulado... maldición. Solo no te tiñas el cabello de rosa.

—No es tu problema —sisea.

Algo en su tono de voz seria y defensiva, me enoja aún más, pero a la vez me impide seguir indagando en el tema, de momento, por lo que en lugar de ello me enfoco en el viaje. Además, hablar mucho duele. Antes de Arthur, esta huída se suponía que serviría como parte de nuestro jodido plan de mierda, que sorprendentemente está dando resultados ejerciendo presión sobre Rom y Em, pero también tenía en mente purgarme de su influencia demoniaca de una vez por todas cuando estuviéramos a solas y resolviéramos el asunto estético. No me imaginaba a Lydia introduciendo su lengua en el hueco de mi

dentadura ni en un millón de años.

Se suponía que sería como matar dos pájaros de un tiro.

—Bien —acelero— ¿Al menos podrías decirme dónde vamos? La gasolina no es precisamente barata.

—Eres un tacaño. Ahora entiendo por qué Emma no se fija en ti.

No es que realmente importe. Tengo dinero para gasolina en la guantera. Solo estoy desesperado por obtener una puta respuesta de una maldita vez. Tan solo una. No es mucho pedir, joder. Son cosas que ni siquiera debería preguntar. Por educación debería decírmelas.

—Lydia... —Le advierto.

Suspira.

—Conduce hasta el aeropuerto. Le haremos una visita a mi cirujano.

Su cirujano, alías el harén de especialistas que cuidan de su físico, están en New York. Nos toma una hora de vuelo en primera clase. Se suponía que tomaríamos prestado el jet de su padre, pero debido a su presencia en un congreso al otro lado del país, no iba a estar listo en al menos cuatro horas a excepción que se tratara de una emergencia, caso en que el senador sería informado, y que Lydia no quería ya que significaba un montón de seguridad alrededor de ella, por lo que nos tocó viajar como ricos comunes. Eso me hizo feliz. Por fin pude tener control sobre la situación, aunque el precio fuera gastar parte de mi dinero en billetes de primera clase, y Arthur fue con el resto del zoológico. Como las ratas. Sin privilegios porque lamentablemente para los animales no hay una sección VIP, así que esa fue mi venganza.

Mis pulmones se llenan con el característico aire de la ciudad de los rascacielos cuando salimos del Aeropuerto Internacional John F. Kennedy. Levanto el brazo al borde de la acera para detener un taxi que nos lleve al hotel. Estoy tan malditamente acostumbrado, que consigo uno en un chasquear de dedos. Debido a que mis padres invierten en bolsa y tienen su propio imperio en Walt Street, que decidieron manejar desde casa cuando Rosset nació bajo el argumento de que aquí no podríamos tener una vida familiar normal, me siento como en mi segundo hogar. Aún así seguíamos viniendo en vacaciones y, como mínimo, dos veces al mes para supervisar la sucursal del bufete de contables. Relamo mis labios, mis manos están tensas, mientras ayudo al chófer a cargar el maletero con nuestro equipaje. La razón por la que estudio en Chapel Hill y no aquí, es la misma por la que siempre evito venir antes de que sea necesario, la misma por la que mis padres se marcharon. La misma por la que quieren que su pequeña Rosset estudie medicina, sin acercarse al negocio familiar.

La tentación es grande.

Mamá y papá, ambos de buena familia, ambos también resentidos con el historial familiar, con el hecho de ver el dinero como felicidad, se conocieron en la universidad. A petición de sus padres fueron a la escuela de economía juntos. Se enamoraron, se graduaron, luego hicieron una doble titulación como contables, con ayuda de mis abuelos fusionaron los viejos negocios familiares y no solo los mantuvieron a flote como uno solo, sino que se adueñaron de gran parte del manejo de los libros de las mejores empresas y negocios a lo largo y ancho de los Estados Unidos. Sí, expandieron el negocio familiar. Fueron los Bonnie y Clyde del dinero durante más de una década.

Sí, nació aquí. Desde mi cuna podía ver Central Park y probablemente aprendí a caminar en la Quinta Avenida. Mi niñez se desarrolló aquí. Rosset también nació en esta ciudad, pero nos fuimos cuando creció. En lugar de jugar con muñecas, hacía cheques de papel para comprar mis autos de juguete. Ahí fue cuando mis padres se dieron cuenta de que estaban cometiendo el mismo error que los suyos, rodeándonos del equivocado sentido de la felicidad desde niños, lo que ellos siempre reprocharon. Decidieron que lo mejor era

mudarnos antes de que la historia se repitiera o su propio matrimonio terminara ennegreciéndose a lado del verde. Terminé mis estudios básicos en Edenton, donde conocí a Romeo y a Emma, pero no a Lydia en persona. Ella asistía con Em, a un colegio privado de monjas, solo para niñas.

Después, a pesar de haber podido entrar en las mejores universidades, fui a la UNC porque era la mejor opción cerca de casa y porque, esencialmente, estaba lejos de todo lo que mi futuro representa. Y por Em, ¡Dios!, sobre todo por Emma. Ella es el pilar que necesitaré en el momento de sentarme en la silla de jefe apenas me gradúe. Apoyo mi cabeza en el respaldo del asiento. Si hubiese sabido que Lydia me traería aquí, lo habría considerado. Sé que es solo cuestión de tiempo antes de que New York me reclame, a fin de cuentas no solo se trata de mí, hay un montón de familias dependiendo del trabajo que mis padres les ofrecen, porque nací aquí y a diferencia de Rosset, frágil y dulce, crecí aquí.

Este es mi hogar.

—Estás muy callado —susurra Lydia junto a mí, un día después de nuestra llegada, el día que vamos al dentista, y cuando el tráfico causa que nos detengamos momentáneamente en un semáforo.

Salimos demasiado tarde del hotel. La cita es a las dos y ya son la una y media. Lo único bueno es que por unos billetes extras, el chófer llevó a Arthur de copiloto.

—Solo estoy pensando en si esto tiene solución —levanto mi labio superior. Se estremece, por lo que lo tapo. Me gustaría decir que estoy siendo un hombre al respecto, y despreocupado con mi apariencia, pero no puedo. No es la razón por la que mi polla se siente chica —Nadie quiere verse así.

Sus hombros se tensan. Luce molesta y preocupada a la vez, como cuando entró por sorpresa en la enfermería. No. Corrijo. Cuando se tele transportó.

—Me encargaré de Aideen.

Junto las cejas.

—¿En qué sentido?

—Haré que se mantenga lejos de ti.

—Lydia, ¡joder!, no —niego. De ninguna manera mandaré a mi supuesta chica tras un matón. No sé en qué posición en la escala de la hombría me dejaría eso, pero intuyo que está muy por debajo del último escalón. En el sótano, seguramente — ¡No harás una mierda!

— ¿Por qué no? No quiero que piensen que eres un debilucho. Entiendo que no eres como los demás chicos. No te gusta pelear, ni eructar, ni follar... ¡Dios Drew, ni siquiera sé si eres hombre! —Se masajea la nariz— Si no te puedes defender de Aideen...

— ¡No tenía ningún maldito problema con Aideen, hasta qué apareciste tú!
—Mis manos se cierran en puños. Ha tocado mi punto débil. Odio que me digan que por no actuar como un idiota soy peor que ellos — ¿Por qué tenías que follar con medio campus? ¿No podías quedarte solo con uno? Creo que con el tercero te debiste dar cuenta de que a Romeo, le importa una mierda con quién te acuestas —mis palabras salen sin filtro, no es hasta que lo he dicho, y su labio inferior empieza a temblar, que me doy cuenta de lo cruel que he sido —Lydia...

—Yo no te pedí que me besaras —sisea bajándose con un portazo.

Seguimos en el atasco de la carretera, por lo que tengo la opción de bajarme y perseguirla. Lo estoy haciendo cuando me doy cuenta de que, si voy tras ella, Arthur Spencer, se quedaría con un desconocido que me mira como si estuviese presenciando la novela de las doce, y perdería mi cita. Jadeo. La llamo por teléfono antes de que decida hacer uno de sus trucos de magia, con

motivo esta vez, y desaparezca, pero *Toxic* de Britney Spears empieza a sonar y encuentro su iPhone dentro de su bolso. Me inclino hacia adelante. Entierro mi rostro entre las palmas de mis manos.

Estos tres días de sexo están empezando más como tres días de caos.

Lo único que me reconforta tres horas después de ir al dentista de Lydia, quién se tomó la molestia de darme una tarjeta suya antes de desaparecer, y de dar vueltas en la suite de nuestro hotel, en uno de los mejores barrios de Manhattan, es tener la tranquilidad de que es una chica adulta y que sabrá cómo manejarse.

Lydia es autosuficiente. Fuerte. Una guerrera espartana.

Media hora después, me rindo y decido salir a buscarla. Dejo a Arthur Spencer en el armario al no saber cómo subir la calefacción. Tras haber sido un maldito idiota con ella, lo último que quiero es matar a su mascota de hipotermia. La temperatura fuera es muy baja, por lo que tomo un abrigo de mi maleta y cambio mi pantalón de algodón por unos jeans. Uso botas de nieve también. Cuando estoy peinándome para salir, la imagen transmitida por la televisión llama mi atención. Corro a subir el volumen.

La reportera, una rubia de ojos azules, presiona un micrófono contra sus labios antes de acercárselo a Lydia — ¿Eres participante activa de la fundación?

La sonrisa de Lydia es tensa.

—Me temo que no, y es una lástima. Estoy segura de que podríamos haber conseguido ayuda si hubiesen recurrido a nosotros —no sé qué diablos pasó

con su ropa, un vestido elegante y zapatos de tacón hasta donde pude verle. Está usando una camiseta con varios slogans, entre ellos el de la Cruz Roja, y unos jeans —. Solo estaba paseando por el parque cuando vi la gran labor que hacen y me dije, ¿por qué no? No estoy acostumbrada a tratar con niños, pero ellos han sido fantásticos —ahí es cuando los veo. Montones y montones de cabezas rapadas o con cabello corto, correteando por Central Park de fondo. Todos tienen globos—. No sé cómo alguien no puede sentir el impulso de hacer todo lo posible por ayudarlos.

Los ojos de la reportera brillan. Mira a Lydia, como si fuese una especie de ángel—. Me alegra que haya decidido formar parte de esta iniciativa, Señorita Fisher, estoy segura de que atraerá mucha atención positiva a la fundación. Aunque estoy segura de que el senador, también querrá formar parte de esta campaña —Lydia asiente. Sé que no es mentira. Su padre está en cada acto de caridad en EE.UU. La cámara enfoca a ambas en un plano de despedida—. Y así nos despedimos desde Central Park, junto a Lydia Fisher, hija del Senador Fisher... —Mira su reloj— Demostrando que toda ayuda es bienvenida, no importa la manera en la que...

No la dejo terminar. Apago el televisor y sin saber por qué jodida razón, tomo su teléfono y un suéter para ella y salgo como un rayo de nuestra habitación.

Me lleva alrededor de una hora llegar y encontrar el punto exacto en el que se supone que está. Por suerte la actividad aún está desarrollándose cuando llego. Me perdí la noticia, por lo que no vi que se trataba de un evento para recolectar fondos y llego con los bolsillos vacíos. Ella, es lo primero que diviso entre la multitud, su cabello negro y lacio hasta la cintura agitándose con el viento mientras prepara algodones de azúcar. Tiene una diadema con orejas de gato para evitar que caiga sobre la mezcla. Los prepara para la venta voluntariamente, para los niños de la fundación. Una sonrisa se forma en mis labios cuando uno de ellos, gordito como yo solía ser, se acerca.

La expresión de Lydia cuando lo mira, me dice que no es la primera vez que lo ve.

— ¡Jasper, esta es la maldita quinta vez qué vienes! —La oigo decir con los dientes apretados — ¡Tienes que dejar para los demás!

— ¡Se supone qué no debes decir groserías! —le dice él, lo que solo aumenta mis ganas de reír. Jasper, es pelirrojo, rapado, de once o doce años y luce una expresión de suficiencia —. Dame el algodón o le diré a mi mamá que me llamaste Saiyajin.

Ella bufa.

—No tienes pruebas de eso.

—La furia de una madre no las necesita para atacar, créeme —achica los ojos—. Y menos, la de un niño con cáncer.

Lydia jadea—. No te debes reír de eso.

Jasper, se encoge de hombros.

—Es reír, o llorar.

—No deberías hablar así.

—Soy muy maduro para mi edad. He pasado por tanto, y mi vida ha estado a punto de acabar tantas veces...

— ¡Maldita sea! —Lydia lo corta y le pasa un algodón. Jasper lo toma con una sonrisa de victoria— Ese discurso no, por favor. Otra vez, no...

—Pudiste habértelo ahorrado.

—Hablaré con tu madre.

Jasper sonrío.

—Adelante, estaré esperando.

Mi jodido buen humor se fue al carajo con sus palabras, pero vuelvo a respirar cuando pasa frente a mí y veo su mirada agradecida y mejillas sonrojadas. Apenas muerde su algodón y más adelante, lo veo tendérselo a un niño más pequeño que él, y desaparecer en el parque. No quiero sonar cursi, pero algo dentro de mí me dice que ha venido más veces de las necesarias por algo más que un algodón de azúcar. Quizás por una menta ácida.

En lugar de hacer acto de presencia como si nada, porque realmente había esperado que Lydia me notara, cosa que no pasó por la cantidad de trabajo que se le acumuló por la intervención de Jasper, hago cola. No es hasta que está frente a mí, sus mejillas sonrosadas por el esfuerzo y su piel pálida por el frío, que lo hace. Le tiendo el suéter que tomé para ella y su teléfono. Ni los mira.

— ¡Ni una jodida palabra! —En lugar de darme el algodón por el que había estado haciendo cola por quince minutos, se agacha y cuando se levanta me lanza una camiseta a la cara. Cuando la estiro y visualizo el slogan, lo entiendo. “Sé útil”.

Me está pidiendo ayuda a su grosera manera.

—¿Dónde puedo cambiarme?

Señala una fila de baños portátiles a unos cincuenta metros de distancia.

—Allí.

— ¡A la mierda!

Es la primera vez que siento ganas de hacer algo que va en contra de mi propio pudor, pero me dejo llevar y me desprendo del abrigo y la camisa frente a todos. Lydia grita preguntándome qué demonios hago. Cuando saco la cabeza de la camiseta como si fuese una tortuga, pues es una talla más pequeña, hay la misma cantidad de mujeres que de hombres en la cola.

Y probablemente habrá el doble de ganancias.

—Estás loco...

—Sí, pero los dos sabemos por qué.

— ¡Por quién! —gruñe preparando dos algodones de azúcar a la vez mientras yo cobro. Le guiño un ojo a una mamá entretenida con mis pectorales. Ella se sonroja y mete el doble de aportación en el cajón—. Eres tan patético...

A este paso solo nosotros dos, alcanzaremos la meta de la recaudación.

—No quiero hablar de ellos, Lydia. Siento mucho lo que te dije. No tenía ningún derecho, ni moral. No cuando dejo que Emma haga lo mismo conmigo —aprovecho que nos hemos quedado tranquilos de clientela por cinco segundos, y me acerco a ella. Retrocede hasta que su cuerpo choca con el mostrador—. Por favor, dejemos este fin de semana a esos dos, y tomémonos un descanso. Lo necesitamos —enredo un mechón de su cabello en mi dedo. Es perfecto—. Eso lo hará más creíble al volver, ¿no crees?

—Drew...

— ¡Shhh!, deja que te explique mejor de qué hablo.

Mis labios rozan los suyos. Lydia tiembla, pero no se aparta. Tampoco tarda en intentar tomar el control del beso. Gimo cuando sus dedos se enredan en mi cabello y hace ademán de halar de él. Lo hago de nuevo cuando el sonido de la campana nos separa.

— ¡Papi, papi, papi, hay dos *píncipes* besándose!

¡Joder! Me sonrojo como un tomate cuando la pequeña nos señala desde los brazos de un gran hombre robusto que la mira con adoración. No hay ni un pequeño pelo en su cabeza blanca. Mi corazón se oprime cuando veo sus escasas cejas.

—Bria, cálmate, seguramente son solo amigos —dice su padre al ver mi rostro.

Eso es como una patada a mis pelotas.

¿Solo amigos?, eso me ha jodido mucho.

—Es un príncipe y una princesa —la corrige Lydia entregándole un algodón de azúcar pequeño. El padre la mira con agradecimiento. Después se inclina sobre el mostrador. Me alegra que, a diferencia de su padre, no le haya robado la ilusión del verdadero amor. Yo aún creo en él con Emma — ¿Crees en los cuentos de hadas, Bria?

La niña asiente. Yo me empapo de esa nueva versión, para mí, de Lydia.

—Creo que la Bella y la Bestia existieron, pero que la Bestia no era mala. Solo fea y a Bella, no le importó —frunce su pequeño ceño—. Y que el príncipe no sabía nadar y Ariel le enseñó, así se enamoraron, y que la bella durmiente solo estaba aburrída porque su papá era un rey que no la dejaba salir... —Mira a su padre con recriminación—. Quiero un *píncipe* que me saque de casa cuando estoy enferma. Me aburro. Solo veo pelis. No entiendo por qué Disney no saca la versión larga de los cuentos de hadas.

—Estoy segura de que tendrás ese príncipe.

La niña niega.

—Las *pincesas* tienen el cabello largo. Yo no —su boca se tuerce en un

puchero. Su padre toma una honda bocanada para contenerse. Yo también. Ella extiende su mano para tocar el cabello de Lydia, quién se deja como si no le importara en lo absoluto cuando normalmente odia a quién lo haga —. Mi pelo era negro y largo como el tuyo.

Lydia traga.

—Va volver a crecer.

Los grandes ojos verdes de Bria brillan.

—¿Tú crees?

Asiente.

— ¡Claro que sí!

— ¿Cómo lo sabes? ¿Haces magia? ¿Puedes hacer que crezca?

Lydia se estremece. Me enderezo. Esto es demasiado fuerte incluso para ella, así que me giro hacia la fila y actúo lo más profesional que puedo. De repente, admiro demasiado a todos los que pueden con esto día a día. Padres, médicos, enfermeras. Lo que sean, tienen un corazón enorme y supongo que vinieron a este mundo con una gran capacidad y fuerza para esto.

Yo no soy de ese tipo.

—Lydia, tenemos que volver al trabajo —le paso un cucurucho para que prepare otro algodón. La fila creció de nuevo—. Bria, ha sido un placer conocerte preciosa, pero tenemos que seguir haciendo algodones para los demás niños.

Lagrimas mojan sus mejillas. Me quiero pegar un tiro.

— ¿Entonces, no son *píncipes*? ¿Ni haréis qué mi cabello crezca?

—Bria, vámonos. Están ocupados —su padre la abraza—. Luego vendremos a hablar con ellos, ¿vale? Recuerda que no necesitamos magia. La doctora dijo que tu cabello crecerá. La magia es para las personas que realmente lo necesitan. Tú no estás aún ahí, cariño. Te puedes curar por ti misma, ¿recuerdas?

Bria solloza.

—Pero quiero que sea más rápido, papi. La magia puede hacer eso.

Se empiezan a alejar.

—Lo sé, pequeña.

Mi pecho se oprime más a medida que los veo alejarse. El sujeto camina con paso tenso y cansado, alerta pero al borde de quebrarse. Lydia y yo trabajamos en silencio durante unos minutos, nuestro casi beso queda lejano y estúpido en comparación con lo que ellos viven, hasta que finalmente uno de los dos desiste. Es ella. Se da la vuelta y se retira, probablemente para desahogarse sin que la vea, con paso tembloroso. Quiero ir, siento la necesidad de hacerlo, pero no puedo dejar el puto puesto solo. Sigo atendiéndolo la siguiente hora sin ayuda. Cuando la gente deja de venir, me escapo con el dinero y camino hacia la casilla de la administración para entregarlo y saber qué pasó con Lydia otra vez. En este momento no me importan las circunstancias.

Solo sé que estoy cansado de que me deje tirado.

—Alta. Cabello largo. Negro. Hija del senador —se la describo a una de las chicas que está colaborando. Ella me mira con confusión—. Cara de amargada. Mirada de hija de puta. Mala actitud.

—¡Ah, sí, Lydia! —Señala una caseta—. Está en la fábrica de pelucas.

—Gracias.

Mi frente está arrugada mientras me acerco a la gran tienda. Dentro hay un mostrador rodeado de sillas de peluquería frente a unos espejos. Todas están ocupadas y las personas que están en ellas, se hacen cortes de cabello, dejándolo realmente corto, para donarlo. Lo ponen dentro de una cesta que luego pasa a una esquina donde un grupo de mujeres, trabajan en un pequeño laboratorio para producir pelucas que, según los anuncios, en los siguientes días darán a los niños. Me congelo al ver a Lydia en la última silla. Su cabello está mojado y peinado. Hay una mujer de color junto a ella. Corro hacia allí.

—Lydia, ¿qué demonios haces?

Su mirada es mordaz a través del reflejo del espejo.

—Hace tiempo que deseo un cambio de imagen.

— ¡Amas tu cabello! —gruño.

—Es solo cabello.

—Si quieres hacer algo por ellos, puedes pedirle a tu padre que compre todas las pelucas que quieras y que las done. Millones —me cruzo de brazos. Sigo en desacuerdo con esto—. No tienes que sacrificarte. Sé cuánto amas tu cabello.

—Volverá a crecer.

— ¡Sí, en unos tres siglos!

—*Pincesa* Lydi... —murmura una voz junto a nosotros. Me giro para ver a Bria, y a su padre a unos cuantos metros — ¿Qué necesitamos para hacer magia? Me dijiste que vendríamos a ver una bruja —su ceño se frunce—. No he visto ninguna.

Mis hombros se desploman ¡Dios...!

No sé cómo tratar con esto.

Lydia se inclina sobre Bria — ¿Quieres saber un secreto? —La niña asiente—. No solo las brujas hacen magia. Las personas también. El amor es mágico, la amabilidad es mágica. Sé amable, ama y serás más poderosa que la bruja más antigua. No hay nada que no puedas conseguir con las acciones correctas.

Bria gruñe.

—Pero el amor no me devolverá mi cabello. Papi me ama y no tengo aún. Las pelucas son feas. Te lo dije. No me gustan porque no son como era mi cabello —hipa—. El mío era como el tuyo.

—¿Largo? —pregunta Lydia.

—Muy largo. Como el de las *pincesas*.

—Eso es todo lo que necesitaba saber —mira a su estilista—. Lo quiero lo más corto que puedas, sin que parezca él de un chico.

—Mmm... ¿Cómo Anne Hathaway? —pregunta cerrando y abriendo sus tijeras. Cierro los ojos. No estoy preparado para esto— ¿O como, Winona Ryder?

Lydia, cortó su pelo como Winona Ryder en los noventa. Amaba su cabello largo, pero de lo único que me arrepiento al verla salir de la fábrica de pelucas y de la mano de Bria, que no dejó de preguntar toda la tarde cuándo estaría listo su nuevo cabello, es de no haberlo acariciado o halado en ningún momento. No luce como antes de cortarlo, ahora está más hermosa si cabe. Sus ojos dorados brillan y resaltan más y sus facciones también. Sus labios llenos. Su delicado cuello. Ya no solo es la chica sexy, ahora todos verán a la mujer.

No puedo evitar molestarme cuando cada maldito tío de la calle, la mira.

—Drew, aleja tu asquerosa mano —gruñe cuando tomo la suya.

Inflo el pecho. Acaba de pasar junto a nosotros un moreno que le mira las tetas, seguido de un rubio que le guiña un ojo, y más adelante un viejo verde que tose en nuestra dirección. Sé que no tengo ningún derecho, pero no puedo evitarlo. No es cariño. Solo pienso en mi imagen. Que no cunda el pánico. Se supone que es mi novia, y es normal que me moleste, ¿no?

— ¡No!

— ¡Sí!, no sé qué coño te pasa —la aleja de un tirón. Estamos en la Quinta Avenida. La gente pasa junto a nosotros a montones, todos tan concentrados en su propio mundo que nadie interviene cuando la apoyo contra la pared de un edificio —. Drew, ¿qué haces? —Su tono inestable es el eco del día que hemos tenido. Otro día sé que me habría empujado lejos. Hoy, sin embargo, estoy siendo un maldito aprovechándome de su fragilidad para actuar porque estoy desesperado por sacarla de mi piel —. Drew...

Presiono mi frente contra la suya.

—Di mi nombre otra vez, y estarás en problemas.

Su mentón se alza. Sus labios tiemblan.

—No olvides quién está al mando. No me hables así, no soy cualquier tía que cae bajo el influjo de un macho Alfa —espeta, pero sus piernas flaquean contra las mías. Ya no tiene el cabello largo para enredar mis dedos, así que mis manos viajan a su rostro y lo enmarcan—. Sea lo que sea que estás pensando hacer, no lo hagas. No será nada especial. He estado con muchos, ¿recuerdas? Cada cosa que hagas ya la habré experimentado cien veces.

—Ya te pedí perdón por eso —gruño presionando mi pulgar contra su labio inferior.

No puedo dejar de mirar sus labios.

—No fue suficiente.

—Lo sé —llevo mi boca a su oído. Un semáforo en verde ha hecho que sea casi imposible escucharnos. Se estremece. Sonrío. Hay cierto placer en hacer que el hielo se derrita, y que no todos captan—. Déjame disculparme mejor, Lydia. Déjame ser un caballero contigo.

Ríe.

—Lo que piensas hacer no es de caballeros. Estoy segura.

Ha adivinado que lo que quiero hacer es besarla.

Besarla y follarla, pero justo ahora besarla hasta que no pueda más.

— ¿Aún, si lo quieres tanto como yo?

Me alejo lo justo para ver su expresión. Está mordiendo su labio.

—Sí, aún así.

—Bien —de nuevo junto nuestras frentes—. Los caballeros tienen que tomar decisiones difíciles a veces, sobre qué acción los haría menos hombre, y entre besar a una joven que lo anhela, pero no es lo suficientemente valiente para admitirlo, y no cumplir sus deseos...

Lydia pega sus labios a los míos.

Me congeló. El plan no era ese.

El plan era, no besarla. Dejarla con las ganas.

8

LYDIA:

La habitación de hotel está igual a como estaba cuando la dejé. Drew es un obseso de la limpieza por lo que veo, ya que es muy tarde para que el servicio de habitaciones esté trabajando, y estoy bastante segura de que lo dejé casi todo un día entero aquí solo. Bueno, *no todo el día*, rectifico mirando su dentadura que ha vuelto a la normalidad. Al parecer mi odontólogo, fue verdaderamente eficiente. No esperaba menos, teniendo en cuenta lo que cobra por cada blanqueamiento que me hace.

Sin mencionar nada respecto al beso que le di en la calle, para callarle esa boca de la que solo salían palabras cursis, me dispongo a quitarme el abrigo y a deshacer los nudos de mis botas. Una vez estoy descalza, me incorporo para encontrarme de frente con sus ojos mirándome con suma atención. Mi garganta se seca al reconocer esa expresión.

Es la expresión de fóllame aquí y ahora que yo también debo tener.

—Drew, yo... —Empiezo, pero me corta.

—Ahora no, Lydia —gruñe adelantándose.

No sé qué ocurre primero.

No sé si primero son sus labios sobre los míos o mis manos halando su cabello, pero apenas llegamos a la habitación, nuestros cuerpos chocan. Mi espalda se presiona contra la pared, su pecho aplasta el mío, mientras nuestros labios se unen. Enredo mis manos en su cabello para atraerlo más a mí. Su boca se acerca a mi cuello al instante, y sus dientes hincándose en mi piel. Estoy excitada con la idea de tenerlo dentro de mí. No a Romeo, ni a Aideen, sino a Drew, que no me quejo cuando siento que sus labios succionan un moratón.

—Drew... —gimo su nombre cuando sus manos viajan con completa seguridad a mi trasero y lo aprieta.

Si alguien, meses atrás, me hubiese dicho que sería tan bueno en esto, me habría reído hasta hacerme pis en su cara. Drew, parecía de todo, menos un chico dominante, pero lo es. Controlador. Calmado, pero a la vez tan apasionado... Me volvía loca de una manera que me desconcertaba. Ni siquiera lo que sentí con Romeo, se le comparaba, no, porque eso lo podía controlar.

Lo que siento por Drew, sin embargo, crece sin control en mi interior al punto de hacerme temer que en algún momento explote. Acercándolo a mí con un tirón, junto sus labios con los míos y empiezo a tomar el control de la situación mordisqueando sus labios hasta que entreabre su boca. Cuando lo hace, entrelazo su lengua con la mía e inicio una danza sin control deleitándome con su sabor. Eso hace que Drew se relaje un poco. Alejando sus manos de mi trasero, Drew las coloca junto a mi cabeza mientras las mías inician un viaje al interior de su camisa. Lo arañó un poco cuando me encuentro con unos abdominales bien formados.

Una vez me lleno de nuestros besos, paso a acariciar su piel. Drew, me devuelve el gesto masajeando la curvatura de mi cuello. Eso hace que me relaje contra él, bajando la guardia, momento que aprovecha para presionarse más contra mí y rodear su cintura con mis piernas. En lugar de alejarlo, me dejo hacer sin despegar mi lengua de la suya y permití que nos guiara a la cama en el centro de la habitación. Una vez mi espalda entra en contacto con

la suavidad de las sábanas Drew, se deja caer sobre mí, y continúa devorándome la boca mientras sus manos viajan por todo mi cuerpo pellizcando, acariciando y palpando cada centímetro.

— ¡Joder, Lydia! —gruñe posicionándose entre mis piernas como un animal hambriento—. No sabes lo mucho que he deseado probarte, nena. Es lo único que tengo en mi cabeza cuando me acerco a ti. Ni Em, ni Rom —su voz se convierte en un gruñido primitivo que aumenta la humedad entre mis piernas—. Solamente tú, y yo.

—Drew...

—Sí, nena —besa el interior de mis muslos—. Ese es mi nombre.

—Drew... —Jadeo enredando mis dedos en su cabello de nuevo, solo que esta vez para guiar su boca a la humedad entre mis piernas.

Contengo el impulso de torturarlo hasta la muerte cuando se separa de mí abruptamente.

—Espera, Lydi. Aún tienes el pantalón —me mira por debajo de sus gafas como si estuviese tratando con una niña, se incorpora tras desabrochar mi pantalón para sacarlos junto con mis bragas. Jadeo al sentirme tan expuesta— ¡Joder! Eres maravillosa nena... —Me cubre con su mano —Tan rosada y suave... —Mete un dedo dentro de mí, mientras sus ojos devoran mis pechos aún protegidos por mi camisa —Eres perfecta.

Lo empujo hacia abajo con mis piernas, retirándolo de mi interior, con la intención de que regrese a sus labores. Nunca he sido fan del sexo oral, no todos los chicos lo hacen bien, pero pensar en Drew lamiéndome, me vuelve loca. Algo que estaba bastante relacionado con la idea de que Emma, nunca sería capaz de pedirle algo así por varias razones, entre ellas su actitud mojigata.

—Lo sé, nena —dice con voz ronca volviendo a dónde quería que estuviera—. Ya voy.

— ¡Ahora...! —Exijo apretando su cabeza con mis muslos en una especie de retorcida llave.

Drew, suelta una risa por lo bajo antes de asentir y ponerse a ello. Arqueo mi cuello extasiada, al sentir su lengua en contacto con la zona más sensible de

mi cuerpo. Los dedos de mis pies se curvan cuando sus dedos viajan a mi clítoris y lo pellizca con suavidad antes de rodearlo con su lengua y empezar a lamirme. Arqueo mi espalda al sentir la sensación de su lengua entrar en mi cuerpo. Una vez me acostumbro a la sensación de tener su maravillosa boca en mi sexo, su mano viaja a través de mi estómago y se adentra en mi camisa hasta llegar a mis pechos. Comienza a amasarlos, primero uno, y después el otro. Apretándolos, pellizcando mis pezones hasta ponerlos duros y volver a empezar...

Con sus caricias a mis pechos y sus lamidas constantes en mi sexo, tengo el mejor orgasmo de mi vida, entre espasmos de placer que me hacen rodar los ojos y gritar su nombre una y otra vez. Una vez recupero el aire, lo veo mirándome, apoyado en mi vientre, con una sonrisa egocéntrica que borro diciendo:

—Es tu turno...

Sin darle tiempo a reaccionar, me abalanzo sobre él y voy al botón de su pantalón. Lo abro con maestría. Mi ceja se arquea cuando su longitud sale, gloriosa, de un salto. Drewstructor tiene al menos veinte centímetros de largo y cinco de diámetro. Ahora entiendo la fascinación de todas las estúpidas del campus.

Mío, grita una voz en mi interior.

—Es grande —susurro guiando mi mano a su hermoso miembro que despide mucho calor, gimiendo con su suavidad ya que mi chico también está depilado. Eso me agrada. El vello por lo general es un estorbo y da mal olor —. Me gusta. Mucho. Es bonito.

Drew deja escapar una risa ronca.

—Me imaginé que así sería. No eres la primera que... oh, Lydi, qué buena eres —gruñe acariciando mi cuello mientras engullo lo más que puedo de él, tomándolo en mi boca sin ningún tipo de vacilación.

Sabe a limpio y a almizcle. *Me gusta. Mucho*. Mientras lo saboreo, succionando hasta que lo siento completamente duro, mis manos viajan a su vientre y lo delinea con el dedo, lo que ocasiona que sus músculos se contraigan bajo mi toque. Suelto una risita que probablemente siente en la extensión de todo su miembro. También me dedico a estimular sus testículos

con masajes que aprendí en internet, pero no dejo que termine. No sé hasta dónde llega su aguante, aunque sospecho que resiste mucho, y lamerlo me ha excitado de nuevo, por lo que no quiero que esta ronda de sexo termine sin tenerlo en mi interior, pero para eso lo necesito completamente listo y... perdido.

Una vez creo que está lo suficientemente duro para lo que tengo en mente, lo dejo ir con un *plop*. Deshago el hilillo de saliva y líquido pre-seminal que tengo en mis labios, con una sonrisa que probablemente fríe todas sus neuronas.

Drew, se queda inmóvil hasta que me posiciono sobre él, entonces sus manos viajan a mis caderas y me presionan hacia abajo. Es el único de los dos que no se ha corrido aún y tras todo el juego previo que hemos tenido, contando desde el día que nos conocimos, sé cuánto le ha estado matando. He estado de la misma manera hasta hace unos cuantos minutos, cuando me liberó.

O eso pensé hasta que lo siento entrar en mí, centímetro a centímetro, y me doy cuenta de lo vacía que me he sentido todo este tiempo, no solo en el ámbito sexual. *No necesito a Rom, me doy cuenta, necesito el tipo de adoración que Drew siente por Em.*

Necesito que me vea justo como me está mirando ahora, como si fuera lo único por lo que vive, solo a mí.

— ¡Eres mío! —Jadeo clavándomelo aún más profundo, iniciando un sube y baja que termina con sus dedos clavándose en mi trasero y la cabeza de su pene rozando la entrada de mi útero.

Es una estimulación tan completa que no tardo nuevamente en tener un orgasmo increíble. Drew, tampoco tarda en correrse a chorros en mi interior, llenándome con su semilla, algo que probablemente nos podría dar un problema más tarde. Me siento tan bien, que por primera vez no me importa nada. Una vez acabamos, ni siquiera intento moverme de dónde estoy. En lugar de sacarlo de mí, hago que se acueste y permanezco sobre él. Mi cuerpo se estremece cuando nos cubre con una manta. Eso es algo que no haría Romeo.

Romeo, no cuidaría de mí así.

Nunca lo hizo. Nunca fue capaz de enfrentarse directamente a mi padre por

mí. Solo se limitó a maldecirlo en voz baja por ser un impedimento para llevarme a su cama, pero realmente nunca luchó por mí. Al menos no de la forma que yo luché por él. Sintiéndome agotada y en el lugar correcto, me termino de desnudar como puedo. Drew también, y me pongo cómoda para dormir.

No solo son las cosas que ha hecho por mí. Es cómo me ha tratado. Ha sido la única persona en molestarse en verme como algo más que la hija del senador. Como algo que cuidar. Es el único que alguna vez me dijo lo mal que estaba arrastrándome por Romeo. Algo que ni siquiera Emma, mi mejor amiga, ha sido capaz de hacer.

—Eres increíble... —murmura en medio de un limbo de placer postcoital que mantiene sus ojos entrecerrados.

Esta vez soy yo la que se permite reír.

—Algo sobre eso, me han dicho —murmuro, lo cual causa que su mano viaje al instante a mi trasero y lo aprieta con fuerza.

Alzo una ceja.

—¿Drew? No quiero ser grosera, pero...

—Esto, es mío a partir de ahora, Lydia. No quiero que nadie más lo tenga. No quiero escuchar más sobre tu pasado con otros. En lo que a mí concierne, he sido el único que ha estado en tu dulce coño —se dio la vuelta para hacerme terminar debajo de él. Ahora se veía bastante consciente—. No sé en qué punto me deja esto con Em, pero...

Mi barbilla se endurece.

Em.

Siempre se trata de Em...

La molestia de que la mencione en este justo momento hace que mi boca se abra sin pensar en las consecuencias.

—Em, nunca se fijará en ti, Drew, deja de molestarte. Ella está enamorada de alguien más.

Drew frunce el ceño.

—¿A qué te refieres?

—Emma, es lesbiana —continúo—. Me ama. Lo ha hecho desde que somos niñas. He visto cómo rechaza a cada chico que se cruza en su camino por mí. No puedes cambiar eso. No lo harás.

Drew, finalmente se retira de mí mostrándose incrédulo. Lo entiendo. Cuando me di cuenta también me costó, aunque una parte de mí siempre lo supo, pero es algo que con el tiempo superará. Veo las emociones, las diferentes fases de la aceptación, pasar por su rostro. Primero es la negación. Luego la histeria. Luego el recuento de las diferentes pruebas que podrían respaldar mi afirmación. Luego viene la aceptación.

Luego me mira con molestia.

—Lo supiste todo el tiempo, ¿verdad?

No me molesto en negarlo. No tengo razones para hacerlo, pero, más importante, no quiero hacerlo. Ya he decidido que Drew, será mío de la misma forma que es de Em, no importa lo sucio que tenga que jugar para conseguirlo. Mi pecho se infla y alzo la barbilla.

—Sí. Lo supe todo el tiempo —contesto.

Drew, me mira con ojos como platos antes de reaccionar, pero su reacción no es como pensé que sería. En lugar de cabrearse conmigo o soltar una sarta de improperios, las comisuras de sus labios se curvan en una sonrisa diciendo.

—Eres una bruja. Lo sabías, ¿no?

Me encojo de hombros.

—Siempre obtengo lo que quiero.

Sus ojos brillan con intensidad mientras se inclina hacia mí para capturar mis labios en un sutil beso, pero de reojo, puedo ver cómo sus manos están apretadas en puños.

—Lo dices por Romeo, ¿cierto?

Niego mirándolo directamente a los ojos.

—Ya no, Drew —rodeo su cintura con mis piernas otra vez—. Lo lamento por Em... y por todas las chicas en el campus que desean lo que es mío... —Bajo

mi mano a su pene y aprieto lo más fuerte que puedo, causando que su mirada antes divertida se vuelva incrédula —Pero ahora te quiero a ti.

Drew se deja caer completamente sobre mí, entrando de nuevo en mi interior con un ágil movimiento que me toma desprevenida. Sin pensarlo demasiado, echo la cabeza hacia atrás y gimo su nombre. Es tan grande... Me llena tan bien, que es perfecto. No puedo pensar en cómo fui capaz de vivir sin esto antes, pero no me interesa.

Lo tengo ahora.

Nunca lo dejaré ir.

—Lydi, nena... —gime mientras me embiste con suavidad— No tienes que preocuparte por nadie. Ya me tienes.

Sonrío pensando en esa primera noche, cuando nos conocimos, en la que se acercó a mí para robarme un beso debido al juego *verdad o reto*. Entonces no tenía ni idea de lo bien que se podía sentir encontrar a un compañero que no solo te vea jugar o tome partido por ti, sino que te devuelva la pelota en la cancha. Rom, nunca hizo eso por mí, y Emma, tampoco lo hizo por él.

De alguna manera, lo encontramos en el otro.